
MEMORIA de la HISTORIA

Palabras que tienen historia



Carlos Fisas



Prólogo

¿Palabras que tienen historia? —dirá algún lector o posible lector—. ¡Pero si todas las palabras tienen historia, que se llama etimología!

Y tiene muchísima razón quien tal dice o tal piensa; basta con consultar el magnífico y extraordinario, a la par que insustituible, Diccionario etimológico de Joan Corominas para darse cuenta de ello. Sus voluminosos cinco tomos son una mina de documentación y erudición. Pero aquí no se trata de esto. El libro que tienes en tus manos, posible lector, no es precisamente un libro científico ni erudito. Pretende sólo divertir al lector con la historia de unas cuantas palabras que me han parecido curiosas de seleccionar.

¿Sabes, por ejemplo, que la palabra «tragedia» deriva del cabrón? ¿Sabes que la palabra «trabajo» deriva, muy justamente a mi entender, del nombre de un instrumento de tortura? ¿Que asesino viene de hachís, que burdel es una palabra de origen catalán, que canapé tiene su origen en la palabra «mosquito» y que capilla debe buscarse en la capa de san Martín, que lavabo tiene un origen eclesiástico?

He procurado mezclar en los artículos que a ello se han prestado anécdotas de los personajes protagonistas, refranes o consideraciones varias que contribuyan a amenizar el relato.

El lector sin duda echará de menos centenares, por no decir miles, de palabras; repito que este libro no tiene otra pretensión que la de distraer al lector; a quien quiera más y mejores detalles remito al libro citado de Corominas, que he tenido siempre presente.

Otro libro que he consultado asiduamente, aparte de los citados en la bibliografía, es el inestimable Diccionario de mitología griega y romana de Pierre Grimal, editado por Paidós en 1982 y cuya primera edición en castellano data de 1965. Es un instrumento indispensable para orientarse en el vericuetos tantas veces inextricable de la historia de los dioses y semidioses de las dos mitologías clásicas. Ni que decir tiene que recomiendo sin reservas los libros citados en la bibliografía y sin los cuales este libro no hubiese podido ser escrito.

SECCIÓN 1

A - B - C

1. ABADÍA

El diccionario la describe como iglesia o monasterio del abad o de la abadesa, y de abad dice que es el superior de un monasterio o de una colegiata. Es muy corriente la creencia de que la palabra «abad» deriva de la de abadía, cuando es totalmente al revés.

En los primeros tiempos del cristianismo los individuos que querían dedicar su vida a la penitencia y a la meditación se retiraban al desierto, llamándose entonces anacoretas. Con el tiempo algunos dejaron de hacer vida solitaria, reuniéndose bajo la autoridad espiritual de alguno de ellos que se había distinguido por su saber y su santidad. Le denominaron *Abbas*, palabra siriaca que significa padre. Ello sucedió entre los siglos IV y V.

La palabra no fue adoptada fácilmente, pues san Jerónimo, por ejemplo, protestaba sobre su uso fundándose en san Pablo, según el cual el nombre de *padre sólo* puede ser dedicado a Dios. Por ello era llamado *egúmeno* el superior de un monasterio, palabra que significa «soy guía, soy jefe», o *archimandrita*, algo así como director de un rebaño. Estos nombres se conservan todavía en la iglesia ortodoxa, mientras que en Occidente se usaba más el nombre de *preósito*, ya usado por los griegos, aunque desde el siglo V se consideró al preósito como superior después del abad.

No fue hasta el concilio romano del año 826 que se obligó a los abades ser sacerdotes, pues hasta entonces no había obligación de serlo.

Según la regla benedictina, el abad es el señor absoluto del monasterio y es designado por los monjes, aunque antiguamente los obispos y los fieles podían oponerse a esta designación si podía producir escándalo. Se dieron algunos casos en que abusivamente el fundador de una abadía designaba, en la Edad Media, al abad que debía presidirla.

El nombre de «abadesa» fue dado por analogía a la superiora de monasterios femeninos de monjas benedictinas. Un caso curioso en España es el de la abadesa mitrada de las Huelgas, en Burgos, que usaba, como su nombre indica y no sé si todavía lo usa, la mitra y el báculo propio de los obispos. Se decía que si el Papa

decidiese casarse no podría hacerlo con mujer de mayor nobleza y categoría que la abadesa de las Huelgas. En esta abadía las monjas se dan unas a otras el apelativo de señora y no de madre o hermana, como es costumbre en otros conventos. Se cuenta a este respecto que, visitando un día el rey Alfonso XIII el monasterio de las Huelgas, en el que por raro privilegio es admitido, siendo así que está prohibida la entrada en la clausura a los hombres, se dirigió a la abadesa llamándola «madre», a lo que ella contestó:

—Señor, estamos aquí para no serlo.

El número de monjas debe ser ordinariamente igual o superior a doce, según indica la regla de san Benito. El abad debe comportarse como un padre y los monjes como sus hijos, por lo que no pueden ir de un monasterio a otro sino con especial autorización del abad.

En un principio los monjes buscaban lugares especiales para la fundación de un monasterio. En un principio se buscaban lugares solitarios, desérticos, que en griego se llaman *eremos*, de donde viene el nombre de eremitas que se les daba. Más adelante buscaron lugares en los que pudieran dedicarse a la agricultura y otros trabajos de acuerdo con la norma de *ora et labora*, reza y trabaja, que es la base de la regla benedictina. No obstante, ya en tiempos de san Ambrosio se creó un monasterio en Milán y san Agustín transformó su casa en otro.

Alrededor de las abadías se formaron naturalmente centros habitados que, en un principio, sus habitantes se dedicaron a ayudar a los monjes en sus trabajos y a comerciar con ellos. Esto dio lugar a la formación de verdaderas poblaciones y a transformar los abades de superiores de un establecimiento religioso en señores feudales.

Si en un principio cada abadía era absolutamente independiente de las otras, poco a poco se relacionaron unas con otras hasta que, con la reforma cisterciense, se llegó a admitir la superioridad de una abadía sobre las otras. Fue Benedicto XII quien impuso esta disciplina a todas las abadías.

2. ABRIL

Según algunos, la palabra «abril» viene del griego *aphril*, que significa espuma, porque este mes estaba consagrado a Venus, nacida de la espuma del mar; pero lo

más probable es que su nombre derive del verbo latino *aperire*, abrir, porque en abril estalla la primavera, que hace abrir las flores. Que esta creencia la tenían los romanos según se desprende de los versos de Ovidio:

*Nam quia aperit tunc omnia densaque cedit
frigoris asperitas faetaque terra patet.*

«En el calendario romano anterior a César, abril era el segundo de los diez meses en que se dividía el año.

»Los romanos representaban a Abril en la figura de una esbelta joven de cabellera suelta, coronada de mirto y vestida de túnica verde; a sus pies tenía el signo de Tauro, guarnecido de una guirnalda de violetas y otras flores; su atributo era una canastilla llena de frutas».

Los romanos, que no se paraban en barras en organizar fiestas, celebraban en este mes de abril varias que empezaban con la celebración del *Festum veneris*, y cuatro días después se celebraban los juegos en honor de la diosa Cibeles, que duraban cinco días más, hasta el día 9, en que empezaba a celebrarse el *Festum fortuna publica*; pero no bastaba con esto, sino que seguían días con juegos en el circo y a éstos, combates ecuestres que se efectuaban el día 18 o 19 y que preludiaban la fiesta del día 21, aniversario de la fundación de Roma; pero no acababa aquí la cosa, sino que las fiestas continuaban con las dedicadas a Flora, diosa de las flores y de las frutas, que a veces alcanzaban un carácter licencioso.

En el aspecto religioso la Pascua de Resurrección se celebra casi todos los años en este mes, pues ha de caer en el domingo después de la luna de marzo, entre el 22 de este mes y el 25 de abril. Por ello se le llama Pascua florida.

Entresaco del refranero español:

Abril es bueno y buenos hidalgos muy escasos. Buenos amigos y buenos abriles, uno entre miles. Quien ha de conocer un buen abril cien años ha de vivir. La vieja que lo decía tenía ciento uno y no conoció ninguno.

Abril si bueno al principio malo al fin.

De abril y de la mujer todo lo malo es de temer. Frío de abril helado y sutil.

Abril riente mata de frío a la gente.

Abril aguas mil, si no al principio al medio o al fin. Abril concluido invierno ido.

Las mañanas de abril dulces son de dormir.

3. ACADEMIA

Helena, hermana de Cástor y Pólux, era una mujer hermosísima que fue raptada por Teseo cuando estaba bailando en el templo de Artemisa. Al conocer el secuestro de su hermana, Cástor y Pólux recorrieron toda el Ática, causando la desolación y muerte de sus habitantes, y sólo cuando un ateniense llamado *Akados* les indicó que Helena estaba prisionera en la fortaleza de Afidna cesaron en sus ímpetus destructivos. En recompensa por su actitud, Cástor y Pólux regalaron a Akados una finca situada a orillas del Cefiso, a seis estadios de Atenas.

Hasta aquí la leyenda. En esta finca, llamada jardines de Akados y que contaba con doce olivos sagrados, se alzaron altares dedicados a Júpiter, a Eros, a las musas, a Mercurio y a Hércules, y los caminos que conducían al jardín estaban sombreados por multitud de árboles. Fue en este parque o en sus inmediaciones que Agatocles, llamado Platón por la anchura de su frente o de sus hombros, empezó a reunir amigos y discípulos venidos de todo el mundo conocido atraídos por su saber. Estas reuniones fueron llamadas *Escuela de Akados* o simplemente *Academia*.

En esta Academia, a la que sólo podían asistir los hombres, se enseñaba la filosofía platónica y toda clase de ciencias, organizándose discusiones sobre cualquier clase de tema. Se cuenta que algunas mujeres, ansiosas de sabiduría, se disfrazaron con hábitos masculinos para poder asistir a las lecciones. Estas se desarrollaban en un templo dedicado a las musas, por lo que se le llamó *Museo*. Platón fue sepultado en este jardín.

La Academia platónica estaba dirigida por *el Escolarco*, que era elegido por la comunidad de los miembros de la Academia, teniendo en cuenta siempre las recomendaciones del Escolarco precedente. Recomendación que era póstuma, pues el cargo era vitalicio.

Como se ha dicho, el estudio no se basaba únicamente en la filosofía, sino que abarcaba todos los conocimientos científicos de la época, en especial las

matemáticas y la astronomía. En la Academia estudió Aristóteles, que la abandonó para fundar su propia escuela.

La filosofía de Platón fue, siglos después, cristianizada por san Agustín, pero cuando la figura ingente de santo Tomás fundó la escolástica, basada en la filosofía de Aristóteles, fue prácticamente abandonada. Sólo a través de los filósofos musulmanes se conservó durante la Edad Media. La huida de Constantinopla de numerosos sabios y filósofos bizantinos hizo que la filosofía platónica fuese recuperada por los humanistas italianos del Renacimiento.

Poco a poco el platonismo de la Academia fue dando paso al escepticismo más total y su historia se divide en cuatro épocas muy diferenciadas, llegando a buscar el sustancial acuerdo entre las doctrinas platónica, peripatética o de Aristóteles y estoica, pero siempre dentro del paganismo, del que fue el último refugio intelectual. Ya en la decadencia, a principios del siglo V d. C., la doctrina neoplatónica elaborada por Plotino en Roma llegó a tener un nuevo esplendor y fue apagándose paulatinamente hasta que, en el año 529, el emperador Justiniano disolvió, con la escuela de Atenas, el último gran centro de elaboración y difusión del pensamiento antiguo.

Como se ha dicho, el neoplatonismo renacentista resucitó en Italia el uso de las academias, fundándose en 1474 la *Accademia platonica* en Florencia por Lorenzo de Médicis, y en 1582 la *Accademia della Crusca*, que en 1612 publicó el primer vocabulario italiano. En 1635 Richelieu estableció la Academia francesa, a imitación de la cual, en 1714, Felipe V creó la Real Academia Española con el lema de «Limpia, fija y da esplendor». El 24 de noviembre de 1870 la Academia Española autorizó el establecimiento de otras academias en los países de habla castellana, la primera de las cuales fue la colombiana en 1871 y la última la puertorriqueña en 1955.

Hoy en día se llama «academia» a una sociedad científica, literaria o artística, también a un establecimiento de enseñanza con lo que el nombre se ha popularizado.

4. ACEITE

¿Por qué se dice indistintamente oliva o aceituna? ¿Por qué olivar y no aceitunar?
¿Por qué pintura al óleo o Santos Óleos y no pintura al aceite, y Santos Aceites?
¿Por qué oleicultura y no aceitecultura?

En latín al aceite se le llama *óleum* y a la aceituna *oliva*, de donde derivan los vocablos cultos o técnicos y el corriente oliva, pero del hebreo la palabra *zait* pasó al árabe como *zaitum*, que se transformó en az *zait*, que significa jugo de la oliva; de donde el castellano aceite.

¿Significa esto que el aceite nos viene de los árabes? No, sólo la palabra, pues el cultivo del olivo data en el Mediterráneo desde muchos siglos antes.

Parece ser que en el siglo XX a. C. apareció por primera vez el olivo en su forma actual, por lo menos en Europa, pues en Babilonia y Egipto era conocido con anterioridad. Según dicen los investigadores, el olivo silvestre o acebuche crecía en forma salvaje en todas las tierras de la cuenca Mediterránea. En las tumbas de algunos faraones, y concretamente en la de Tutankamón, se han encontrado restos de hojas de olivo y aceitunas. Desde Egipto hacia Occidente los navegantes fenicios propagaron el olivo y en Grecia alcanzó su apoteosis al ser considerado como don de los dioses.

La diosa Atenea llevaba una rama de olivo en sus manos como símbolo de paz, abundancia y sabiduría, y el olivo era considerado como una planta sagrada hasta el punto de que su madera se quemaba en los altares de los dioses, prohibiéndose su uso profano.

Los mismos fenicios, que llevaron el olivo a Grecia, es probable que también lo trajesen a España y por supuesto los griegos y los romanos protegieron su cultivo.

Virgilio en sus *Geórgicas* dice: «Contrariamente a la vid, el olivo no exige cultivo, y nada espera de la podadera recurva ni de las azadas tenaces, una vez que se adhiere a la tierra soporta sin desfallecer los soplos del cielo. Por sí misma la tierra, abierta con el arado, ofrece ya suficiente humedad a las diversas plantas y da buenos frutos cuando se utiliza debidamente la reja. Cultiva, pues, ¡oh labrador!, el olivo, que es grato a la paz».

Todo esto es muy bonito y muy poético, pero teniendo en cuenta que un olivo tarda veinte años antes de dar fruto después de plantarlo se comprende que muchos

campesinos prefiriesen otro cultivo. Recuérdese a este respecto el «Paso de las aceitunas» de nuestro Lope de Rueda.

En la antigüedad el aceite se empleaba no sólo como comestible sino como medicina interna y externa. Un sabio griego, que llegó casi a centenario, decía que debía su longevidad a usar miel como alimento y aceite como linimento. Los atletas se untaban el cuerpo con aceite para favorecer así su musculatura y las damas se untaban con aceite la cara para conservar la tersura de su tez. Se usaba también como combustible, siendo de aceite la mayoría de las lámparas por no decir todas, ya que se empleaban teas y hachones de cera cuando se requería tener mayor iluminación.

Los pueblos mediterráneos han usado profusamente el aceite en sus usos culinarios, mientras que en el resto de Europa era más usado el graso de los animales, en especial el del cerdo. Ello producía curiosos problemas religiosos, pues mientras unas frituras de aceite no rompían la abstinencia de cuaresma, por ejemplo, sí lo hacían las frituras hechas con grasa de cerdo.

Como combustible, el aceite se encuentra usado en toda Europa, así como empleado en la higiene y en la cosmética como base de perfume. Lourdes March y Alicia Ríos en su inapreciable obra *El libro del aceite y la aceituna*, editado por Alianza Editorial, en su página 118 y siguientes, nos cuentan curiosos detalles del uso del aceite como base cosmética, así por ejemplo: «Homero en numerosos pasajes de la *Odisea* hace referencia a los aceites balsámicos para ungir el cuerpo, como aquel momento en el que Nausica, estando con sus sirvientes a la orilla del mar, encuentra a Ulises y éste les dice: “Deteneos ahí, lejos, mientras me quito de los hombros la salmuera y me unjo con aceite, pues ya hace tiempo que no hay grasa sobre mi cuerpo”».

Griegos y romanos, después de bañarse, se untaban el cuerpo con aceite que usaban como tonificante, y los atletas se limpiaban el cuerpo después de los ejercicios que realizaban rascándose con un instrumento especial llamado *estrigilo*, con el que desprendían la arena o la suciedad que se había pegado a su cuerpo.

Como combustible, durante centurias ha sido usado en toda Europa y aún hoy en ciertas aldeas perdidas en donde no ha llegado la electricidad se usan candiles semejantes a las lámparas que usaban los hombres durante la antigüedad griega y

romana. Aún hoy se fabrican candiles que son vendidos por los anticuarios poco escrupulosos como procedentes de otros siglos y que sirven como adorno decorativo.

En América el olivo fue llevado por los españoles ya desde los primeros tiempos. Se dictaminó: «Que de aquí en adelante todos los maestros que fueren a nuestras Indias lleve cada uno de ellos en su navío la cantidad que les pareciere de plantas de viñas e olivos, de manera que ninguno partiese sin llevar alguna cantidad». El olivo fue implantado primero en las Antillas, de donde pasó a México y más tarde a Perú y de allí al resto de la América del Sur.

5. ACRÓBATA

En griego la palabra *akros* significa extremidad, y *akrobatein*, caminar de puntillas. Los primeros acróbatas eran los que caminaban de puntillas sobre una cuerda tendida entre dos palos; es decir, lo que generalmente se conoce con el nombre de pasar la maroma o fonambulismo. En este caso la palabra deriva del latín (*unes*, que quiere decir cuerda).

Varias palabras poseen el prefijo *acro* —por ejemplo, *acrópolis*, *acróstico*, *acromegalia*, *acrónimo*— y todas ellas se refieren a algo que tiene referencia a un extremo, como en el caso del acróbata los pies.

La *acrópolis* está situada en la extremidad más alta de una ciudad. La *acromegalia* es el desarrollo anormal de los huesos terminales del esqueleto. El *acróstico* es una composición poética en que las letras iniciales de los versos forman una palabra o frase, y el *acrónimo* es la palabra formada por las iniciales de otra, como OTAN, Organización del Tratado del Atlántico Norte; UGT, Unión General de Trabajadores; OVNI, Objeto Volante No Identificado; RADAR, Radio Detecting And Ranging. Como se puede ver, todas estas palabras tienen algo que ver con un extremo, sea el de una situación, como es el caso de la *acrópolis*, sea el de las iniciales de las palabras, como es el caso de los *acrónimos* citados.

En la antigua Grecia los acróbatas eran muy apreciados para las fiestas; algunos de ellos bailaban sobre una cuerda tendida horizontalmente mientras tocaban la flauta, y existen representaciones plásticas de sus ejercicios en estatuillas, vasos, jarrones y pinturas murales.

Indios y egipcios fueron célebres por sus habilidades durante el imperio romano y, durante la Edad Media los funámbulos recorrían ciudades, pueblos y aldeas presentando sus ejercicios, pero eran mal considerados por la población y por la Iglesia, que en caso de muerte les negaba sepultura en tierra sagrada.

6. AGOSTO

El año 730 de Roma —es decir, el 24 a. C.—, a instancias de los cónsules Mercio Censorini y Assino Gallo, fue aceptada la propuesta de perpetuar el recuerdo de César Octaviano Augusto, dando al mes sextilis el nombre de Augustus, o sea agosto. Se dice que fue el mismo Augusto quien tuvo la idea del cambio del nombre al propio tiempo que añadía un día a este mes que contaba treinta para no ser menos que Julio César, cuyo mes contaba 31 días. Para ello sustrajo un día al mes de febrero, que pasaba de 29 a 28 días, y lo añadió a agosto, con lo que tres meses seguidos, julio, agosto y setiembre, tenían 31 días, y para evitarlo redujo en un día los meses de setiembre y noviembre, que quedaron reducidos a 30 y los añadió a los de octubre y diciembre, que desde entonces cuentan con 31 días.

Pequeño refranero del mes:

En agosto más vale vinagre que mosto (quiere decir que más vale comer ensalada que beber vino debido al calor).

En agosto a las siete sombra en rostro (este refrán, como se puede ver, es anterior a la modificación horaria, según la cual las siete, hora astronómica, son las nueve en nuestros relojes).

Por agosto la primera lluvia que anuncia el otoño. Dios te guarde de polvo de mayo y fango de agosto (pues ello indica que las temporadas van cambiadas).

7. ALMANAQUE

Catálogo que comprende todos los días del año distribuidos por meses con datos astronómicos, santoral, festividades y otras noticias curiosas e interesantes.

En árabe la palabra *al-manakh* significaba las tablas astronómicas que enseñaban el modo de determinar el día de la semana, transformar cualquier fecha de una era correspondiente a otra era y determinar para un día cualquiera la posición media del sol, la luna y los cinco planetas. En un manuscrito del siglo XIII, procedente de

España, que contiene un vocabulario árabe-latín y latín-árabe se dice que esta voz corresponde al latín *calendarium*.

Rogelio Bacon, monje inglés, filósofo, astrónomo y matemático eminente, al que se le atribuyen entre otras cosas la invención de la pólvora, cosa harto dudosa, y que vivió entre 1214 y 1294, escribe en su *Opus Mayus* que los antiguos astrónomos sitúan el inicio del año a principios de octubre, «según se ve en sus tablas llamadas por ellos almanaque». Y no se olvide que Bacon conocía el árabe y tenía amigos españoles. Otros autores, en su mayoría judíos, usan también la palabra «almanaque» como traducción de sus *Luhot* o tablas astronómicas.

Después de la invención de la imprenta proliferaron los almanaques, que en ciertos ambientes constituían la única lectura, junto con los devocionarios, ya que a la par del calendario (véase esta voz más adelante) contenían multitud de noticias y de consejos útiles para la vida corriente, muchos de ellos patrañas y supersticiones religiosas, médicas, agrícolas, etc., como correspondía a la ciencia de la época.

Siglos después, el XVII y especialmente el XVIII, dieron el apogeo de los almanaques, la mayor parte de ellos de reducido tamaño. En Francia, especialmente, proliferaron con distintos nombres, y entre la alta sociedad circulaban muchos con advertencias y consejos para seguir la moda o las modas. Estaban dirigidos especialmente a las damas y a los petimetres, quienes los hacían encuadernar lujosamente, siendo hoy en día muy buscados por los bibliófilos.

Michel Hennin coleccionó muchos de ellos, que se pueden consultar en la Biblioteca Nacional de París y cuyo primer ejemplar data de 1614.

El célebre almanaque *Gotha*, que se empezó a publicar en 1763, reunía en sus páginas los nombres de los emperadores, reyes, príncipes y nobles de toda Europa. Figurar en él daba patente de nobleza auténtica. Aún hoy en día se habla de la nobleza del *Gotha* para significar una nobleza incontestable.

Los actuales almanaques que se publican en todo el mundo bajo diversas formas tienen, pues, también su genealogía.

8. ALQUIMIA

La palabra árabe *al-kimiyya* significa piedra filosofal, y en la busca de tal piedra, generaciones y generaciones de investigadores dedicaron su vida a encontrarla.

El gran químico francés Marcellin Berthelot afirma que la alquimia se basa en un cúmulo de experiencias heredadas de la antigüedad que se refieren al trabajo con los metales y sus aleaciones, así como a la producción de piedras preciosas artificiales. Durante toda la Edad Media los trabajos experimentales en este sentido, especialmente en la búsqueda de la transmutación de los metales en oro, siguieron adelante hasta que de ellos surgió la moderna química.

Los antiguos alquimistas afirmaban que el descubrimiento de su ciencia se debía a Adán, a Abraham o a Salomón, aunque la mayoría afirmaba que su origen debía buscarse en Hermes Trimegisto, identificado con el dios egipcio Ptah. En realidad, las primeras obras alquimistas son griegas y, las más antiguas se remontan al primer siglo de nuestra era, aunque fuesen atribuidas a personajes más remotos en la antigüedad como Moisés o su hermana María o más modernamente a Cleopatra. Por cierto que el nombre del tan conocido procedimiento del *baño maría* deriva de su atribución a la hermana de Moisés.

Los alquimistas creían que los metales tenían vida propia y que su mezcla en presencia de sustancias adecuadas podía dar lugar a un nuevo metal tan vivo como sus genitores; por ello al recipiente en que se efectuaban tales mezclas se denominaba *huevo de los filósofos*.

Las obras alquimistas griegas fueron traducidas al árabe y fueron los musulmanes, junto con los judíos, los que se dedicaron con más ahínco a los trabajos alquimistas. Los alquimistas usaban un lenguaje críptico, del que son buena muestra los párrafos siguientes:

«Es cierto sin duda y en verdad que lo de abajo es igual a lo de arriba y que lo de arriba es igual a lo de abajo, para la cabal realización del milagro de la unidad.

»Y del mismo modo que todas las cosas han salido de las palabras de Uno, así también todas las cosas gracias al proceso, nacerán de la unidad. »

»Su padre es el Sol, su madre la Luna. »

»El Viento la ha llevado en su vientre; nodriza suya es la Tierra.

»Ella es la madre de todas las obras maravillosas del universo. »

»Su poder es absoluto.»

»Desciende sobre la tierra; la tierra será separada del fuego, lo fino de lo tosco.»

»Con agudo sentido se alza mansamente desde la tierra hasta el cielo.»

»Luego desciende de nuevo sobre la tierra y reúne en sí la fuerza de lo superior y de lo inferior. »

»Así poseerás tú la famosa luz del mundo, y toda oscuridad huirá de ti. Esta es la más fuerte de todas las fuerzas poderosas, pues ella domeña todo lo fino y escruta todo lo tosco. Así fue creado el mundo».

La Edad Media y buena parte de la Edad Moderna vieron florecer gran cantidad de alquimistas, muchos de ellos al servicio de reyes o grandes señores, aunque con el tiempo fue aumentando el escepticismo sobre sus posibilidades centradas casi siempre en la búsqueda del dorado metal.

No obstante, los alquimistas descubrieron muchas cosas, como el amoníaco, el ácido sulfúrico, el ácido nítrico, el agua regia, que disuelve el oro, el nitrato de plata, el sublimado corrosivo, etc.

En el siglo XIII florece Arnaldo de Vilanova, del que se dice que había descubierto el alcohol puro, usado en medicina, pues era médico y astrólogo; en cambio, son falsas las atribuciones a Ramón Llull de obras de alquimia muy posteriores a su época. Tampoco son auténticas las atribuciones a Rogelio Bacon. La gran figura alquimista de la Edad Moderna fue sin duda Paracelso, nacido en 1493 en Einsiedeln y muerto en Salzburgo en 1541. Hombre orgulloso y muy poseído de sí mismo, hasta el punto de compararse a Cristo, desarrolla en sus obras una teoría según la cual lo importante es saber administrar los remedios a las enfermedades en el momento justo, buscándolos pasó toda su vida en su laboratorio, las quintaesencias que debían curar todas las enfermedades y, a pesar de su lenguaje cáustico y feroz contra sus adversarios y la ciencia hasta entonces conocida, no cabe duda que su obra marcó un adelanto considerable en la medicina y la química de su tiempo.

No toda la alquimia se dedicaba a la búsqueda del oro o la medicina, sino que amplió su campo de acción a la industria y así se descubría el sulfato de sodio por Glauber, y Palissy aplicaba sus conocimientos a la cerámica, se aplicó también al tratamiento de los minerales después de su extracción, y los ácidos minerales más

comunes como el sulfúrico, el clorhídrico y el nítrico se vendían libremente en los comercios.

Parecía que la alquimia había muerto al aparecer la química, pero aún hoy se publican obras sobre alquimia, no desde un punto de vista histórico, como sería lógico pensar, sino como manuales que enseñan, según dicen, a convertirse en alquimista o a encontrar la síntesis del oro. En algunos países como Francia, por ejemplo, existen sociedades alquimistas con profusión de socios.

Los recientes descubrimientos sobre la descomposición del átomo nos inducen a pensar que tal vez se esté gestando una nueva alquimia.

Ya he dicho que muchos grandes señores sentían un gran escepticismo sobre la posibilidad de que los alquimistas hallasen el método de fabricar oro. Una buena historia sobre ello sucedió en 1521, cuando Aurelio Augurelli de Rímini, alquimista y poeta, dedicó al Papa León X su obra latina sobre la *Chrysopoeia*, nombre que los antiguos alquimistas daban al arte de fabricar oro. Se ilusionó creyendo que el pontífice, que tenía fama de generoso, le otorgaría una buena recompensa, pero el Papa no hizo más que entregarle un gran saco vacío, diciendo que quien sabía fabricar el oro no necesitaba más que un saco para llenarlo.

9. AMAZONA

Dice el diccionario que amazona es: «Mujer de alguna de las razas guerreras que suponían los antiguos haber existido en los tiempos heroicos», y en sentido figurado: «mujer alta y de ánimo varonil» o «mujer que monta a caballo».

Según una leyenda griega, en la región bárbara del río Termodonte, en Leucosiria, en las orillas meridionales del mar Negro, vivía una importante tribu formada exclusivamente de mujeres gobernadas por una reina. Según unas versiones, las amazonas, que así se llamaban, al llegar la primavera recibían a los hombres de las tribus vecinas para tener con ellos comercio sexual; según otras versiones, los hombres vivían en la propia tribu como esclavos dedicados a los trabajos domésticos y se les rompían las piernas para que fuesen inútiles para tomar las armas que eran reservadas únicamente para uso de las mujeres.

La palabra «amazona» viene del griego *a*, privativo, y *mazón*, pecho o teta, es decir sin tetas, porque se decía que las tales mujeres se cortaban el pecho derecho para facilitar así el uso del arco.

Los griegos decían que las Amazonas eran de origen escita y que su mortal enemigo había sido Heracles o Hércules, según la más conocida denominación latina. En realidad, parece ser que el origen de la leyenda amazónica debe encontrarse en el matriarcado que había precedido a la civilización helénica, especialmente en las islas del mar Egeo, aunque también se afirma que el tal matriarcado regía en lo que actualmente es Lidia y no falta que, como los centauros, el mito de las Amazonas haya sido creado por pura fantasía.

¿Por qué lleva el nombre de Amazonas el gran río de la América meridional? El primero de los hombres occidentales que descubrió el Amazonas fue Américo Vesputio, que en el verano de 1499 descubrió la desembocadura y penetró en el río unos pocos kilómetros. Seis meses después Vicente Yáñez Pinzón penetró más profundamente en el río, pero abandonó la exploración, dejando sólo constancia de su paso. Lo curioso del caso es que la exploración del Amazonas se inició pocos años después en sentido contrario; es decir, desde los Andes al océano.

Fue Francisco de Orellana, natural de Trujillo, en Extremadura, lugarteniente de Gonzalo Pizarro, que en 1540 bajó por el río Napo hasta que, perdiéndose en la selva, se vio privado de continuar tras haber recorrido casi quinientos kilómetros. Construyendo balsas y rudimentarias barcas llegó hasta el hoy llamado río Marañón, encontrando a su paso tribus de indios pacíficos y acogedores, pero al llegar a un río que, por el color de sus aguas, llamó río Negro, fue atacado en Coniayara por un grupo de mujeres guerreras y por ello bautizó con el nombre de Amazonas el río que estaba explorando. Según otras versiones, el nombre deriva de alguna palabra indígena. Siete meses duró la expedición hasta que, a primeros de agosto de 1541, llegó a la desembocadura del río en el Atlántico.

Muchas otras expediciones siguieron a ésta, la mayor parte de ellas encaminadas a buscar el fabuloso Eldorado. En 1638 el portugués Pedro Texeira, partiendo del Atlántico, remontó el río llegando hasta Quito, y un año después rehacía el viaje en sentido inverso acompañado de dos jesuitas, uno de los cuales, Cristóbal de Acuña, publicó la relación del viaje.

Hoy el Amazonas y su cuenca están considerados como el pulmón del planeta, y multitud de entidades ecologistas luchan para salvarlo de la explotación salvaje que se está haciendo.

10. AMPERIO

Es la unidad de intensidad de las corrientes eléctricas y cuyo símbolo es A. Se empezó a usar entre 1880 y 1890; su nombre se deriva de su descubridor Andrés María Ampere, prototipo del sabio distraído y despistado.

Había nacido en Lyon en 1775; su padre, juez de paz, había sido guillotinado durante el Terror, pero ya había iniciado a su hijo en el camino del estudio y de la investigación. A los trece años descubre su formidable formación científica redactando un *Tratado sobre las secciones cónicas*, dedicándose inmediatamente al estudio del cálculo infinitesimal.

De Lyon se traslada a París, en donde gana la cátedra de física en el Colegio de Francia; luego pasa a la Escuela Politécnica para enseñar análisis infinitesimal; en 1808 se le nombra inspector general de universidades y, paradoja viviente, gana una cátedra de profesor de filosofía en la Facultad de Letras.

Entusiasmado por todas las ciencias, se dedica a la psicología, la poesía, la literatura, la metafísica o al espiritismo. Cuando se le invita a una comida o a una cena, es el terror de los demás invitados, pues cuando se pone a hablar no termina nunca saltando de un tema a otro, pues los domina todos.

Se entusiasma con la rebelión norteamericana, es partidario de la independencia de los Estados sudamericanos, se exalta hablando de la independencia de Grecia o de los últimos descubrimientos. En 1814 es elegido académico de la Academia de Ciencias en la sección de matemáticas y se interesa por la química y las teorías atómicas.

En 1820 descubre la electrodinámica, base de las futuras teorías electrónicas.

Ya se ha dicho que era hombre distraído y despistado. Se cuenta que, en cierta ocasión, atravesando un puente del Sena, un guijarro le llamó la atención; mientras lo estaba examinando, recordó que se le hacía tarde para llegar a la academia, consultó su reloj y, apretando el paso, tiró el reloj al río y se guardó el guijarro en el bolsillo.

Otro día, enfrascado en sus cálculos, cogió una tiza que llevaba en el bolsillo y empezó a escribirlos en una pizarra, pero ésta empezó a moverse. Ampere corrió tras ella y cada vez se escapaba más aprisa, hasta que se dio cuenta de que lo que había tomado por pizarra era la parte trasera de un coche de punto y que estaba en la calle en vez de estar en su cátedra.

Pero la anécdota quizá más curiosa es la que tuvo lugar cuando el emperador Napoleón visitó la Academia de Ciencias. Al ser presentado Ampere al emperador, el sabio, distraído, le preguntó cómo se llamaba. Napoleón sonrió divertido y le invitó para cenar al día siguiente en palacio, pero el sabio distraído otra vez olvidó la cita y no se presentó. Ampere murió en 1836.

11. ASESINO

Allá por el año 1100 en un castillo inaccesible de las montañas de Siria llamado Alamut un individuo entre bandolero, fanático religioso y guerrero feudal gobernaba un grupo de herejes musulmanes chiitas llamados *Ismailiyas*. Se llamaba el tal Al Hassan ibn as-Sabbah, procedente de los fatimidias de Egipto.

En esta fortaleza reunió a un grupo de secuaces que sembraron el terror no sólo en torno a la fortaleza sino también en lejanos lugares. Nadie estaba seguro, pues con ellos llegaba la muerte. Hábiles en disfrazarse y en fingir otra cosa de lo que eran, se introducían en caravanas o en ciudades importantes dispuestos siempre a cometer sus crímenes. Obedecían ciegamente a Al Hassan, quien poseía sobre ellos un poder inexplicable.

Poco a poco se supo que en el castillo de Alamut los seguidores de Al Hassan eran sometidos a duras pruebas en un momento de las cuales gozaban de los placeres del paraíso. Ello era debido a una sustancia misteriosa cuyo uso les hacía ver maravillas que, al recobrar el conocimiento, les eran prometidas en el caso de muerte obedeciendo a las órdenes de su jefe. Se dice que algunos de ellos, a su orden, saltaban de lo alto de las murallas de la fortaleza estrellándose en el duro suelo.

Al Hassan era llamado el Viejo de la Montaña y con este nombre pasó a la Europa cristiana, ya que en Siria, Egipto y otros lugares musulmanes eran llamados *Batiniyah*, derivado del nombre genérico de los creyentes en el *Batin*, doctrina

esotérica propia de algunos chiitas, o *Fidawiyah*, que viene a significar aquellos que dan la vida como rescate (*fide*) de su alma o más corrientemente *Hashishiyyin*, que alude al uso del *hachís*, que era la sustancia misteriosa a la que antes se hacía mención. De esta última palabra viene el nombre de Asesinos con que fueron conocidos.

El asesinato con fines políticos o religiosos era comúnmente admitido en la doctrina de algunos grupos musulmanes. Recordemos la reciente condena a muerte del escritor Salman Rushdie pronunciada por el fanático gobierno de los ayatollah del Irán.

Al Hassan murió el año 1124, su sucesor Al Hassan II le sucedió y a éste Al Hassan III, que se inclinó hacia la ortodoxia sunnita, debilitando el poder de la secta.

Su último jefe fue Ruknad-din, que fue hecho prisionero por los mongoles y condenado a muerte.

Entre las víctimas de los asesinos se encuentran Conrado de Monferrato, príncipe de Tiro, y Raimundo, conde de Trípoli y a punto estuvo de serlo el célebre sultán Saladino.

Aunque se intentó rehacer la secta de los asesinos, no se logró y las intentonas fueron rápidamente abortadas.

La palabra «asesino» pasó a Europa a finales del siglo XII y es empleada ya por Marco Polo.

El hachís desgraciadamente ha vuelto a ponerse de moda en nuestros días y si no ha resurgido la secta de los asesinos, tal sustancia por sí sola comete cada día el asesinato de algunos infelices que desventuradamente eran sus adictos.

12. ATENEO

Ateneo de Naucratis, escritor griego del siglo III, nacido en Egipto, es autor, entre otros libros no conservados, de una vastísima obra enciclopédica con abundantes datos sobre la historia de la cultura griega titulada *Dipnosofistai*, o sea, *El banquete de los sofistas*. Gracias a esta obra se han conservado valiosos fragmentos de comedias griegas, de la historiografía de épocas antiguas, retazos de erudición helenística y curiosidades de todo tipo, siendo tal vez la fuente más preciosa para el conocimiento íntimo de la cultura griega.

La obra fue conservada en Bizancio y sólo se conoce a través de un manuscrito del siglo X conservado en la Biblioteca Marciana de Venecia. Se calcula que la obra original fue compuesta entre los siglos II y III, ya que a principios de este último se calcula que murió Ateneo.

La obra describe un banquete ofrecido por un rico romano a un grupo de amigos, en su mayor parte griegos, filósofos unos, gramáticos, médicos, jurisconsultos otros, los cuales hablan de sus especialidades.

Dado su carácter enciclopédico, la obra gozó de gran popularidad y, en honor a su autor, el año 133 el emperador romano Adriano fundó con su nombre un instituto literario y científico en el que quería reunir a eruditos en las más variadas materias. El nombre de «ateneo» se da hoy a algunas asociaciones científicas, artísticas y literarias.

Hoy se llaman ateneos a asociaciones creadas muchas de ellas en el siglo XIX, especialmente por la burguesía intelectual, con fines parecidos de expansión de la cultura. Poco a poco van siendo reducto al que se acogen tertulias que con la desaparición de los clásicos cafés en los que se reunían, han debido acogerse al último lugar en el que pueden reunirse. En general son los últimos bastiones de la intelectualidad asociativa. En ellos se habla de todo lo humano y lo divino en las reuniones de socios y tiene su proyección ciudadana a través de conferencias y cursillos sobre las más variadas materias con lo que hacen honor al nombre que llevan, pues Ateneo en su libro no sólo habla de la erudición griega filosófica, gramatical e histórica, sino que dedica capítulos enteros a los vinos, a los banquetes, a los pescados, gastrónomos y célebres bebedores, instrumentos musicales, opiniones filosóficas favorables y contrarias a la embriaguez, juegos, danzas, prostitutas célebres o literatura dramática. Incluso su libro XIII trata abundantemente del erotismo.

Como se puede suponer de todo ello, se trata hoy en día en las conversaciones ateneísticas, incluyendo fútbol y política, que con la televisión son al parecer temas que emborrachan al público actual.

13. AUGURIO

Augurio significa presagio, pronóstico, predicción y deriva, según parece, de dos palabras latinas: *avis*, que significa ave, y *genere*, llevar, conducir.

Aunque los principales augurios y los más corrientes derivaban de la forma en que comían las aves, especialmente los pollos, que se usaban para ello los augurios, podían tener su origen en la interpretación del fulgor del rayo y del sonido del trueno. Se llamaba entonces augurio *ex caelo*. Si se basaba en el vuelo de los pájaros, se denominaba *ex avibus*; si de los cuadrúpedos, *ex quadripedibus*, aunque el más corriente correspondía al primero de los citados.

Para ello el augur revestido de una toga corta, llamada *trabea*, provisto de un bastón, uno de cuyos extremos había de ser naturalmente curvo, trazaba en el suelo dos líneas, entre las cuales se colocaba con la cabeza cubierta. Un servidor le traía una comida especial preparada para el caso, y el augur observaba los movimientos de los animales. Si los pollos demostraban tener hambre y picoteaban con avidez los granos depositados en el suelo se consideraba el hecho como un buen augurio, pero si las aves rechazaban la comida, haciendo caso omiso de ella y se ponían a cantar en este caso, el augurio era desfavorable.

En el año 249 a. C., el cónsul Claudio Pulcro dirigía la flota militar romana contra los cartagineses durante la primera guerra púnica. Convocó a los augures que tenía a bordo y, viendo que los pollos sagrados no comían, los echó al mar diciendo:

—Ya que no quieren comer que beban.

El hecho escandalizó y desmoralizó a los soldados, y, como al final Claudio Pulcro perdió la batalla, la creencia en los augurios se hizo más fuerte todavía.

El vuelo de las aves era observado también por los augures que predecían el inmediato porvenir de acuerdo con el rumbo que tomaban determinados pájaros. Esta creencia perduró durante mucho tiempo. Recuérdese el pasaje del *Poema de Mio Cid* en el que se alude a una corneja siniestra.

De todos modos, no todos los romanos, especialmente los de las clases ilustradas, creían en los augurios. Catón, que por cierto ejerció de augur durante una temporada, decía que «era imposible que dos augures se encontraran sin reírse».

14. BABOR

Se dice que en un barco no hay más cuerda que la del reloj, pues en la marina no se habla de cuerdas, sino de cables y maromas. Tampoco hay delante y atrás, sino proa y popa; ni derecha ni izquierda, sino babor y estribor.

Estas dos palabras vienen del antiguo neerlandés, cuyos barcos en la Edad Media se dirigían gracias a unos grandes remos que hacían las veces de timón y que estaban situados en el lado derecho; así la derecha era el lado del timón, y como en el antiguo neerlandés *stier* quiere decir timón, y *boord* significa el borde de un navío, así *stierboord* pasó a pronunciarse estribor. ¿Y babor? Cuando había mar fuerte, el timonel tendía a ponerse con la espalda mirando hacia la izquierda, y como también en neerlandés *bak* significa espalda y *boord* el borde, la palabra *bakboord* se transformó en babor.

No se olviden que los antiguos holandeses han sido siempre hombres de mar, contra el que han luchado primero a bordo de sus buques y luego arrebatándole terreno en forma que todavía hoy nos admira.

15. BACANAL

El dios romano Baco era llamado Dionisio por los griegos y era el dios de la viña, el vino y el delirio místico.

Dionisio era hijo de Zeus y de Semele, ésta, a su vez, hija de Cadmo y Harmonía. Semele era una mortal y quedó embarazada de Zeus cuando ella, incapaz de resistir la visión de los relámpagos que rodeaban al dios, cayó fulminada cuando estaba embarazada de seis meses. Zeus sacó al niño del seno materno y lo cosió en su muslo y, al llegar la hora del parto, salió vivo y perfectamente formado.

Su fabulosa vida, que le hace ir a la India, la Tracia y casi todos los lugares conocidos por los griegos en la Antigüedad, es tan complicada que sería inútil quererla resumir aquí. Consúltese si se quiere el magnífico *Diccionario de mitología griega y romana* de Pierre Grimal, editado por Paidós, en donde se encontrarán multitud de detalles curiosos.

Era Baco o Dionisio descubridor de la viña y del vino y en su honor se celebraban grandes fiestas tanto en Grecia como en Roma. Si bien las griegas eran fiestas únicamente religiosas, entre los romanos degeneraron éstas en verdaderas orgías que marcaron para siempre el nombre de bacanales como se denominaban. Al

parecer fue un griego, medio sacerdote medio truhán ambulante, quien introdujo el culto griego en la península itálica.

Las ceremonias se celebraban de noche y en ellas participaban hombres y mujeres que, en homenaje al dios Baco, consumían vino en grandes cantidades, y borrachos todos entregábanse al más desenfrenado libertinaje. Se decía que durante las bacanales, amén del desenfreno sexual, se cometían asesinatos y se fraguaban conjuraciones.

Desde su comienzo, en Roma las bacanales fueron condenadas por los ciudadanos honestos de Roma. En 186 a. C. hubo una gran represión contra ella debido a la denuncia de una cortesana llamada Híspala, esclava liberta que había sido iniciada en los ritos báquicos por su ama.

El lugar preferido para las reuniones era un bosque sagrado próximo a Roma, cerca del puerto de Ostia y en la desembocadura del Tíber. Los hombres participaban en las orgías generalmente vestidos como el dios Baco, con la cabeza coronada de pámpanos y hojas de hiedra y poseídos de delirio producido por la borrachera. Las mujeres por su parte iban semidesnudas o cubiertas solamente con velos transparentes con la cabeza coronada de hiedra y un tirso en la mano, entregándose con los hombres o entre sí a todo género de combinaciones eróticas.

Varias veces se intentó prohibir el culto báquico, pero todo fue en vano. El 16 de marzo de cada año se celebraban unas fiestas anuales llamadas *Liberalia* o *Ludis liberalis*, en las que se aceptaba la presencia de público.

Las mujeres que participaban en las bacanales se llamaban bacantes y en el lenguaje actual la palabra «bacanal» se aplica a un festín o fiesta tumultuosa en la que todo está permitido, desde la ebriedad a la satisfacción de los placeres sexuales. Bacante por su parte se aplica a mujer de pésimo vivir y entregada al placer y al escándalo.

16. BACHILLER

Esta palabra nos viene del francés, en cuya lengua *bas* y *chevalier* significaba: interior a caballero. El bachiller en la guerra podía llevar bandera o pendón, que no podían ser cuadrados sino terminados en punta.

Para llegar a esta categoría, el joven que se destinaba al servicio de las armas pasaba primero por el rango de escudero, acto solemne que generalmente se concedía cuando el muchacho llegaba a los catorce años. Años después, que en un principio fueron siete, pero que las necesidades de la guerra abreviaron notablemente, el escudero podía ser armado caballero.

En el *Quijote* se narra en forma burlesca las ceremonias que se celebraban en esta ocasión. Como se describe en el libro de Efraín Gaitán Orjuela: «Con ayunos, penitencias y oraciones se preparaba el noble doncel; tornaba un baño en señal de la limpieza interior, vestía una túnica blanca y luego otra encarnada símbolo de su decisión en derramar la sangre en aras de sus ideales. Pasaba la noche entera retirado en la soledad de alguna capilla velando sus armas; así que amanecía, se confesaba, oía la santa misa y recibía la comunión. Juraba ante el sacerdote que sería valeroso, leal y animoso; que protegería a los débiles, daría su sangre por la religión, el rey y la patria, suavizaría la suerte de los prisioneros y nunca mancharía sus labios con la calumnia o la mentira. Entonces las damas y los caballeros presentes lo adornaban con las espuelas de oro, le ponían el arnés, los brazaletes y le ceñían la espada bendecida antes por el ministro sagrado. Hincado de rodillas, esperaba hasta que el señor feudal con la espada desnuda diera sobre sus espaldas varios golpes diciendo: “En nombre de Dios, de san Miguel y de san Jorge, te hago caballero. Sé denodado, valeroso y leal”. Luego le daba el ósculo fraternal. Las campanas se echaban al vuelo y resonaban las trompetas. Montaba el novel caballero sobre brioso corcel, armado de punta en blanco, blandía la lanza al sol, cortaba el aire con la espada y hacía galopar el bridón en la plaza del castillo, entre los clamores de júbilo del pueblo, que entusiasmado lo vitoreaba».

Naturalmente la ceremonia de proclamación de un bachiller no revestía esta solemnidad. Era más sencilla; en ella participaban, además del protagonista y sus maestros, sus compañeros de estudios. Era el primer paso que se daba en las universidades para obtener título de licenciado y luego el de doctor.

El refranero español está lleno de burlas sobre los pobres bachilleres, a los que se les atribuye suma ignorancia. «Bachiller y nada saber todo uno viene a ser», o bien «Bachiller en medicina confunde el vino con la orina». Algunas universidades tenían

fama de ser un coladero; así, por ejemplo, la de Osuna, de la que tan donosamente se burla Cervantes en el *Quijote*, «Bachiller por Osuna cosa ninguna».

En una época en que se creía que «la letra con sangre entra» no era fácil ni cómoda la profesión de estudiante. «Fruto de escolar, mucha sarna y mucho rascar». Entonces como ahora la mayoría de los estudiantes no empezaban a estudiar hasta que se acercaba la época de los exámenes. «Desde San Lucas (18 de octubre) a Nadal todos estudian igual, poco y mal», olvidando con esto que «Para llegar a saber a aceite de velón has de oler»; recuérdese que el velón de aceite era el sistema más barato de iluminación. «Estudiante que talento no tiene súplalo quemando aceite».

Todo estudiante que empieza una carrera sueña con llegar a ser una eminencia de su profesión, sueño que se amengua si tiene que repetir algún curso, así lo dice el refrán: «El primer año, doctor; el segundo, licenciado; el tercero bachiller y el cuarto asno».

En antiguas épocas en que las ciencias estaban atrasadas era conocido el refrán: «Estudiante que a estudiar medicina viene los principales medicamentos en la letanía los tiene: la quinina *auxilium christianorum* el opio *consolatrix afflictorum* y el mercurio *refugium peccatorum*». No se olvide que el mercurio era empleado contra la sífilis, lo que sitúa el refrán después del descubrimiento de América.

Y para terminar un último refrán: «Estudiante tontiloco por mucho que estudie sabrá poco».

Y aún más. El francés *bachelier* deriva del latín vulgar *baccalarius*, que significa «pequeño poseedor de tierra». Ya se sabe que poseer algo de terreno era necesario para ser considerado también algo.

17. BANCO

La palabra gala *bank* significaba en un principio una tabla de madera adosada a la pared que permitía a la gente sentarse a lo largo y ancho de una habitación. Pasó a varias lenguas con el significado de asiento de madera, con respaldo o sin él, en que pueden sentarse varias personas.

¿Cómo ha llegado a significar también establecimiento público de crédito? Pues sencillamente, los primeros cambistas o personas que se dedicaban a cambiar

moneda de distinto tipo o nacionalidad se instalaron en lugares estratégicos sentados en un banco y ante una mesa. Piénsese en la cantidad de monedas diferentes que existían en un solo país. Monedas de oro, de plata, de cobre, de valor distinto, desvalorizadas unas a veces por recorte de sus bordes, lo que hacía imprescindible pesarlas, procedentes algunas de países remotos como Bizancio, por ejemplo, cuyas monedas de oro gozaban de gran estima en toda Europa. Realmente el papel de cambista no era fácil en aquellos tiempos.

Una de las ciudades con más comercio exterior era Venecia y los cambistas instalaban sus bancos en la plaza de San Marcos, y así eran conocidos por el banco de Fulano o el banco de Zutano estableciéndose a veces rivalidades para ver quién ofrecía mejores condiciones para el cambio de monedas.

A veces uno de estos banqueros no podía hacer frente a sus compromisos, por lo que la justicia le rompía el banco, de donde viene la palabra «bancarrota» o la de «quiebra».

Hoy se dice que un banquero es un individuo que está dispuesto a prestarte dinero a condición de que le demuestres que no lo necesitas y que un banco es una entidad que te presta un paraguas cuando hace sol y te lo quita cuando llueve.

No sé qué opinión deben de tener los banqueros de sus clientes, pero recuerdo una anécdota del célebre Rothschild, a quien se le preguntó qué opinaba de los accionistas de su banco y respondió:

— ¿Los accionistas? A veces son ovejas, a veces tigres, pero sea en un caso o en otro son siempre bestias.

18. BÁRBARO

Algunos etimologistas, como Efraín Gaitán Orjuela, dicen: «Ya los griegos notaron que el forastero que pretendía hablar el griego, al hacer el esfuerzo de su pronunciación, repetía a cada paso las expresiones “bar” “bar”, recurso instintivo para dar tiempo a la memoria a fin de recordar el huidizo vocablo que le era menester; de este balbuceo, “bar” “bar”, formaron los helenos la palabra “bárbaros” en castellano Bárbaro».

En realidad la palabra es más antigua que todo eso. Es de origen indoeuropeo, de donde pasó al griego y luego al latín, *balbus*, significando originariamente la

pronunciación de sonidos desagradables e inarticulados semejantes a los de los animales. Confróntese con el latín *balbus o balbulus*, que significa tartamudo. Es curioso que se llamaban bárbaras las palabras o sonidos sin sentido que pronunciaban las pitonisas cuando se referían a algo misterioso y sagrado.

En un principio, a los lenguajes de tribus o pueblos desconocidos por los griegos del Ática los griegos los llamaban *Aglossos* —es decir, sin lengua, ya que no hablaban el puro lenguaje que se usaba en la península helénica—. De aquí la oposición entre helenos y no helenos, estos últimos llamados bárbaros o sea extranjeros.

La palabra no tenía ninguna connotación racista; era simplemente la constatación de que el bárbaro pertenecía a un pueblo distinto. Historiadores como Heródoto consideran que los bárbaros son tan dignos de consideración como los helenos y, por ello, el gran historiador griego fue llamado «amante de los bárbaros».

De los griegos pasó el término a los romanos, para los cuales significó extranjero políticamente y rudo incivil en las costumbres. A medida que el imperio romano se iba extendiendo y agrupando otros pueblos y naciones, éstos dejaban de ser bárbaros desde el momento en que aceptaban los usos y costumbres romanos, y fueron considerados bárbaros y de costumbres sanguinarias los pueblos que se encontraban fuera de la órbita de Roma. Desde entonces bárbaro significó extranjero feroz que no respetaba leyes e instituciones civiles y era enemigo de la patria y la religión.

La aparición del cristianismo, que no admitía diferencia entre los hombres, fuesen cuales fuesen sus costumbres y sus leyes, parecía que iba a hacer desaparecer el concepto de bárbaro, pero no fue así, pues se opuso la cristiandad a la barbarie y lo que en tiempo de los romanos basaba la diferencia entre unos y otros en las leyes civiles lo supuso la diferencia de creencias. Es de notar empero que los hebreos, a pesar de no ser cristianos, no fueron nunca considerados bárbaros.

Poco a poco el término pierde intransigencia religiosa y vuelve a adoptar el significado que le daban los romanos, llegando al extremo de que los humanistas de los siglos XIV y XV llamasen bárbaros a los que no participaban en sus ideas prerrenacentistas, hasta el punto de que durante el Renacimiento se llamaron bárbaras las catedrales góticas, por ejemplo, que eran consideradas obras deleznable, de los que, por ellos, eran llamados siglos oscuros.

De aquel tiempo viene la acepción de la palabra «bárbaro» para significar atrocidades y crímenes cometidos ya sea individual o colectivamente.

19. BAREMO

Baremo es el libro de cuentas ajustadas; por ello, cuando un ministro de Hacienda o cualquier otro mandamás económico, habla de revisar el baremo y proceder a un reajuste me echo a temblar porque todo termina subiendo los impuestos.

Su inventor fue el matemático francés François Barreme nacido en Tarascón en 1638 y fallecido en París en 1703. Escribió varios libros de poesía, a la que era muy aficionado, pero su fama se debe a sus libros sobre la contabilidad de empresas, actividad por la que sentía verdadera pasión. En 1668 presentó al rey un manuscrito primero de una serie sobre contabilidad. El rey, que no entendía un pito de estas cosas, le concedió el privilegio de editarlos, y así, al año siguiente, se publicó la primera de sus obras titulada *Les livres des tarifs oic, sans plume et sans peine, on trouve les comptes faits*, y al año siguiente, *Les tarifs et comptes faits du grand commerce*.

Ello le permitió crear el sistema de contabilidad por partida doble, que ya había sido adivinado por los mercaderes italianos del Renacimiento, en especial los florentinos y genoveses.

Consciente de la aspereza de sus obras, los libros por él editados están llenos de divertidas notas, poemas y dibujitos amenos. Lástima grande que este sistema no se emplee hoy, pues tal vez con ello hubiese yo llegado a interesarme de los misterios de la contabilidad, aunque lo dudo mucho.

20. BARÓN

La palabra «barón» ha sufrido una gran transformación desde su primer significado al actual. Entre los primitivos galos significaba jayán; es decir, individuo que vive de la fuerza de sus brazos encargado de llevar bultos y pesos de un lugar a otro. Procede del celta *ber*, hombre, y tal vez con el mismo significado del bajo latín *barus*.

En la ley sálica, barón significa simplemente hombre y fue sólo en el siglo XII cuando se dio este nombre a la persona que se distinguía por su valor en el campo

de batalla. Recuérdese que Cicerón usó *baro baronis* con el significado de tonto, fatuo y necio que no servía más que para llevar bultos de un sitio a otro. De la fortaleza física se pasó a la fortaleza moral y la palabra fue adquiriendo el significado de pequeña nobleza, aunque algunos barones gozaban de un gran poder en el sistema feudal, especialmente en el germánico.

En algunos sitios, los barones tenían el derecho de juzgar en primera instancia, aunque sus sentencias se podían apelar ante tribunales de mayor poder. No se olvide que la baronía era y es el menor de los títulos de nobleza.

En España son célebres los legendarios Nueve Barones de la Fama inventados por los cronistas catalanes medievales. Según esto, los citados barones eran vasallos de un gobernador de Aquitania llamado Otger Catalón, del cual se habría derivado siempre según estos cronistas el nombre de Cataluña. Dichos barones eran Dapifer de Montcada, Galcerán de Pinós, Huc de Mataplana, Galcerán de Cervelló, Calcerán de Cervera, Grau de Alemany, Bernat de Anglesola, Gispert de Ribelles y Bernat Roger de Eril. Por supuesto, esos barones no han existido nunca, aunque los cronistas afirmasen que habían entrado en territorio catalán el año 734 al mando de veinticinco mil hombres. En realidad creo que esta fábula fue inventada para dar brillo y lustre a los apellidos citados.

21. BASÍLICA

Hoy en día unimos el nombre de *basílica* a una iglesia importante que puede ser una de las basílicas mayores que existen en Roma o algunas catedrales o iglesias importantes que han recibido este título honorífico, pero en su origen la palabra «basílica» podía definir tanto un palacio como un almacén.

La palabra *basileus* significa en griego rey y fue el título que llevaron los emperadores bizantinos. Su femenino es *basilisa*, por lo que las mujeres que así se llamen pueden ostentar con razón el título de emperatriz y gobernar sin discusión en su casa.

El palacio del rey era en Grecia una *basílica*, pero el nombre se extendió luego a las propiedades o edificios públicos que de él dependían. Un tipo corriente de basílica era el constituido por una nave central amplia y dos naves laterales más estrechas y

estaba precedido por un pórtico llamado *stoa*, en el que se celebraban reuniones y en el que se discutía de todo.

Estos edificios, especialmente los dedicados a almacenes reales, fueron ocupados por los cristianos cuando fue reconocido su culto. Como necesitaban sitios amplios y capaces de contener gran número de personas, fue lógico que incorporasen este edificio útil para celebraciones religiosas cada vez más solemnes.

Hoy basílica es una iglesia notable por su antigüedad que disfruta de algunos privilegios, la mayor parte honoríficos como he dicho. Son consideradas basílicas mayores San Pedro del Vaticano, San Pablo Extramuros, Santa María la Mayor y San Juan de Letrán, todas ellas en Roma, las demás son consideradas basílicas menores.

22. BECHAMEL

«Se derriten treinta y cinco gramos de mantequilla; se mezclan en ella dos cucharadas de harina y luego se vierte leche poco a poco para que no se agrume; se pone un poco de sal y se deja cocer lentamente durante unos veinte minutos. Tiene que quedar como una crema muy fina». Ésta es la receta más sencilla de la salsa bechamel o besamela, que también así lo he visto escrito.

El nombre viene de Louis de Bechameil, marqués de Nointel, gran *gourmet* francés de la época de Luis XIV. Antiguo *maitre d'hotel* del soberano francés, negociante afortunado, hizo fortuna en los tiempos de la Fronda, lo que le valió el título de marqués.

¿Fue Bechameil el inventor de la salsa que lleva su nombre? Lo más probable es que quien inventó la salsa fuese su cocinero, pero ya se sabe que los servidores desaparecen en la historia en beneficio de sus amos.

Bechameil era un *gourmet* reputado en la corte francesa, frecuentaba los salones del palacio real y los de los grandes señores. Hombre cultivado, gran aficionado a las bellas artes, poseía una buena colección de cuadros, estatuas y miniaturas. Apuesto, vestido siempre con rebuscada elegancia, tenía el solo defecto de imitar al duque de Gramont, por el que profesaba una ridícula admiración, hasta el punto de que Saint-Simon cuenta que una vez paseándose el duque por el jardín de las Tullerías vio a Bechameil y dijo a sus compañeros:

— ¿Os apostáis algo a que doy un puntapié en el culo de Bechameil y éste me da las gracias?

Y, dicho y hecho, se acercó a Bechameil y le dio un formidable puntapié en las posaderas. El marqués se volvió indignado, pero al ver que quien le había ofendido era el duque de Gramont, que se deshacía en excusas y diciendo que le había tomado por su sobrino, que se le parecía mucho, rió de la pretendida confusión y dio las gracias al duque.

22. BISOÑO

Según el diccionario es un adjetivo que se aplica al soldado o tropa nuevos y, en sentido figurado, a todo individuo nuevo e inexperimentado en cualquier arte, oficio o profesión.

Según se desprende de la primera acepción, la palabra tiene un origen militar y se remonta nada menos que al siglo XVI. En aquella época el rey Francisco I de Francia y Carlos I, rey de España y emperador de Alemania, luchaban por la posesión de territorios importantes en Italia. La lucha duró treinta y cinco años. Génova, Milán y Pavía son nombres que recuerdan batallas importantes en las que se decidió la prepotencia de uno y otro Estado. En la batalla de Pavía, de la que he hablado en mi libro *Frases que han hecho Historia*, fue hecho prisionero el rey francés.

Las tropas españolas que llegaban a Italia desconocían, como es natural, el idioma de aquel país y lógicamente las primeras palabras que aprendieron fueron las que designaban sus imprescindibles necesidades. En italiano la palabra «necesitar» es *bisognare* y «necesito», *bisogno*, que respectivamente se pronuncian bisoñare y bisoño. Así pues, cuando los soldados españoles necesitaban algo decían bisoño pan, bisoño carne, lo que hizo que los italianos al ver llegar a los soldados españoles dijesen: «Ahí vienen los bisoños».

La palabra pasó a España y, así, Torres Naharro, en su comedia *La soldadesca*, refiriéndose a los soldados españoles que llegaban de Italia dice:

*No es de oír
porque si quieren pedir
de comer a una persona,*

*no saben sino decir:
Daca el «Bisoño», madona.*

Y así una palabra del argot militar pasó al lenguaje familiar, y se dice un artista bisoño, un cantante bisoño o un aprendiz bisoño, indicando con ello que son novicios en su oficio.

23. BURDEL

En el Pirineo catalán y aragonés se encuentra con facilidad la palabra «*borda*» significando cabaña o casa situada en las afueras de una población, aunque algunos restaurantes, pretendidamente típicos, se han apoderado del vocablo para dar un aire rústico a su negocio, como ha sucedido en castellano con las palabras *venta o mesón*, hasta el punto que el cliente de un mesón o de una venta o ventorro no sabe, por el nombre, si se trata de un fonducho o de un restaurante de cuatro tenedores.

En la Edad Media, muchas de estas cabañas situadas en las afueras eran usadas por las prostitutas para su comercio carnal y la *borda* pasó a ser, en la expresión ir a la *borda*, sinónimo de entregarse a los placeres de la carne.

El catalán *borda* pasó a ser *bordell*, como en italiano *bordello* o el francés *bordel* y en castellano *burdel*.

Y así, de este modo, una simple cabaña, que tal vez abrigaba en su origen amores castos o legítimos, pasó a ser sinónimo de casa de prostitución.

24. CACO

Esta palabra, que significa ladrón, como todo el mundo sabe, tiene un origen mitológico.

Caco era un monstruo que tenía tres cabezas y despedía fuego por sus tres bocas, habitaba en Roma en una caverna del monte Aventino, en la que ocultaba lo que había robado. Tenía aterrorizada a toda la comarca y un día se le ocurrió robar los bueyes que Hércules se había apoderado cuando venció a Gerión. Hércules había dejado la manada pastando en el lugar que años después se llamó *Forum Boarium* y se dispuso a dormir una siesta a orillas del Tíber. Caco quiso aprovechar la ocasión

y le robó cuatro vacas y cuatro bueyes, que llevó a su caverna, pero para que nadie pudiese seguir las huellas cogió el rabo a las reses y las hizo caminar hacia atrás de tal forma que parecía que los animales habían salido de la caverna y no entrado en ella.

Cuando Hércules despertó y vio que la manada había mermado en número, examinó las huellas y, tal como Caco había pensado, imaginó que no habían penetrado en ella.

Aquí la historia, mejor dicho la leyenda, se divide en dos versiones distintas; según una fueron las reses que le quedaron a Hércules las que, con su olfato, descubrieron la presencia de las robadas; según otra versión, fue la hermana de Caco, llamada naturalmente Caca, quien descubrió el pastel. Sea como fuere, Hércules se lió a estacazos con su clava contra el ladrón, matándole, y, también según otra versión, lo que hizo Hércules fue que al ver que Caco se había encerrado en su guarida arrancó de cuajo las rocas que rodeaban la caverna del ladrón cegando la entrada y enterrando vivo a Caco.

Cuando se tuvo noticia del hecho, los habitantes de la comarca llevaron en triunfo a Hércules y levantaron en aquel sitio un altar a *Júpiter Inventor* y pidieron a los dioses que divinizaran a Hércules haciéndole semejante a ellos.

Ello sucedía en Palanteo, que era una pequeña aldea de pastores regida por el rey Evandro, en el lugar llamado siglos después Palatino, una de las siete colinas de la que luego fue la ciudad de Roma.

Escrito ya este libro, he tenido noticias de otro Caco gracias a la obra magnífica, como todas las suyas, de Julio Caro Baroja titulada *Las falsificaciones de la Historia. En relación con la de España*. Comentando el libro *Los cuatro libros primeros de la Crónica general de España* de Florián de Ocampo, publicado en 1543, Caro Baroja hace referencia a la última genealogía de los antiguos reyes de España que publica este historiador del siglo XVI y dice: «Tras Romo aparecerá Palatuo o Patato, fundador de Palencia, que fue desbancado por Licinio, llamado Caco, hombre emparentado y valeroso, con gran popularidad, que recogió todas sus huestes al pie del Moncayo, llamado "monte de Caco" por esto. La juventud e inexperiencia de Palatuo contrastaban con la valía de Caco: "Porque dicen de éste ser el primer hombre que por acá descubrió los mineros de hierro, y el primero que labró las

armas defensivas de hierro, como son petos, y brazales, y casquetes para la cabeza. Y aun quieren algunos decir que fue también el primero que hizo en España cuchillos y espadas y puntas para las astas, labrando lo primero con fuego, para dar la facción que convenía, y endureciéndolo después de forjado en la templa con agua". Por eso los poetas le decían hijo de Vulcano».

He aquí otro Caco que añadir al de la mitología romana. Ni decir tiene que ambos son absolutamente fabulosos.

25. CAFÉ

La palabra «café» deriva de *kawa*, vocablo árabe de origen incierto. Se dice que por ser de color negro se le identificó con la *Kaaba*, piedra sagrada venerada en La Meca. Ello es totalmente falso, pues el café en sus orígenes no se tostaba.

Se dice que un pastor de Etiopía vio cómo sus cabras, que generalmente dormían por la noche, permanecían despiertas después de haber comido hojas y fruto de determinados arbustos. Quiso probarlo y se dio cuenta de que tampoco podía dormir y pasaba la noche desvelado. No se sabe si comió directamente las semillas o bien hizo una infusión con ellas. Un día de lluvia en que las semillas se habían mojado quiso secarlas rápidamente, para lo cual las colocó en una sartén y la puso al fuego. Distraído, no se dio cuenta de que se tostaban y, no queriendo tirarlas, hizo una infusión con ellas, que encontró más sabrosa que no la que hacía con las semillas verdes. Desde entonces las tostó siempre y comunicó a sus compañeros el descubrimiento hecho.

Al parecer, los rumores de tal hallazgo llegaron a un convento de monjes monofisitas, quienes encontraron en el café una solución para mantenerse bien despiertos en las horas nocturnas de oración.

Poco después la costumbre de tomar café se fue extendiendo por el país y los habitantes musulmanes de la región, que no podían beber vino, se aficionaron enormemente a la nueva bebida.

La costumbre de tomar café pasó rápidamente desde las capas más bajas de la sociedad hasta las más altas, de tal forma que, como pasa con toda novedad, hubo quien creyó que era pecado. Unos, los musulmanes, porque tal brebaje no constaba en el Corán y los cristianos porque se atribuyeron al café propiedades afrodisiacas.

En los ambientes islámicos se creó entonces la leyenda de que había sido el arcángel Gabriel quien había descubierto el café a Mahoma para que pudiese velar toda la noche escuchando el dictado del libro santo.

En la *Enciclopedia Espasa* se lee: «Según una leyenda, menos conocida, dos peregrinos, Abuhassan Schazali y Omar, iban juntos a La Meca, cuando el primero dijo de repente a su compañero: “Siento que voy a morir en seguida; júrame obedecer y hacer todo lo que te mande el primer hombre a quien encuentres después de mi muerte”. Dicho esto expiró. Entonces Omar vio aparecer a un hombre que abrió en el suelo un agujero de donde salió agua, con la cual lavó el cadáver de su compañero, y lo enterró, disponiéndose luego a marcharse; pero Omar le detuvo y, con gran admiración suya, reconoció en aquel hombre a su amigo Abuhassan Schazali, que acababa de ser enterrado. Entonces Abuhassan señaló con la mano una gran bola de madera que se movía y encargó a Omar que la siguiese en su marcha hasta que se detuviera. Omar corrió tras la bola hasta Servacum, donde paró. Durante el tiempo que Omar siguió aquella misteriosa esfera tuvo ocasión de curar a varios enfermos y hasta de salvar la vida a una princesa que estaba enferma de gravedad. La princesa agradecida se enamoró de su salvador, de tal modo que seguía por todas partes a Omar con gran disgusto de su padre, el rey, y aun del pueblo. El monarca, para desprenderse del causante de tal desafuero, desterró a Omar, en unión de unos malhechores, a una comarca desierta, donde debían morir lentamente de hambre; pero los desterrados encontraron un buen alimento en los frutos del árbol del café, y aun se les ocurrió preparar con ellos una bebida mediante la cual hasta consiguieron curar leprosos. Cuando el rey se enteró de estos hechos maravillosos concedió nuevamente su favor a Omar, le colmó de honores y le regaló un palacio».

Las primeras noticias contrastadas que se tienen sobre el uso del café datan de finales del siglo XIV y, según parece, a finales del siglo XV aparecen en el mundo musulmán los establecimientos que servían esta bebida y que por ello se llamaron cafés. En 1592 aparece el primero de ellos en El Cairo y de allí se propagó a Siria y luego a Constantinopla, en 1554, lo que no fue nada fácil porque las autoridades religiosas hicieron lo posible para prohibir su uso; pero en vano, pues el café fue

propagándose hasta llegar a Europa, en donde fue conocido en 1582, pero sólo como una curiosidad botánica.

En Venecia apareció en 1640, en Marsella en 1654 y en París hacia 1680.

Pero el gran éxito del café se desarrolla a partir de 1683, después de la derrota de los turcos en Viena por parte de Sobieski. Cuando los turcos levantaron el cerco de la ciudad, dejaron abandonados centenares de sacos que un polaco llamado Kolschitzky reclamó como recompensa por un acto heroico que había realizado. Al principio el café desagradó a los vieneses debido primero a lo amargo de la bebida y después al poso característico del café turco. Lo primero lo solucionó Kolschitzky añadiéndole azúcar y lo segundo colando la infusión, modalidad que tomó el nombre de «a la vienesa».

En Venecia, donde el café se tomaba al comienzo como medicamento, alcanzó gran popularidad como digestivo, y en 1680 empezaron a aparecer en la plaza de San Marcos unas tiendecitas que expedían el negro brebaje y que, por ello, se llamaron cafés. En 1720 se abrió el café Florián, que aún existe en la plaza, a mano derecha según se mira la basílica de San Marcos. Recomiendo a todo visitante que dedique unos minutos de su tiempo, los más que pueda, a tomar un café en el Florian, decorado al estilo del siglo XVIII, y que recuerde que en aquellos sofás y en aquellas banquetas se sentaron personajes como Wagner, Dostoievski, lord Byron, Marcel Proust, Alfred de Musset, George Sand, Stravinski, Tchaikovski y tantos y tantos más.

En España el café tuvo que luchar contra el chocolate, bebida que podríamos llamar nacional en épocas pasadas. Es curioso hacer notar el uso habitual en ciertas regiones de este brebaje híbrido que se llama café con leche, hasta el punto que para pedir un café es necesario puntualizar que se quiere solo, porque si no te lo sirven con leche. Sería curioso observar la relación que existe entre el café con leche y la burocracia, pues he observado que a cuantos más funcionarios más cafés con leche se sirven. Basta observar la cantidad de cafés con leche que se sirven en las cafeterías de los ministerios y centros oficiales o en las de sus alrededores.

26. CALENDARIO

El antiguo calendario romano constaba de diez meses con un total de 306 días, y se atribuye a Numa Pompilio la instauración del calendario griego de doce meses lunares, unos de 23 días y otros de 30, con un desfase de once o doce días con respecto al año solar. Al año romano de diez meses se le añadieron dos más que fueron enero y febrero. El primer día de cada mes se llamó *kalendas*, de donde viene la palabra calendario, los 7 de los meses de marzo, mayo, julio y octubre y el 5 de los meses restantes se llamaron nonas y el 15 de los cuatro meses citados y el 13 en los demás se llamaron idus. Como este calendario no se adaptase al año solar, se intercaló después del 23 de febrero un período de unos 4 o 5 días que se llamó mercedonio.

La principal reforma fue dictada por Julio César el año 46 a. C., que se basó en los cálculos de Sosígenes, matemático alejandrino, con ciclos de cuatro años, tres de 365 y uno de 366. Como la diferencia que existía entre el año civil y el año solar era de 90 días, intercaló tres meses, fijando en 31 días los meses de marzo, mayo, julio y octubre, y 28 días el mes de febrero. También quedaron con 31 días los meses de enero, agosto y diciembre y 30 los restantes. Cada cuatro años se intercalaba un día entre el 23 y 24 de febrero que se llamó «*Bis sexto kalendes Martias*», de donde deriva el nombre del año bisiesto.

Con el tiempo se vio que quedaban desfasados el año civil y el solar hasta el punto que el equinoccio de primavera, que inicialmente caía el 26 de marzo, a fines del siglo XVI se hallaba el 11 del mismo mes. El papa Gregorio XIII encargó al matemático Luigi Lilio un estudio para corregir definitivamente tal desbarajuste. El proyecto fue sometido a la aprobación de multitud de matemáticos y astrónomos de todo el mundo entonces conocido y fue aprobado casi por unanimidad.

El resultado fue que en 1582 se suprimieron 10 días del año pasando del 4 de octubre al 15 del mismo mes, y para que desapareciese definitivamente la diferencia se mandó que se suprimiera el año bisiesto en todos los años centenarios no múltiplos de 400.

La reforma gregoriana fue adoptada inmediatamente por los países católicos y más lentamente por los países protestantes, ortodoxos y musulmanes. He aquí una lista de las principales fechas en que fue adoptada la reforma en los diversos países:

5-15 de octubre de 1582	Italia, España, Portugal.
10-19 de diciembre de 1582	Francia y Lorena.
15-24 de diciembre de 1582	Países Bajos austriacos.
7-16 de enero de 1584	Austria.
6-16 de octubre de 1584	Baviera.
Fechas diversas de 1584	Alemania católica, Suiza católica.
22-31 de diciembre de 1586	Polonia.
22-31 de octubre de 1587	Hungría.
22 de agosto-1 de setiembre de 1610	Prusia.
18-28 de febrero de 1700	Alemania protestante, Provincias Unidas, Dinamarca, Noruega.
3-14 de setiembre de 1752	Gran Bretaña.
18-28 de febrero de 1753	Suecia.
1 de enero de 1873	Japón.
20 de noviembre de 1911	China.
Fechas diversas de 1917	Bulgaria.
Fechas diversas de 1918	Rusia (confirmada en 1923).
19-31 de enero de 1919	Serbia, Rumania.
16 de febrero-1 de marzo de 1923	Grecia.
1 de enero de 1926	Turquía.

Ello explica que en España santa Teresa de Jesús muriese el 4 de octubre de 1582 y fuese enterrada el día siguiente día 15 y que en la extinta Rusia soviética la conmemoración de la Revolución de Octubre se celebrase en noviembre.

Hoy en día este calendario ha sido aceptado universalmente; sólo las celebraciones litúrgicas de religiones no cristianas, como la judía o la musulmana, se rigen por calendarios distintos.

La Iglesia católica, seguida en ello por la mayor parte de las Iglesias cristianas, posee su año litúrgico que fundamentalmente consta de dos ciclos, el de Navidad y el ciclo Pascual. «El aniversario central es la fiesta de Pascua. Esta fiesta, de gran significación en la liturgia israelita, pasó a la liturgia cristiana, conmemorando la obra de la Redención del linaje humano por Jesucristo. Desde el siglo II, un ayuno

de unas seis semanas, servía de preparación. Este período de penitencia, que se alargó hasta comprender setenta días, dio origen a la Cuaresma, o tiempo de preparación para los que debían ser bautizados el Sábado Santo. Estos nuevos bautizados festejaban su dicha durante ocho días, con lo que se dio origen a la octava de Pascua, modelo de todas las octavas. En el siglo IV-V se prolongó el ciclo pascual hasta Pentecostés, fiesta también de origen judío, junto con la conmemoración de la venida del Espíritu Santo, con su correspondiente octava. En el siglo V ya estaba completo este ciclo.

»El ciclo de Navidad tuvo una formación posterior. El Oriente celebraba el Nacimiento del Señor el día 6 de enero, mientras que Roma y el Occidente, el día 25 de diciembre. En el siglo IV, el Oriente acepta la fiesta de Navidad y Roma la Epifanía. Como preparación a la fiesta del Nacimiento del Señor, se dedican los cuatro (cinco en la liturgia mozárabe) domingos anteriores a Navidad. El ciclo de Navidad, con su preparación (Adviento), la fiesta de Navidad con su octava (después conmemoración de la Circuncisión) y la Epifanía, también con su octava, está completo. Aunque posterior en formación, por su significado se sitúa a la cabeza del año litúrgico, iniciándose éste con el primer domingo de Adviento, en casi todas las liturgias». (*Enciclopedia de la religión católica*).

27. CAMARADA

Esta palabra, tan usada en política y tan desgastada y prostituida por aquellos que de la política viven, viene a significar simplemente compañero de cama, lo cual no sentaría muy bien a muchos que emplean esta palabra con demagógica profusión.

El origen debe buscarse en la palabra «cámara», lugar en donde se sitúa la cama, en el que se duerme solo o en compañía, lo que sucedía en este último caso en tiempos antiguos en los que compartir la habitación en la que se iba a dormir era cosa frecuente. De todos modos fue en el ejército donde esta palabra adquirió el significado que tiene hoy en día.

El soldado que compartía la cámara con otros muchos era llamado el camarada de ellos y lo que hoy en el vocabulario militar se conoce con el nombre de compañía, batería u otro similar, según las armas en que se sirve, era entonces llamado la compañía de cámara.

Fue durante la Revolución francesa de 1790 cuando la palabra «camarada» se popularizó tomando el significado que tiene hoy en día.

Digamos que camarero y camarilla tienen el mismo origen, pues el primero es el que se cuidaba de hacer las camas, asearlas, ventilarlas y tenerlas a punto para el señor o la señora a quienes servían.

La palabra «camarilla» tuvo su origen en las reuniones que en su cámara particular tenía Fernando VII con sus consejeros y amigos, y como la mayor parte de ellos eran gente deleznable y de poco fiar la palabra «camarilla» se usa generalmente en tono peyorativo.

28. CANAPÉ

¿Sabía usted, amigo lector, que la palabra «canapé» deriva del mosquito? Veamos cómo.

Mosquito en griego se llama *conops* y los griegos como nosotros sufrían el martirio que representa un mosquito en una habitación. No sólo molesta su picadura, sino el insufrible zumbido que produce durante su vuelo. Por ello al protegerse con un mosquitero le llamaron *konopeion* y con esta palabra se empieza a vislumbrar el futuro canapé.

Los romanos transformaron el *konopeion* en *conopeum* y luego *canapeu* y extendieron su significado a las cortinas que rodeaban el lecho. Digamos que dichas cortinas, que cayendo de un baldaquín aíslan una cama, sirvieron en tiempos en los que no había calefacción para conservar el calor animal producido por el o los durmientes.

En el siglo XII en Francia se le llamó *conopé* y *canapé* en el siglo XVII. Su significado pasa de las cortinas que rodean el lecho al lecho mismo y, poco a poco, va derivando hasta significar un asiento confortable en el que varias personas pueden sentarse y, en caso contrario, puede servir incluso de cama.

Y he aquí como del mosquito hemos pasado al canapé.

29. CANDIDATO

De esta palabra ya he hablado en alguna de mis *Historias de la Historia*, pero no estará de más recordarla aquí.

Candidato viene del latín *candidus*, que quiere decir blanco. Los pretendientes a algún cargo público en la antigua Roma usaban vestir una toga blanca para demostrar la pureza de sus intenciones y así se paseaban por los mercados y por el Foro solicitando los votos de los ciudadanos. Como se puede ver, las cosas no han cambiado mucho desde entonces. En vísperas de elecciones los candidatos actuales, aunque no van vestidos de blanco, van a los mercados y a otros lugares concurridos estrechando manos y besando niños; después de elegidos, como es natural, dejan de visitar los lugares populares en donde habían solicitado el voto, como ya son mandamases se olvidan del pueblo que los ha votado. Adiós a los mercados y a las plazas, adiós a los niños y a los vendedores y, lo que es peor, adiós a las promesas que hicieron. Si hoy los candidatos vistieran trajes blancos a los cuatro días de su elección enrojecerían de vergüenza.

También *albo* en latín significa blanco y de esta palabra deriva nuestro álbum o libro en blanco para inscribir frases más o menos afortunadas o firmas de personas ilustres. Por extensión se llama también álbum a los libros en los que se pegan fotografías, recortes de periódicos y que antes de ser usados están en blanco.

Se usa también la palabra cándido como sinónimo de blanco aplicado a una persona sencilla, simple, sin malicia ni doblez, es decir, tan blanco que en su ánimo o inteligencia se puede inscribir cualquier cosa. Lo que le convierte en un excelente elector.

30. CAPILLA

Año trescientos y pico. Un joven, casi adolescente, militar de profesión, cabalga con cuidado cerca de Amiens. La helada ha hecho el suelo resbaladizo y el caballo pisa con precauciones el camino. Hace mucho frío y el jinete aguanta como puede el viento helado envuelto en una capa. De una choza al borde del camino sale un mendigo envuelto en harapos que apenas cubren su cuerpo. Tiritando lo enseña al caballero. Está cubierto de llagas.

— ¡Por amor de Dios, una limosna que me estoy muriendo de frío y de hambre! Ya veis que estoy enfermo y no puedo trabajar.

—Lo siento, pero soy pobre y no tengo dinero. El caballo que monto no es mío, tanto él como mis arreos son propiedad del ejército y ni siquiera esta capa es del

todo mía, pues sólo me pertenece la mitad, pero como de esta mitad puedo hacer lo que quiera con mucho gusto te la doy.

Y, uniendo el gesto a la palabra, desenvainó la espada y partió la capa por la mitad.

—Ten lo que es mío, te lo doy.

Y el jinete continuó su camino.

El mendigo se arrebujó en la capa y sintió un insólito calor al propio tiempo que veía que sus llagas se curaban y su piel se volvía tersa. A sus gritos y exclamaciones acudieron otros mendigos que vieron cómo al tocar la capa entraban en calor. Sorprendidos, rogaron a su compañero que les permitiese cortar un trozo de la milagrosa capa, viendo con asombro que a pesar de que cortaban trozo a trozo la capa se rehacía y quedaba igual que antes.

La noticia del milagro se extendió por todas partes y los trozos de capa fueron conservados como reliquia.

En latín capa se dice *cappa* y el diminutivo es *cappellae* y a los santuarios generalmente pequeños, en los que se guardaban los trocitos milagrosos de capa, tomaron el nombre de *cappellae* o en castellano *capilla*.

El soldado de la capa se llamaba Martín y no era todavía cristiano, aunque se preparaba para el bautismo. Con sólo veintidós años abandonó la carrera militar y marchó a Hungría, en donde había nacido. Allí logró la conversión de su madre, y poco después viajó a Milán y a Roma. El año 360 funda un monasterio cercano a Poitiers, pero tiene que abandonarlo al ser nombrado obispo de Tours el año 372. Conocido con el nombre de Martín de Tours, con el que ha pasado al santoral, dedicó el resto de su existencia a la predicación y a la conversión de los habitantes de Francia, Luxemburgo y Alemania.

Murió en Candés el año 397 y fue sepultado en Tours, donde fue venerado no sólo por los habitantes de la ciudad, sino que su nombre se hizo célebre en toda Europa; su apellido es el más numeroso de Francia. Basta consultar un anuario telefónico francés para comprobar que los Martín superan a los Dupont o Durand, que nos parecen tan típicamente franceses.

31. CARNAVAL

Carnaval y carnestolendas tienen poco más o menos el mismo origen: en las dos aparece la palabra *carne*, en el primer caso unida a la voz latina *vale*, que significa adiós, y en la otra con la voz *tolendas*, derivada del verbo latino *tollere*, que, entre otros significados, tiene los de quitar o suprimir.

Celebrándose el carnaval en los días anteriores al Miércoles de Ceniza, con el que se inicia la Cuaresma, época de mortificación y abstinencia, el carnaval y las carnestolendas significaban la despedida al régimen de carnes que constituía la base de la comida en tiempos pasados. Claro está que la carne era manjar de personas pudientes en la Edad Media, por ejemplo, pero ello no quita que las clases económicamente débiles pudiesen comer productos cárnicos, especialmente los derivados del cerdo como son los embutidos.

De todos modos, las fiestas de carnaval tienen su origen anterior al cristianismo y coincidían con las fiestas del Año Nuevo o la entrada de la primavera. En Grecia y en la antigua Roma se hacían procesiones en las que figuraba un barco sobre cuya cubierta danzaban máscaras sucintamente vestidas cantando canciones obscenas y entregándose a todo género de acciones lascivas. De aquí que algunos etimologistas hagan derivar la palabra carnaval de *Carro Naval*, sin tener en cuenta que el papa Gregorio el Grande denominó al domingo anterior a la Cuaresma como *dominica ad carnes levandas*.

En un principio estas fiestas tenían un carácter religioso y en ellas se invocaba a los espíritus de los muertos, pero, poco a poco, a finales del imperio romano y con la pujanza del cristianismo, se fueron suprimiendo las fiestas que, como las bacanales, las saturnales y las lupercales, se celebraban en todos los pueblos dominados por los romanos.

Fue en vano que algunos padres de la Iglesia, e incluso algunos papas, anatematizasen tales fiestas invocando su origen pagano e incluso comparándolas con la fiesta judía del *Purim*, durante la cual se quema una efigie de Aman, enemigo de Mardoqueo y de su sobrina la reina Ester.

La duración del carnaval, que generalmente va desde el Jueves Lardero hasta el martes siguiente, variaba mucho según los lugares y las épocas; así, por ejemplo, en Venecia el carnaval empezaba el 26 de diciembre y los enmascarados y enmascaradas se paseaban por la ciudad y asistían a fiestas y reuniones tal como

puede verse en los cuadros de Longhi, muchos de los cuales se encuentran en el maravilloso museo de Ca' Rezzonico, cuya visita es indispensable para todo aquel que, visitando la bella ciudad de la Laguna, quiera sumergirse en el ambiente del siglo XVIII.

En Alemania son célebres los carnavales de Colonia y Múnich, y en España lo son los de Sitges, Vilanova y la Geltrú y, con características muy especiales, los de Cádiz por sus célebres *murgas* y los de las islas Canarias, que, a mi entender, tienen sólo el defecto de querer imitar a los carnavales más célebres del mundo entero, que son los que se celebran en Río de Janeiro.

32. CEREAL

Plantas o frutos farináceos, como el trigo o la cebada, por ejemplo, son llamados cereales en honor de Ceres, nombre de una diosa romana identificada con la griega Deméter. Por su etimología, Ceres se relaciona con una raíz que significa brotar y era adorada por los latinos. Se cuenta que cuando los etruscos atacaron a la incipiente república romana, el hambre amenazaba la ciudad y se consultó los libros sibilinos, los cuales aconsejaron la introducción en Roma de los cultos de Dionisio y de Deméter. Ello sucedió el año 496 a. C.

Como se ha dicho, a Ceres se le aplican todas las leyendas atribuidas a Deméter. Ésta era hija de Crono y de Rea, y así como Gea, la Tierra, es concebida como elemento cosmogónico, Deméter, divinidad de la tierra cultivada, es esencialmente la diosa del trigo, y sus leyendas se desarrollan en las regiones en que se cultiva este cereal. Tuvo relaciones con Zeus, del que tuvo una hija llamada Perséfone, de la que se enamoró Hades, el dios de los muertos, quien la raptó llevándola a sus dominios. «Hades estaba enamorado de ella, pero Zeus, padre de Perséfone, no había consentido en el matrimonio porque le repugnaba, contrariamente a Deméter, que la joven se viese eternamente encerrada en la mansión de las sombras; por eso Hades resolvió raptarla. Tal vez le ayudó en el rapto el propio Zeus, que se convirtió secretamente en cómplice suyo. *Más tarde, Zeus ordenó a Hades que Perséfone fuese devuelta a su madre, pero Hades había tomado sus precauciones, haciendo que su esposa comiera un grano de granada; pues quienquiera que hubiese visitado el imperio de los muertos y tomado en él un alimento cualquiera, no podía volver ya

al mundo de los vivos. Perséfone se vio, pues, forzada a pasar una tercera parte del año junto a Hades. Se creía que su unión con éste había sido infecunda». (Grimal). Ceres o Deméter, como se la quiera llamar, estuvo buscando a su hija durante nueve días y nueve noches sin comer ni beber ni ataviarse, pero como no descubría el paradero de su hija resolvió no volver al cielo y quedarse en la tierra hasta que se le hubiese devuelto a su hija. Como ello volvía la tierra estéril y con ello se alteraba el orden del mundo, Zeus propuso la transacción de que Deméter volvería a ocupar su puesto en el Olimpo y, tal como se ha indicado, Perséfone dividiría el año entre el Infierno y su madre. Por eso, cada primavera, Perséfone escapa de la mansión subterránea y con ella aparecen en la tierra los primeros tallos de los cereales. Cuando le toca volver al Infierno, llega a la Tierra la estación del invierno, en que desaparecen las mieses.

Se consagraron a Deméter o Ceres la espiga, el narciso y la adormidera, y entre las aves, la grulla y, no sé por qué, su enemiga era la trucha.

33. CONDE

Este título nobiliario procedente del latín *comes comitis*, significa compañero y era dado a los jóvenes que acompañaban a los magistrados para aconsejarlos. Más tarde se llamaron *comités* los que estaban vecinos al emperador. El conjunto de *comites* se le llamaba *comitiva*.

Durante el imperio romano, y más todavía durante el imperio bizantino, el número de *comes* o condes se amplió notablemente; existía el *comes vestis sacrae*, que se cuidaba de los vestidos imperiales, los *comites stabuli*, que vigilaban las caballerizas del soberano, los *comites consistoriani*, consejeros del emperador, y tenían condes los administradores del tesoro del estado y los del tesoro privado del emperador, y así podía ir siguiendo hasta llegar al *comes cloacarum*, que, como su nombre indica, ejercía la vigilancia de las cloacas de la capital.

La invasión de los bárbaros no alteró en mucho la organización de los condados, que así eran llamados los territorios en los que un *comes* ejercía su autoridad. Por otra parte, los germanos se dieron cuenta de que estos funcionarios correspondían a sus *graffen*, como todavía hoy se denomina al conde en alemán, lo que hizo que no sólo se conservasen los *comes* o condes, sino que se le agregasen para

ayudarlos o sustituirlos en caso necesario los *vicecomes*, actualmente llamados vizcondes. Poco a poco, y con el auge del feudalismo, los condes adquirieron tierras, ya sea por conquista o por donación del rey, instalándose como verdaderos señores del territorio y transformando su título en hereditario.

A partir del siglo XI el título de conde pasa a ser definitivamente hereditario y considerándosele un título de honor.

34. CORBATA

Durante la primera mitad de la Edad Moderna las grandes naciones, como Francia por ejemplo, tenían que contratar cantidades ingentes de soldados para completar sus ejércitos y aumentar su potencia. Se recurrió para ello a la contratación de soldados dispuestos a guerrear por un sueldo o soldada. Como es natural, los jóvenes que se prestaban a ello provenían de las regiones más pobres de Europa, entre las que, aunque parezca mentira, figuraban las hoy opulentas Alemania y Suiza. La guardia suiza del Vaticano, subsistente hoy, tiene este origen.

Otra de las regiones pobres que proporcionaron contingentes humanos, en concreto a Francia, fueron los que procedían de Croacia. Durante el reinado de Luis XIII y su sucesor Luis XIV, los soldados croatas formaron varios regimientos en Francia. Llamó la atención su peculiar indumentaria, fundamentalmente una especie de pequeña bufanda que llevaban en el cuello que se llamó inicialmente *croata* y que luego, al formarse un regimiento singular, llevaba el nombre un tanto modificado de *Royal Cravate* con el que fue conocido el atuendo especial de su bufanda.

Los elegantes de la época copiaron la prenda adaptándola a su vestimenta habitual, pero fue a finales del siglo XVIII, y primordialmente a inicios del siglo siguiente, cuando la corbata adquirió gran preponderancia. Lo que hoy es una tirita de varios colores era entonces un lienzo que daba varias veces la vuelta al cuello. Recuérdese que en aquella época los cuellos de la camisa eran muy altos, llegando en algunos casos a cubrir las orejas, por lo que anudar una corbata era más difícil que hoy en día. Existían diversas clases de nudos, tantos que Balzac pudo escribir un libro titulado *El arte de anudar la corbata*.

Georges Brummel, el árbitro inglés de la elegancia, hacía de la operación de anudarse la corbata todo un espectáculo. A ella, a veces, asistían sus amigos,

incluyendo entre ellos al príncipe de Gales. Un criado llevaba colgadas del brazo diez o doce grandes corbatas que Brummel iba ensayando una tras otra hasta que conseguía el nudo perfecto por él deseado. Cuando terminaba, el suelo estaba cubierto de corbatas desechadas.

Hoy el problema de las corbatas reside no en el nudo, sino en su colorido.

35. CHEQUE

Documento en forma de mandato de pago para retirar fondos que una persona tiene en poder de otra. El depositario generalmente es un banco.

La palabra deriva del verbo inglés *to check*, que quiere decir comprobar. En Inglaterra la palabra «cheque» se usa desde 1695, mientras que en España parece que data de alrededores de 1892. Es curioso hacer notar que en Inglaterra se usa la palabra «cheque» como nombre de tal documento, mientras que en América del Norte se usa más la grafía *check*; pero ya se sabe que, según decía Bernard Shaw, Inglaterra y Estados Unidos son dos países separados por la misma lengua.

En un curioso libro titulado *Motamorphoses*, publicado en francés por Daniel Brandy, se narra un curioso origen de esta palabra. Según esta obra debemos remontarnos al juego del ajedrez para averiguarlo. El fin de una partida de este juego es naturalmente matar al rey contrario, cosa que en persa se dice *shah mat* (*shah*, el rey, y *mat*, matar). Esta expresión pasa a Francia en el siglo XI. Se avisa al adversario diciéndole *jaque mate o exchac et mat*. La palabra *exchac* se transforma en *eschec* en el siglo XII.

En aquella época los duques de Normandía se reunían alrededor de una mesa con sus tesoreros y, al parecer, la mesa estaba cubierta con un mantel a cuadros como los del ajedrez. Según esta teoría, en ello debe encontrarse el origen del vocablo *eschequier* con el sentido de tesoro real de Normandía.

Los ingleses, influidos durante cinco siglos por los normandos, llamaron *exchequer* al tesoro inglés, y al ministro de hacienda, canciller del *exchequer*, y al antepasado del cheque, o sea un billete del tesoro, se le denominaba un *exchequer bill*.

Este, al parecer, es el origen de la palabra «cheque». No hay duda que desde el ajedrez hasta el banco en que guardamos nuestros ahorros el camino ha sido largo.

36. CHOCOLATE

En 1502 Cristóbal Colón realiza su cuarto y último viaje a las tierras americanas por él descubiertas. En el mes de julio de ese mismo año desembarca en una isla que él bautiza con el nombre de Los Pinos. Unos indígenas, vestidos brillantemente, se acercan a la nave de Colón y le ofrecen unas habas marrones que ellos estiman en mucho. El jefe indígena hace que con ellas sus servidores le preparen una bebida que ofrece a los navegantes españoles. Es amarga y picante hasta tal punto que los compañeros de Colón la escupen al primer sorbo que prueban. Esta bebida se llamaba chocolate.

Consultemos al inevitable Corominas: «*Chocolate*, palabra de origen azteca, pero de formación incierta; como las noticias más antiguas acerca de la preparación de este brebaje son de que los antiguos mexicanos lo hacían con partes iguales de semilla de ceiba (*pocotl*) y de cacao (*kakawatl*), quizá provenga de *poco-kakawa-atl*, "bebida de cacao y ceiba", abreviado por los españoles en *chocahuatl* y alterado por influjo del nombre de otros brebajes mexicanos, como *pocolats*, "bebida de maíz cocido", *cilatl*, "bebida de chile", *pinolatl*, "bebida de pinole". I^a doc.: *chocollatl*, h. 1580, Francisco Hernández; chocolate, 1590, Acosta».

Una antigua tradición mexicana nos dice que Hunalpu, rey de los mayas, inició el cultivo intensivo del cacao que se consideraba tan valioso que sus habas servían a la vez de alimento y de moneda. Las cuatro regiones que tuvieron más importancia como productores de cacao fueron Tepaca, Orizaba, Tequantepec, y Xuconochco; esta última producía el cacao de tal calidad que los españoles, castellanizando su nombre, la llamaron Soconusco, nombre que se extendió luego para designar primero el chocolate de gran calidad y luego simplemente el chocolate.

En un libro muy curioso de Martine Jolly titulado *El libro del amante del chocolate. Una pasión devoradora*, editado en España por José J. de Olañeta en la magnífica colección «El cuerno de la abundancia», que no vacilo en recomendar a mis lectores por lo interesante e instructivo de sus volúmenes, la autora, basándose en cronistas españoles, dice lo siguiente:

«En el inmenso palacio de Moctezuma, compuesto por una serie de edificios unidos por patios interiores y del que Cortés escribe que era "tan maravilloso que me parece casi imposible contar su belleza y su grandeza, me limitaré a declarar que no

hay nada semejante en España”, los españoles asisten, pasmados, a los festines de Moctezuma. He aquí lo que dice de ellos, aproximadamente, Bernal Díaz del Castillo: aislado detrás de un biombo —objeto desconocido para los conquistadores y que el cronista califica de “plancha pintada de oro”—, el emperador “sentado en un trono bajo, rico y mullido, ante una mesa cubierta con un algodón blanco, comía o, más bien, gustaba los centenares de platos que le ofrecían, así como cantidades de frutos deliciosos. La vajilla usada era la cerámica de Cholula, roja o negra”. Mientras Moctezuma cenaba, la gente de su guardia que permanecía en la sala contigua debía tener cuidado con no hacer ningún alboroto. De vez en cuando le presentaban en copas de oro fino una bebida hecha de cacao, que decían que tenía una virtud para tener trato con mujeres. Traían alrededor de cincuenta jarras de buen *tchocolatl* con su espuma. Era la bebida de Moctezuma. Cuando la cena había terminado, la guardia y la corte tenían, por fin, derecho a festejar, mientras se celebraba un espectáculo de danzas y canciones. Se consumían alrededor de “mil kilos de carne y más de dos mil jarras de cacao espumoso, tal como se hace entre los mexicanos”».

En 1565 se publicó en Venecia un libro titulado *Storia del Mondo Nuovo*. Su autor era Girolamo Benzoni; que había viajado por América unos diez años antes, y al hablar del chocolate dice que lo consideró alimento más de cerdos que de hombres; pero después afirma que, «habiendo falta de vinos, yo por no beber siempre agua hice como los demás. Su sabor es un poco amargo, sacia y refresca el cuerpo, pero no embriaga. Una calabaza llena de este líquido picante alimenta y reconforta».

El azúcar era desconocido en América hasta que allí lo llevaron los españoles procedentes de Andalucía y de Canarias, y ellos tuvieron la idea de añadirlo al amargo brebaje, y, cuando después se les ocurrió añadirle vainilla o canela, descubrieron que lo que ellos habían considerado una repugnante pócima se había convertido en una deliciosa bebida.

Las primeras chocolaterías se abrieron en México, luego en Venezuela y de allí llegaron a España, En nuestro país la bebida se transformó en una espesa salsa, lo que dio lugar a un problema teológico: ¿se podía considerar el chocolate como bebida o como alimento? En el primer caso, su ingestión no quebrantaba el ayuno, pues el papa Pío V en 1569 había establecido que «*liquida non frangunt jejunum*»,

es decir, que los líquidos no rompían el ayuno, pero si el chocolate era denso, como se usaba y todavía se usa en España, según algunos moralistas dejaba de ser una bebida. Fue en 1662 cuando un cardenal Francesco Maria Brancaccio dictamina que «así como el vino, siendo como es muy nutritivo, no rompe el ayuno, lo mismo ocurre con el chocolate, que no se puede negar que nutre, pero no de ello resulta en modo alguno que sea un alimento». Tranquilizadas las conciencias, las pías damas españolas tomaron la costumbre de beber chocolate inmediatamente después de la misa, que les era servido por sus criados en el interior del templo, lo que daba lugar a no pocos escándalos, acrecentados cuando algunos sacerdotes sustituyeron a los sirvientes, con lo que el templo se convertía en un salón mundano. Tuvieron que intervenir los obispos para poner coto a estos desmanes.

Madame d'Aulnoy describe así una merienda en una casa aristocrática de la época: «Merendamos en casa de la princesa, presentándose sus doncellas, en número de dieciocho, llevando cada una grandes bandejas de plata llenas de dulces secos, todos envueltos en papel recortado expresamente y dorado. En uno había una ciruela, una cereza o un albaricoque en el otro, y así sucesivamente. Todo aquello me pareció muy limpio, porque puede un tomarlo o llevárselo, sin ensuciarse la mano ni el bolsillo. Había allí señoras de edad que, después de haberse hartado de comer, tenían cinco o seis pañuelos, que llevan expresamente, y los llenan de confituras; aunque las vean hacen como si no las viesan, porque se tiene la amabilidad de dejar que se cojan cuanto quieran, y hasta de rogarles para que tomen más. Atan estos pañuelos con cordones alrededor de sus verdugados; la cosa se parece a un gancho de los armarios donde se cuelga la caza. Presentaron después el chocolate; cada taza de porcelana sobre un platito de ágata, guarnecido de oro, con azúcar en una caja de lo mismo. Había allí chocolate helado, otro caliente y otro con leche y huevos. Lo tomaban con bizcochos o panecillos tan secos como si estuviesen fritos, y que los hacen expresamente. Hay señoras que toman de todo y unas tazas tras otras seguidas, y a menudo dos o tres veces al día. Lo que hay que sorprenderse de que estén tan secas, puesto que nada hay más caliente, y además de eso, comen todo con tanta pimienta y tantas especias, que es imposible el que no se tuesten».

Manuel Martínez Llopis, en su *Historia de la gastronomía española*, cita un manuscrito existente en el Archivo Histórico Nacional en el que, refiriéndose a Madrid, dice: «Rase introducido de manera el chocolate y su golosina, que apenas se hallará calle donde no haya uno, dos y tres puestos donde se labre y se vende; y a más de esto no hay confitería, ni tienda de la calle de las Postas, y de la calle Mayor y otras, donde no se venda; sólo falta que lo haya también en las de aceite y vinagre. A más de los hombres que se ocupan de molerlo y beneficiarlo, hay otros muchos y mujeres que lo andan vendiendo por las casas, a más de lo que en cada una se labra. Conque es grande el número de gente que en esto se ocupa, y en particular los mozos robustos que podían servir en la guerra y en otros oficios de mecánico y útiles a la república».

Hasta entonces el chocolate se desleía generalmente en agua poco después; al parecer, en Francia se acostumbró a sustituir el agua por la leche. En España tenemos la costumbre de decir «las cosas claras y el chocolate espeso», pero fuera de nuestro país es costumbre tomarlo muy líquido, al estilo de estas botellitas de leche con cacao que se fabrican industrialmente.

Digamos, para terminar, que Linneo bautizó al cacao, base del chocolate, con el nombre de *Theobroma cacao*. *Theobroma* es palabra griega que significa alimento de los dioses.

37. CHÓFER

Si hiciésemos caso a la etimología «chófer» sería cualquier fogonero que se cuidase de mantener avivado el fuego de sus fogones. ¿Cómo ha pasado esta palabra a significar conductor?

La palabra deriva del francés *chauffeur*, con el que designaba al empleado que se cuidaba de mantener vivo el fuego de las locomotoras de vapor, y no debe olvidarse que un francés, llamado Nicolas Cugnot, tuvo la idea de construir una máquina para viajar sin caballos y movida por el vapor, una especie de locomotora de carretera. La tal máquina se componía de una caldera de la que un grifo dejaba escapar el vapor que accionaba sobre un émbolo que, mediante un eje, ponía las ruedas en movimiento. El artefacto llegó a alcanzar la velocidad de cinco kilómetros en una hora.

Como es natural, este aparato necesitaba un fogonero o *cauffeur*.

Cuando se inventó el motor de gasolina, el nombre de *chauffeur* continuó dándose al conductor del vehículo. Ya lo saben, pues, todos aquellos que conducen automóviles, etimológicamente no pasan de ser unos fogoneros.

38. CHOVINISMO

Es sinónimo de patriotismo exaltado y exacerbado. Es de origen francés y poco a poco se ha ido introduciendo en nuestro idioma.

Hacia el año 1830 se representó en París una comedia o vodevil titulado *La Cocarde tricolore*, que presentaba a un protagonista llamado Nicolás Chauvin, soldado entusiasta e ingenuo de los ejércitos de Napoleón. Sus casi histéricos elogios del emperador y su entusiasmo por lo que representaba su figura para Francia le hicieron pronto célebre y popular. Los autores de la comedia eran Hipólito y Teodoro Cogniard, que escribieron más de doscientas obras que gozaron de gran popularidad aunque efímera. De todas ellas no ha quedado más que el recuerdo de la ya citada gracias a su personaje.

Por él se llamó *chauvin* a todo aquel que manifestaba un patriotismo exagerado, puro sentimiento y sin razonamiento alguno. A su conducta se le llamó *chauvinisme*, en castellano chovinismo.

Ninguna nación se ha visto libre de ello, pero en algunas con matices diferentes a las demás. Así, por ejemplo, un chovinista español, italiano o inglés dirá convencido:

—Esto es español, italiano o inglés, luego esto es bueno.

En cambio, el chovinismo francés se manifiesta muchas veces en forma diferente, no dice:

—Esto es francés, luego esto es bueno.

Sino:

—Esto es bueno, luego esto es francés.

Véase por ejemplo en pintura a Picasso, Dalí, Miró, Gris, Kandinsky, Chagall, etc., ninguno de ellos es francés, pero les amparan a todos bajo el nombre de *École de París* y tan contentos...

SECCIÓN 2

D - E - F

39. DECIBELIO

Una de las funciones de la ecología es la de limitar el excesivo ruido que se produce en las ciudades. Motocicletas, coches, camiones y otros productores de ruido deben ser examinados para que el ruido que producen no sea nocivo para el oído humano. No hablemos ya del brutal exceso que se produce en *boites* y discotecas, que es un atentado al sistema auditivo y también al nervioso de los habituales de estos antros. Muchos médicos han alertado sobre su indiscutible efecto nocivo sobre la salud.

El *bel* es la unidad de potencia sonora con que se expresa la diferencia entre dos sonidos cuyas intensidades se hallan en la relación de 10 a 1. El decibelio es su décima parte, y es la que sirve para medir los sonidos. La voz humana tiene una potencia sonora media de 50 decibelios y se calcula que a partir de 90 decibelios un sonido es nocivo.

Su nombre se debe al sabio Alexander Graham Bell, nacido en Edimburgo en 1847. Dedicado en un principio a la música, abandonó los estudios para entregarse a la enseñanza de la fonética. Emigró al Canadá y dedicó sus esfuerzos a la educación de los sordos, primero a base de signos y gestos y construyendo luego una oreja y oído artificiales, lo que le llevó a inventar el teléfono, aunque su descubrimiento fue muy discutido por otros inventores que aseguraban haberlo construido con anterioridad.

Inventó también un procedimiento eléctrico para localizar objetos metálicos en el cuerpo humano, aunque el descubrimiento posterior por Roentgen de los rayos X hizo inútil el procedimiento.

Bell murió en 1922 rodeado de la estima general.

40. DESASTRE

La partícula *des* significa, en muchos casos, contrario, oposición; así, por ejemplo, desorden es lo contrario de orden, despedir lo contrario de pedir, desconcierto lo contrario de concierto, y así sucesivamente. Así pues, la palabra «desastre»

compuesta por *des* y *astre*, significará lo contrario de los astros o los astros contrarios.

La astrología ha tenido una gran importancia en la vida de los pueblos antiguos. La contemplación de la bóveda celeste, la observación de los movimientos de los astros y de la sucesión de las fases de la luna, los días y las estaciones hicieron creer a los pueblos primitivos que ello debía tener influencia en la conducta de los seres humanos. En un principio, y hasta muy entrada nuestra civilización occidental, astrología y astronomía anduvieron confundidas.

La astrología «es la predicción que se realiza por medio de la observación de los planetas y las estrellas. Los astrólogos la llaman la ciencia de la relación y la concordia entre lo que ocurre en el firmamento y lo que pasa en la tierra, especialmente al referido a los seres humanos». (Koning).

Los astrólogos caldeos, asirios y babilónicos relacionaban el porvenir de las personas y de sus actos de acuerdo con la posición de las estrellas en determinado momento; pero, teniendo en cuenta que para ellos la Tierra era el centro del universo y que, aparte del Sol y la Luna, sólo conocían los planetas Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno y que la posición de las estrellas con referencia a la Tierra hace cuatro mil años era distinta a la actual, uno se pregunta cómo diablos se puede seguir haciendo horóscopos creíbles siguiendo la terminología y el espíritu de tantos siglos pasados.

Era la clase sacerdotal la que en la Antigüedad se dedicaba al estudio de los astros y a sus aplicaciones astronómicas, y ello tanto en Asiria o Babilonia como en Egipto. Como es natural, la astrología se relacionaba con todas las ciencias humanas, especialmente la medicina.

A través de Egipto, la astrología caldea llegó a Grecia, a donde fue llevada por Beroso. Muchos filósofos y sabios griegos, como Tales, Pitágoras o Demócrito, aceptaron las teorías astrológicas que, en el caso de Pitágoras, se combinaron con sus ideas matemáticas o numéricas. Pero, excepto en este último caso y en algún otro, en general los griegos supieron distinguir entre astrología y astronomía; así, por ejemplo, Aristóteles distinguía la astrología de la meteorología o ciencia de los fenómenos atmosféricos. No obstante ello, la creencia en la influencia de los astros llegó al extremo de que médicos como Hipócrates den gran valor a la influencia de

la astrología en la curación y pronóstico de las enfermedades, llegando algunos médicos, especialmente los de la escuela de Alejandría, a diagnosticar y tratar las enfermedades desde un punto de vista astrológico. Ello fue creído durante mucho tiempo hasta el punto de que, en pleno siglo XVI, cuando se trataba de sangrar al príncipe Carlos, hijo de Felipe II, algunos médicos se opusieron diciendo que la luna por su posición era contraria a tal operación. El problema lo resolvió otro médico diciendo que se cerrasen los postigos de las ventanas de la habitación y así la luna no se enteraría de nada.

En Roma y durante el imperio se desarrolló de tal forma que Juvenal nos habla de las mujeres que nada podían hacer sin consultar al astrólogo; pero no se crea que ello fuese patrimonio sólo del sexo femenino, pues emperadores como Augusto o Tiberio protegían a los astrólogos y creían sus predicciones.

En tiempos del emperador Antonino Pío, en Alejandría, Claudio Ptolomeo, en cuya obra *Almagesto* había establecido el sistema geocéntrico del universo, según el cual la tierra ocupaba el centro del mismo, teoría que duró hasta Copérnico a inicios del siglo XVI, publicó una obra astrológica titulada *Opus Quadripartitum seu de apotegmatibus et judiciis astrorum libri IV*, que sirvió de pauta para muchos astrólogos de la Edad Media.

Como es natural, no todas las predicciones astrológicas eran favorables; las que no lo eran, eran denominadas *desastres*, y la palabra ha pasado a significar todo suceso o acción de fatales resultados. También de desastre proviene la palabra *desastrado* aplicada a toda persona mal vestida y de aspecto repelente.

Los depositarios máximos de la astrología durante la Edad Media fueron los judíos, y los árabes los primeros, especialmente los españoles; influidos por el Talmud, crearon la Cábala, y los segundos florecieron en las cortes de los califas asiáticos. A través de España, los judíos como Oliva, monje de Ripoll, y Lupitus, barcelonés, junto con Abraham Ben Chija y otros no menos ilustres, popularizaron con sus obras las doctrinas astrológicas y penetraron profundamente en Europa. Pronto no hubo corte europea que no tuviese su astrólogo adscrito al servicio del rey, el príncipe o el señor. Fue por esta época cuando se atribuyeron a Raimundo Lulio una multitud de escritos astrológicos aprovechando la fama del gran escritor mallorquín. Aún hoy corren por el mundo traducciones y adaptaciones de estas obras apócrifas sin tener

en cuenta que Raimundo Lulio había condenado tales creencias en su *Arbor scientiae* con las siguientes palabras: «*Heretge és aquel qui ha major temor de Géminis y de Cáncer que de Déu*».

En la Edad Moderna los astrólogos gozaron de gran predicamento, entre ellos el célebre Michel de Notredame, más conocido por su latinizado nombre Nostradamus, en cuyas *Centurias* se dijo que había pronosticado la muerte de Enrique II de Francia. Su fama ha llegado hasta nuestros días, en los que se reimprimen y se comentan las susodichas *Centurias*. Por cierto que, durante la segunda guerra mundial, los alemanes publicaron un libro titulado *Nostradamus predice el porvenir de Europa*, según el cual la derrota de los aliados era inminente. Estos por su parte publicaron otra obra según la cual, de acuerdo con las profecías de Nostradamus, los derrotados iban a ser los alemanes, como así fue, creo que a pesar de Nostradamus en el primer caso y a su favor en el segundo.

Hitler creía firmemente en la astrología y se hacía aconsejar por los astrólogos cada vez que intentaba alguna importante acción para estar seguro de su éxito. Los ingleses, sabedores de ello, organizaron un gabinete astrológico que, según se ha dicho, estaba dirigido por el escritor católico Louis de Wohl, con lo que contaban estar prevenidos de los propósitos del dictador alemán.

Hoy no hay revista o periódico que no publique en sus páginas algún horóscopo diario o semanal y en los números de primero de año se pueden leer los pronósticos que para el año entrante hacen astrólogos más o menos conocidos. Recomiendo a mis lectores que guarden estas páginas hasta el año siguiente, pues la comparación entre lo pronosticado y lo realmente sucedido es hilarante. En realidad puede decirse que las predicciones son un auténtico *desastre*, y ello en el sentido más etimológico de la palabra.

41. DICIEMBRE

Del latín *december*, derivado de *decem*, diez, por ser este mes el décimo del primitivo calendario romano. El refranero dice de este mes:

Diciembre es del año el mes más anciano.

Diciembre es un viejo que arruga el pellejo.

En diciembre no hay valiente que no tiemble.

Quien diciembre salva la vida hará larga.

En diciembre día templado es que viene solapado.

Días de diciembre días de amargura: apenas amanece ya es noche oscura.

42. DIESEL

Cuando se anuncian coches, autocares o camiones indicando que son con motor diesel, pocos son los que saben que Diesel es un nombre propio.

El 18 de marzo de 1858 nació en París Rudolph Diesel. Sus padres eran alemanes y, luego de una breve estancia en Inglaterra, se trasladaron a Augsburgo, en cuya escuela industrial el pequeño Rudolph, de doce años, se matriculó. Sus estudios fueron brillantes y, sintiendo la vocación de ingeniero, se matriculó en la Universidad Técnica de Múnich, de la que salió con brillantes notas en 1880.

Se interesó primero por el funcionamiento de las máquinas de vapor y descubrió que, reemplazando el vapor de agua por gas amoníaco sobrecalentado y cuadruplicando la presión, se disminuían pérdidas de calor. Ello es el comienzo que podríamos llamar prehistórico del motor que lleva su nombre.

En 1893 publicó un libro titulado *Teoría y construcción de un motor térmico racional*, en el que explica su teoría que llevaría al descubrimiento formal del método que aún se emplea hoy en día.

Pronto diversas personalidades industriales alemanas se interesaron por las ideas de Diesel, uniéndose algunas de ellas para fundar una entidad que las explotase prácticamente.

En 1893 fue realizado el primer motor diesel por la M.A.N. (Maschine Augsburg Nuremberg), y en vista de los resultados obtenidos se decidió, cuatro años después, fabricar otro motor modificado y mejorado.

El éxito de estos motores no aprovechó a Rudolph Diesel otra cosa más que la celebridad de su nombre, pero en realidad se vio desposeído del control de los negocios basados en su invento, aunque responsable de los problemas que pudieran surgir.

Decepcionado, Diesel vendió las acciones que poseía de las industrias que llevaban su nombre y fundó otra para explotar la construcción de un motor de automóvil y una locomotora. Pero los negocios no eran su fuerte y fracasó estrepitosamente.

Célebre en el mundo entero, pero arruinado, el 20 de setiembre de 1913 se suicidó, lanzándose al mar desde el barco que hacía la travesía entre Amberes e Inglaterra.

43. DOMINGO

Del latín *Dominicus dies*, día del Señor.

Considerado el séptimo día de la semana, es en realidad el primero según el cómputo del calendario eclesiástico, ya que al lunes se le llama *segunda feria*, al martes *tertia*, y así sucesivamente hasta llegar al sábado y al domingo, que conservan estos nombres. Esta denominación se conserva todavía en Portugal.

Los cristianos sustituyeron como día de fiesta el sábado de los judíos, trasladándolo al día siguiente. Ya en el año 321 Constantino hizo observar con todo rigor la fiesta del domingo, día en que solamente se permitía trabajar en las faenas agrícolas, siempre y cuando éstas fuesen urgentes y no pudiesen ser terminadas o continuadas en los días de labor. El año 425 una ley prohibió toda representación teatral y más adelante se llegó a aplicar al domingo todas las prohibiciones del sábado judío.

En mi infancia, cuando se estudiaba catecismo en los colegios, se nos decía que en domingo estaba prohibido trabajar en las llamadas obras serviles y no en las liberales. Se llaman obras serviles aquellas que antiguamente eran propias de los siervos que, a no ser por dicha prohibición, los amos o señores les habrían obligado todos los días del año a trabajar sin descanso alguno. En cambio, las obras liberales como enseñar, leer, escribir, etc., estaban autorizadas porque quienes las practicaban eran las clases dirigentes, que podían vacar cuando les pluguiese. La observancia de este precepto llegó a tales extremos que yo recuerdo casos o casas en donde en domingo ni siquiera se lavaban los platos ni se hacían las camas, dejando estos trabajos, que hacían las criadas, para el lunes siguiente. El primer documento en que aparece la expresión de trabajos serviles data del año 650.

Recuérdese que en las tres religiones monoteístas existe la prohibición de trabajar en un día determinado: entre los musulmanes es el viernes; entre los judíos, el sábado, y en los países cristianos, el domingo. Quien viaje por países en los que conviven las tres religiones sabrá adivinar cuál es la de cada uno al ver cerradas las tiendas en uno u otro día.

Del refranero:

Domingo de carnaval, mucho vino y poco pan.

Los domingos, poco pan y mucho vino (porque en los pueblos se pasan en las tabernas).

44. DO RE MI FA SOL LA SI

Las letras griegas alfa y beta son las primeras del abecedario griego; por eso llamado alfabeto. La tercera letra se llama gamma y fue escogida en el siglo XI por un italiano llamado Guido de Arezzo para designar lo que podríamos llamar el alfabeto musical denominado por ello Gamma.

No contento por ello, Guido de Arezzo modificó la notación de las notas musicales dándoles los nombres que se usan hoy en día. Lo hizo según un poema latino de Juan el Diácono titulado *Himno a san Juan Bautista*. La primera estrofa dice así:

*Ut queant laxis **R**esonare fibris*

*Mira gestorum **F**amuli tuorum*

*Solve polluti **L**abii reatum*

Sancte Joannes

Es decir: «Para que tus siervos puedan hacer resonar a toda voz las maravillas de tus acciones libera sus labios impuros, san Juan».

La primera nota, llamada UT, fue sustituida en el siglo XVIII por los músicos italianos por DO, que pareció más sonoro y menos brusco. La modificación fue aceptada por todo el mundo, aunque en Inglaterra y Alemania se usa todavía el UT inicial.

¿Y la última nota, el SI? Pues fue adoptada tomando las iniciales de Sancte Johannes, cuya letra J en latín se pronuncia I.

Y con estas sólo siete notas Bach, Mozart, Beethoven y tantos otros han construido las maravillas que todos admiramos.

45. DUQUE

Del latín *dux ducis*, conductor.

Esta palabra tiene el mismo origen que el Dux de la República Veneciana, el *Duce* del fascismo italiano o del Conducator del fascismo rumano.

En un principio era un título exclusivamente militar, pues equivalía al de jefe de un ejército. Es frecuente en la historia antigua la lucha entre los duques militares y los gobernadores civiles en las provincias del imperio romano. Posteriormente, luego de la invasión de los bárbaros, los duques ejercían el oficio de gobernador de algunas provincias, y en el imperio bizantino los trece duques que en él había se repartían el mando de las trece divisiones del ejército. Poco a poco, tanto en Oriente como en Occidente, el título de duque fue pasando de lo militar a lo simplemente honorífico, concediéndose a los príncipes descendientes de la casa real o a nobles a los que se quería distinguir especialmente.

En España se introdujo el título durante la dominación goda y correspondía a los militares que gobernaban una provincia, pues el título iba unido a un oficio. Alfonso X en las *Partidas* dice: «Duque tanto quiere decir como caudillo guiador de la hueste».

Poco a poco, tanto en España como en los demás países europeos se concedió el título en forma honorífica, como se ha dicho, aunque, eso sí, asignándole a su poseedor el señorío de tierras y poblaciones.

Duque es el máximo título de la nobleza inmediatamente después del de príncipe, y es de recordar que en España no hay más que un príncipe, que es el heredero del trono, príncipe de Asturias, de Girona y de Viana, ya que las hijas del rey no reciben el título de princesas, sino de infantas.

46. ENERO

Del latín *ianuarius*, mes dedicado al dios Jano. Recuérdese que en latín no existe el sonido jota, por lo que esta letra debe pronunciarse como una y griega.

Jano es un dios característico del pueblo romano, que no tiene parecido con ninguno de la mitología griega. Tenía dos caras opuestas: una mirando hacia delante y otra mirando hacia atrás, por lo que conocía el pasado y el futuro.

Según la leyenda, Jano había sido un rey que edificó una ciudad en la cima de la colina, una de las siete de Roma, y que en honor suyo se llamó Janículo. Su reinado era considerado como prototipo de la mítica edad de oro, había abundancia de todo

lo necesario, los hombres eran honestos y reinaba una completa paz. Después de su muerte fue divinizado. «Se le atribuye especialmente un milagro que salvó a Roma de la conquista sabina. En la época en que Rómulo y sus compañeros raptaron a las mujeres sabinas, Tito Tacio y los sabinos atacaron la nueva ciudad. Una noche, Tarpeya, hija del guardián del Capitolio, entregó la ciudadela al enemigo. Éste escaló las alturas, y estaba a punto de rodear a los defensores, cuando Jano hizo brotar entre los asaltantes un surtidor de agua caliente, que los asustó y los puso en fuga. Para conmemorar este milagro, decidióse que en tiempo de guerra se dejaría siempre abierta la puerta del templo de Jano, para que el dios pudiese acudir en cualquier momento en auxilio de los romanos. Esta puerta sólo se cerraba cuando reinaba la paz en el imperio de Roma». (Grimal).

El refranero dice de este mes:

Enero es caballero si no es ventolero.

Enero, cuando se hiela la vieja en el lecho y el agua en el puchero.

Quien pasa el mes de enero pasa el año entero.

En enero de día al sol y de tarde al brasero.

En las mañanas de enero ni se dan los buenos días ni se quitan los sombreros.

(En esta época de sinsombrerismo este refrán, como tantos otros, está periclitado).

47. ESCAPARATE

Esta palabra, que significa especie de armario con vidrieras para guardar imágenes, alhajas, etc., o bien huecos de la fachada de algunas tiendas, resguardado con cristales, donde se colocan muestras de las mercancías, tiene un origen curioso.

En el antiguo neerlandés la palabra *schaprade* tiene el significado de armario, especialmente el de cocina, y así lo usa Cervantes en 1616, según se lee en el *Diccionario* de Corominas.

Hoy en día aquel de mis lectores que viaje a Holanda visitará los célebres escaparates de Ámsterdam, en los barrios bajos de la ciudad, pues son de fama mundial, pero no espere encontrar en ellos mercancía de otra clase que prostitutas de muy diversas categorías. Están tras los cristales esperando a sus clientes, siendo

pasto de las miradas de mirones de todo pelaje. Los escaparates están más o menos iluminados según la muchacha que se encuentre en ellos, pues las menos agraciadas o simplemente feas regulan la luz para que no se vean tanto sus defectos. Cuando están ocupadas con algún cliente, corren la cortina del escaparate, que vuelven a descorrer cuando otra vez se hallan disponibles.

El espectáculo es curioso de ver a la vez que triste, pues jamás una prostituta pasa a ser mercancía, como en estos casos.

48. ESCLAVO

El año 955 Otón el Grande, rey de Germania desde el año 936, luchó contra los húngaros cerca de Augsburgo. Hizo muchos prisioneros y los vencidos, como era costumbre, fueron vendidos en pública subasta. La mayoría de ellos eran esclavos llamados también *eslavones* o *esclavones*, y eran tantos que su nombre se hizo popular y pasó a definir la situación que hoy llamamos esclavitud.

La esclavitud es tan antigua como el hombre, pues se cita con diferentes nombres en los textos más antiguos. De varios modos un ser humano podía devenir esclavo: la guerra que producía prisioneros que eran reducidos a la servidumbre más absoluta; la lucha religiosa, por la que los cristianos reducían a esclavitud a los musulmanes, y éstos a los cristianos por ejemplo; las condenas judiciales que por una razón u otra condenaban a la esclavitud a los reos; el nacimiento, los hijos de una esclava seguían la suerte de sus padres; el matrimonio con el que un hombre o una mujer libres pasaban a ser esclavos al casarse con uno de ellos, y por fin el beneficio económico que proporcionaba mano de obra barata a los poseedores de esclavos.

Sólo a finales de la Edad Moderna surgieron voces que pedían la abolición de la esclavitud, que era considerada como natural desde la más remota antigüedad. En Grecia los *ilotas* debían vestir de forma especial y, naturalmente, estaban excluidos de todo derecho; eran algo no muy distinto al ganado, y si se les cuidaba es porque se tenía necesidad de ellos para toda clase de trabajo.

Pero donde la esclavitud llegó a su mayor grado de extensión y en donde se dio muestras del máximo despotismo por parte de los propietarios de esclavos fue en el imperio romano y en los Estados Unidos de Norteamérica.

Por lo menos éstos son los dos momentos históricos más explotados por la literatura, especialmente la novelística, las artes plásticas y el cine.

En su libro *Vita romana*, Ugo Enrico Paoli nos habla de las diversas clases de esclavos que se vendían en la urbe: «Eran *lecticarii* gigantescos, escogidos cuidadosamente de una misma estatura y de las mismas proporciones y vendidos en serie; jovencillos bellos y graciosos destinados a servir de coperos, cocineros habilísimos; *graeculi* doctísimos, músicos, arquitectos, camareros, bailarinas, enanos, etc. Bajo la vigilancia de los ediles, los comerciantes de esclavos (*mangones* o *venalicii*), gente, como puede suponerse, astuta y poco escrupulosa, famosa además en lo de embaucar al prójimo (*mangonicare*, en latín, significa hacer que una cosa parezca mejor de lo que es), ejercían públicamente su comercio, al aire libre en el Foro o en las tiendas. Los esclavos para vender estaban sobre un tablado giratorio (*catasta*); los llegados recientemente de ultramar eran puestos con un pie blanqueado con yeso (*gypsati*). Del cuello de cada uno colgaba un cartel (*titulus*) con todas las indicaciones útiles para el comprador: nacionalidad, aptitudes, cualidades, defectos. Los esclavos más finos se adquirían en los *saepa*, junto al Foro, donde estaban las tiendas más lujosas, punto de reunión del mundo elegante».

Los esclavos que más se pagaban eran los llamados *pedagogos*, por lo general griegos instruidos en las artes, las ciencias y las letras. Algunos de ellos valían tanto como una casa o una granja y eran los mejor tratados porque su muerte o una enfermedad grave equivalía a perder un patrimonio.

Muchos romanos poseían de diez mil a veinte mil esclavos y la cifra no debe sorprender por cuanto incluye no sólo aquellos dedicados al servicio del señor, sino también a los dedicados al cultivo de los campos y de las industrias, pues eran la mano de obra barata propia de las primitivas sociedades. Existían también prestamistas de esclavos que los alquilaban a quien los pidiese.

El derecho romano consideraba a los esclavos como cosas y como tales estaban tratados; había quien los cuidaba y otros que los maltrataban sin compasión, como Vedio Polión, de quien Séneca dice: « ¿Quién no había de odiar más a Vedio Polión que sus criados, pues engordaba a sus murenas con sangre humana, y a los que en algo le ofendían mandaba arrojar en el vivero, no de otro modo que si fuera de

serpientes? ¡Oh, hombre digno de mil muertes! Tanto si pretendía hacerlo por arrojar sus esclavos a las murenas que había de comerse, o si las alimentaba de aquel modo sólo por alimentarlas».

Los esclavos podían recuperar su libertad de varias maneras, y en la historia de Roma los libertos aparecen con frecuencia muchas veces ocupando cargos importantes.

La esclavitud en Estados Unidos ha sido ampliamente tratada en novelas, películas y series de televisión. La trata de negros se desarrolló en los siglos XVII, XVIII y comienzos del XIX para proporcionar mano de obra barata para las plantaciones de algodón y azúcar, base de la economía de los estados del sur.

Bajo ciertos aspectos, la esclavitud en Norteamérica era más cruel que la de la antigua Roma. En efecto, en ésta se permitía el casamiento entre esclavos, llamado *contubernium*, y la familia así formada no podía ser separada, figura jurídica que no existía en Estados Unidos, donde era frecuente que se considerase a las esclavas como hembras para parir nuevos esclavos, hasta el punto de que los retoños nacidos de la unión entre un amo y una esclava eran considerados esclavos y vendidos como tales. Había verdaderas granjas de crías de esclavos exactamente igual como si se tratase de ganado vacuno.

En 1852 apareció una novela que causó gran sensación. Se trataba de *La cabaña del tío Tom* de Harriet Beecher-Stowe, que señaló el inicio de una campaña abolicionista en favor de los negros. La consecuencia fue la llamada guerra de Secesión, que terminó en 1865 con la proclamación de la libertad de todos los esclavos. A pesar de ello, la plena ciudadanía de la población negra no ha sido obtenida hasta nuestro siglo, pues multitud de argucias y trampas legales hacían que muchos estados del sur no pudiesen ni siquiera votar.

Es triste tener que confesar que, aún en nuestros días, en los umbrales del siglo XXI, existe todavía la esclavitud. Diversos organismos internacionales denuncian la existencia de esta plaga en algunos estados africanos y asiáticos, y de momento sus esfuerzos son baldíos, pues los estados en cuestión se oponen a todo control internacional.

49. ESTENTÓREO

Aunque alguno de nuestros políticos haya dicho *estentóreo*, como si la palabra derivase del verbo ostentar, en realidad con ella se alude a cierta característica de un héroe griego llamado Esténtor.

Homero narra que en la guerra de Troya, Menelao, rey de Esparta, reunió un ejército para vengar su honor ofendido por el rapto que Paris había hecho de su esposa Helena.

En aquel tiempo las tropas se lanzaban unas contra otras en medio de una estrepitosa gritería. Así lo hicieron los troyanos, pero, en cambio, los griegos combatían en silencio, pero, entre ellos, había uno, Esténtor, que además de ser valiente y ardoroso en la lucha poseía un vozarrón que Homero califica de bronce y del que dice que se oía tanto como el clamor de cincuenta hombres gritando juntos.

En el canto V de la *Ilíada*, Homero dice: «Juno, la diosa de los niveos brazos, tomando el aspecto y la sonora voz del magnánimo Estentor, exclamó: “¡Qué vergüenza, argivos, hombres sin dignidad, admirables sólo por la figura!...” Con tales palabras los excitó a todos al valor y a la fuerza». Argivo equivale a habitantes de Argos o de la Argólida, ciudad y región de Grecia.

El vozarrón de Esténtor fue la causa de su muerte, pues, rivalizando con Mercurio, dios de la oratoria, cubría con su voz las palabras del dios, el cual, irritado, le hizo perecer.

50. ESTRA

Llamado también *stras*.

Jorge Federico Stras nació en Estrasburgo el año 1700. Desde pequeño sintió una afición extraordinaria por el trabajo de los joyeros y en su ciudad natal aprendió el oficio en el que trabajó hasta que, impulsado por su ambición, decidió establecerse en París.

Por aquella época, a mediados del siglo XVIII, estaba en boga el orientalismo, y Stras se vio fascinado por las joyas que se conocían de los antiguos egipcios y otros pueblos de la Antigüedad. Claro está que, de ejecutar con piedras preciosas, las joyas que él veía dibujadas en los libros el resultado sería de imposible venta por su elevado precio y pensó entonces en hacerlas con vidrios incoloros para imitar el

diamante o de colores para imitar los topacios, las amatistas, los rubíes o las esmeraldas.

Le fue difícil encontrar vidrios totalmente incoloros y cuya pureza pudiese parecerse a la del diamante, pero no cejó en su empeño y al final pudo ofrecer, en su tienda del Palais Royal, imitaciones que tuvieron un gran éxito.

Por ser relativamente baratas, las piedras de Stras se emplearon con profusión para adorno de casacas masculinas y vestidos femeninos.

En 1752 Stras se retiró del negocio, dejándolo en manos de sus descendientes, pero su nombre quedó ligado para siempre a las piedras que aún hoy adornan multitud de indumentos femeninos.

51. FARO

Como dice el diccionario, es una torre alta en las costas con luz en la parte superior para que sirva de guía. Cuando Alejandro el Magno fundó en Egipto la ciudad que llevaría su nombre, Alejandría, frente a ella, se encontraba una isla rocosa llamada Faros. Era cercana a la bahía y Alejandro ideó unirla a la ciudad por un muelle que alcanzaba casi dos kilómetros de longitud. Pero no era Faros la única isla rocosa vecina a la costa, pues había otras que dificultaban la navegación de los barcos que querían llegar a la ciudad; para ello se construyó en Faros una alta torre en cuya cima se quemaban de noche haces de leña indicando a los marineros el lugar exacto de su situación.

El método no era nuevo, pues el uso de la hoguera para indicar a los navegantes los peligros de acercarse a la costa en la que había escollos difíciles de atravesar era corriente desde tiempos muy antiguos. Lo que era novedad consistía en el hecho de haber edificado una alta torre para este menester.

En realidad, el auténtico faro, que recibió así el nombre del lugar en que se había erigido, fue construido a la muerte de Alejandro bajo el reinado de Tolomeo I Soter, general de Alejandro, que a la muerte de éste había recibido el dominio de Egipto.

La torre tenía una base de 30 metros y su altura era de más de 120 metros; tenía la forma de una pirámide truncada y los grandes bloques de piedra que lo constituían estaban unidos mediante plomo derretido. Se dice que la luz de su hoguera se divisaba desde una distancia de cien millas.

Este grandioso monumento estaba considerado como una de las siete maravillas del mundo. Su construcción se terminó el año 282 a. C. y duró intacto algo más de doscientos años. El tiempo causó estragos en él, pero sólo desapareció del todo el 7 de agosto de 1303, en que un terremoto acabó de derribarlo.

52. FEBRERO

Del latín *Februarius*.

El mes de febrero era aquel que en Roma se dedicaba a purificar la ciudad honrando a los muertos con sacrificios y ofrendas para así aplacar sus malas intenciones si las tenían. Las fiestas en honor de los difuntos duraban todo el mes y se las llamaba *Februalia*, es decir, purificaciones.

Parece ser que en un principio estas fiestas no contaban con ningún dios protector, pero el pueblo romano se inventó uno llamado *Februo* como personificación de la fiesta.

En algún libro he leído otra opinión que me parece más discutible sobre el origen de este nombre. Se alude en ella a la diosa Febris, muy temida en Roma, en la que las fiebres por ella representadas eran corrientes especialmente en las regiones bajas de la ciudad. En este caso la diosa sería la protectora contra la enfermedad más frecuente en la antigua Roma que era la malaria.

Es curioso hacer notar que los dos altares que en Roma se elevaron a la diosa Febris, uno estaba en el lugar donde se enterraban los esclavos de la gente pobre y humilde y otro en el lugar en que había filtraciones de agua. A los dos sitios se los consideraba productores de fiebres.

De todos modos, la primera opinión parece la más correcta.

El refranero de este mes nos dice:

Febrero es un mes embustero.

En febrero un día malo y otro bueno.

En febrero el loco ningún día se parece a otro. Febrero y las mujeres tienen en un día diez pareceres.

Favor de señores y temporal de febrero poco duraderos.

Febrerillo el orate cada día hace un disparate. Febrero es el mes más corto y menos cortés. Febrero, ¡vaya un mes repañetero!

El mes de febrero lo inventó un casero (porque cobra el mismo alquiler por menos días).

53. FILÍPICA

Esta palabra no tiene nada que ver ni con Felipe II ni con Felipe González, aunque a ambos se les haya aplicado, sino que data nada menos que del siglo IV antes de nuestra era.

Reinaba entonces en Macedonia y en la mayor parte de Grecia el rey Filipo II. Era este hombre sagaz, ambicioso y desprovisto de escrúpulos. Para afianzarse en el poder había hecho asesinar a uno de sus hermanos y encarcelar a otros dos. Fue rey desde el 382 hasta el 336 a. C. Había desposeído del trono a su sobrino Amintas III el año 359. Indudablemente era un genio militar e inventó la falange, cuerpo de infantería pesadamente armada cuyo nombre deriva de una palabra griega que significa lo mismo garrote que tropa y cuyo orden de batalla era de dieciséis hombres en fondo y su número dieciséis mil soldados. Con este ejército derrotó a los ejércitos de Tebas y Atenas en Queronea y consiguió la unión de Grecia, a excepción de Esparta. Una vez conquistada Grecia, quiso emprender una campaña contra Persia, pero antes de lograrlo fue asesinado por Pausanias, probablemente por instigación de su esposa Olimpia.

Cuando inició su campaña contra Atenas, hizo correr la voz de que estaba gravemente enfermo, y los atenienses, confiados, enviaron para combatirle un pequeño ejército que fue estrepitosamente derrotado.

Un hombre vio en Atenas el peligro que representaban las ambiciones de Filipo, era Demóstenes, el célebre orador, que gozaba de gran fama en toda Grecia. Según se dice, en su infancia y adolescencia tartamudeaba un poco y venció este defecto colocando piedrecitas en su boca cuando hablaba. Ignoro si este remedio lo recomendarían los médicos de hoy. También se afirma que en los días de tempestad peroraba frente al mar embravecido hasta que su voz dominaba el ruido de las olas, y que hizo construir una habitación subterránea en la que se encerró, después de raparse la mitad de su cabeza, para resistir la tentación de salir a la calle antes de haber vencido su anómala pronunciación.

Tenía treinta y un años cuando Filipo decidió invadir Atenas, y Demóstenes, que estaba entonces en la cumbre de su fama, avisó a sus conciudadanos con cuatro discursos del peligro que corrían con cuatro oraciones conocidas por el nombre de *Filípicas* por ir dirigidas contra Filipo.

Son una muestra maravillosa no sólo de la oratoria griega, sino de la de todos los tiempos. «El poder de Filipo no tiene porvenir, pues es imposible que el perjurio, el mentiroso, el injusto, posea gran poderío por mucho tiempo. El tal resiste por poco tiempo, pero al fin queda desenmascarado y se arruina. Pues así como en una casa, en un buque o en otra construcción, las partes inferiores deben ser más firmes, así también el principio y fundamento de las acciones ha de ser verdadero y justo. Mas éste no es el principio y fundamento de Filipo».

Desde entonces se llama filípica a toda reprensión severa o censura acre.

Un día en el que el gran orador Demóstenes quería hablar a los atenienses reunidos en la plaza, el rumor del público le hizo darse cuenta de que no le escuchaban e interrumpió su discurso diciendo:

—Cuatro palabras más para explicaros la historia de un asno. Un joven para poder ir de Atenas a Megara alquiló un asno. El amo de éste, teniendo que hacer el mismo camino que él, caminaba a su lado charlando amigablemente. Cuando llegó mediodía era grande el calor y los dos se pararon para comer algo. El amo del asno quiso estar a su sombra diciendo que había alquilado el asno, pero no la sombra que hacía. Por su parte, el joven sostenía que, habiendo alquilado el asno, podía disponer de él enteramente.

Y dicho esto, Demóstenes bajó de la tribuna y se dispuso a irse.

— ¿Y cómo terminó la cosa? —le pidieron todos.

— ¿Cómo? ¿Preferís oír hablar de la sombra de un asno en vez de vuestros intereses?

Demóstenes no era precisamente un hombre muy valiente, según se desprende del hecho de haber huido durante la batalla de Queronea y, como se le reprochase el hecho, respondió:

—El hombre que se pone a salvo puede combatir otra vez.

En Atenas su rival en la oratoria era Esquines, que se opuso a que los atenienses ofreciesen una corona de oro a Demóstenes. En el proceso que se siguió, la

elocuencia de Demóstenes rebatió punto por punto las acusaciones de Esquines, y por ello éste fue exiliado a Rodas. Allí se encontró con graves apuros de dinero y, cuando Demóstenes lo supo, fue a verle y le ofreció una elevada suma de dinero con tanta cordialidad que Esquines no pudo rechazar la oferta diciendo a Demóstenes:

—Piensa lo triste que debo estar cuando he tenido que dejar una patria en donde queda un enemigo tan generoso que no creo encontrar en ninguna parte un amigo que se le parezca.

Se le pidió a Demóstenes cuál era, según él, la cualidad más importante en un orador y respondió:

—La declamación.

— ¿Y la segunda cualidad necesaria?

—La declamación.

— ¿Y la tercera?

—La declamación.

Demóstenes fue a Corinto para ver la bellísima Lais. Habiendo requerido su amor, ella le pidió un precio exorbitante, a lo que el insigne orador respondió:

—No compro un arrepentimiento a un precio tan caro.

Se dice que mientras Demóstenes, enviado al exilio por sus ingratos conciudadanos, se alejaba de la ciudad extendió las manos hacia la Acrópolis y, dirigiéndose a la estatua de Palas, exclamó:

— ¡Oh Palas, señora de Atenas! ¿Cómo puedes complacerte en tus tres ridiculísimas bestias: el búho, el dragón y el pueblo?

54. FOLKLORE

Pocas palabras se usan y se han usado tan equivocadamente como ésta. Cuando nuestras folklóricas, llamémoslas así, Lola Flores, Isabel Pantoja y otras tantas por el estilo se atribuyen este nombre se debe considerar que son tan folklóricas como yo archipámpano de las Indias. El folklore es una cosa muy seria y científica, pues consiste nada menos que en estudiar la intimidad de ramas de la sabiduría popular, sus tradiciones, sus costumbres, su lenguaje a través de los tiempos, los lugares y

las formas de un determinado pueblo o país, cosa que sólo hacen los especialistas eruditos.

El 22 de agosto de 1846 Ambrosio Merton escribía en una comunicación científica dirigida a un colega las siguientes líneas:

«Sus páginas han dado evidencia tantas veces del interés que tiene usted por lo que en Inglaterra llamamos antigüedades populares o literatura popular (a pesar de que es más una tradición que una literatura y que podría ser cabalmente descrita por un buen vocablo compuesto sajón, *folk-lore*, saber popular), que yo no desespero de conseguir su ayuda a fin de llevar al troje las contadas espigas que aún quedan diseminadas en el campo del que nuestros mayores hubieran podido tener una buena cosecha».¹

Ambrosio Merton era el seudónimo del historiador e investigador inglés William John Toms, nacido en 1803 y que, desde joven, se había dedicado a la arqueología y al estudio de las tradiciones de su país. Murió en 1885 habiendo comprobado el éxito que la palabra que había inventado tenía en todos los países.

Tal éxito fue refrendado en los congresos que se celebraron en 1891 en Londres y en París en 1899 y al año siguiente, 1900.

El éxito de la palabra «folklore» apagó por completo los intentos de denominar tal estudio con vocablos al parecer más eruditos como son los de *Demótica*, *Demosofía*, *Demopedia*, *Demología*, etc.; propuestos todos por investigadores y eruditos de diversos países.

De todos modos, ya no hay remedio para evitar que artistas eminentes unas, y de poca o ninguna importancia otras, se adjudiquen el nombre de folklóricas. ¡Si por lo menos supieran lo que este nombre significa!...

¹ Citado por Gaitán Orjuela.

SECCIÓN 3

G -H -I

55. GORILA

Género de monos antropomorfos de color pardo oscuro, estatura igual a la del hombre, membrudos, orejas pequeñas, nariz ancha, brazos largos y musculosos, piernas cortas, pero robustas, manos y pies cortos y gruesos y caninos bien desarrollados. Viven en las selvas africanas principalmente en Guinea y el Congo, formando grupos no muy numerosos.

Fue el navegante Hannon de Cartago quien, en el siglo VI a. C., en su *Periplo* habló por primera vez de los gorilas. Hannon había sido encargado por el Senado de Cartago de dar la vuelta a África para fundar nuevas colonias. Partió de su ciudad natal con una flota de sesenta barcos y cumplió la misión que le había sido encargada. En su libro ya citado, *Periplo*, describió entre otras cosas a los *gorillai*, que, según él, son las mujeres de un pueblo africano muy peludas y que desgarran con sus manos a todo aquel que se acerca a ellas. La palabra «gorila» conservó el sentido que le da Hannon y sólo hasta el siglo XIX no tuvo el significado que tiene hoy en día. Fue hacia 1850 cuando se describe por primera vez este animal.

Hoy se llama también gorila a los guardaespaldas de las personas importantes, acepción que ha sido popularizada especialmente a través de la literatura policíaca y de espionaje francesa.

56. GUETO

También se escribe *ghetto* a la italiana, pues es italiano el origen de esta palabra.

A partir del siglo XVI se llama así al barrio de una ciudad destinado a ser habitado por los judíos en centros urbanos de Europa. Siempre los barrios judíos habían recibido nombres distintos según los estados o naciones; así, por ejemplo, en castellano se los llamaba *aljamas* o en catalán *calls*, pero a partir de la diáspora judía de los sefarditas, a finales del siglo XV, en que se establecieron, especialmente en Italia, la palabra *ghetto*, probablemente derivada de la palabra *borghetto*, o pequeño barrio, aparece Venecia hacia 1516. Recuérdese que en esta ciudad existe una isla, la llamada *Giudecca*, que debe su nombre a los judíos.

Desde tiempos anteriores al imperio romano, los judíos tendían a agruparse en barrios determinados, y así se encuentran a lo largo de la historia en las ciudades comerciales del Mediterráneo. Su endogamia favorece este aislamiento que, si en un principio fue voluntario, se convirtió luego en obligatorio, cuando las comunidades cristianas alimentaron el odio a los judíos al atribuirles la culpabilidad de la crucifixión de Cristo.

Hoy en día se habla de gueto al aludir a cualquier tipo de segregación voluntaria o producida por causas económicas o raciales, y así se habla, por ejemplo, del gueto negro o hispano de Nueva York o de los Ángeles. En muchas ciudades hay barrios enteros con gran predominio judío, como, por ejemplo, el barrio del Sentier, en París, en el que los comercios hebreos y los restaurantes *kosher* proliferan en gran cantidad.

57. GUILLOTINA

Cuando estalló en Francia la Revolución francesa se discutió apasionadamente sobre si procedía o no abolir la pena de muerte. Un diputado partidario de la abolición dijo textualmente: «Matar a un hombre es cerrarle el camino para volver a la virtud; es matar la expiación; es cosa deshonrosa matar el arrepentimiento. En todas partes donde se lastima la Humanidad por un exceso de rigor, es señal de que todavía no ha sido reconocida la dignidad humana; que la dignidad del ciudadano todavía existe; es prueba de que el legislador no es más que un señor que dispone de esclavos, y que los castiga sin piedad a su capricho. Yo voto, por tanto, por la supresión de la pena de muerte». El diputado en cuestión se llamaba nada menos que Maximiliano Robespierre.

Por fin la Asamblea aprobó la aplicación de la pena de muerte tal como existía en tiempos del Antiguo Régimen, pero, como durante éste existía un procedimiento diverso para nobles y villanos, se propuso uno que fuese igual para todos. La proposición la hizo el doctor José Ignacio Guillotin, que en 1789 había elaborado un proyecto de ley en cinco artículos sobre la pena capital.

El doctor Guillotin había nacido en Saintes en 1738 y había abandonado el noviciado de jesuitas en que estudiaba para seguir la carrera de medicina, que era su auténtica vocación.

Cuando presentó en la Asamblea su proyecto sobre la pena de muerte habló de una máquina que de manera fácil y rápida permitía la decapitación del condenado. No parece cierto que él la hubiese inventado. Consistía en dos montantes paralelos de una altura de cerca de tres metros entre los cuales se desliza una cuchilla cuya parte superior lleva un peso de plomo de unos sesenta kilos. En un principio, la cuchilla tenía forma horizontal, y fue un médico, llamado Antonio Louis, secretario de la Academia de Cirugía, quien ideó cambiar la cuchilla horizontal por otra de forma triangular. Una anécdota, falsa por supuesto, atribuye la idea al propio rey de Francia Luis XVI, del que era conocida su pasión por la mecánica. Recuérdese que Luis XVI murió guillotinado.

En un principio, el aparato se llamó *Luisette*, en honor, si ello puede considerarse así, del doctor Antonio Luis.

Sébase, pues, que el doctor Guillotin no fue el inventor de la máquina que lleva su nombre, sino el proponente de un sistema igual de ejecución para todos los condenados.

La primera guillotina se encargó a un artesano francés llamado Guedon, pero, como su presupuesto resultase muy caro, se encargó el artilugio a un alemán residente en París llamado Schmitt. El aparato fue probado primero en cadáveres de animales, luego en animales vivos, y el 27 de mayo de 1792 se guillotina por primera vez a un bandolero llamado Pelletier, al que cabe el dudoso honor de haber inaugurado la larga lista de guillotinos.

El doctor Guillotin, por su parte hombre de buena fe y buenos sentimientos, fue encarcelado durante el Terror, que tantos hombres y mujeres había conducido a la guillotina. A la caída de Robespierre, se dedicó a su vida profesional de médico y murió en París en 1814, a los setenta y seis años de edad, amargado por el nombre que se había dado a la famosa máquina que él no había inventado.

57. HECATOMBE

Hoy en día se usa esta palabra para significar cualquier desgracia por pequeña que sea. Si el Lagartija Club de Fútbol pierde por cuatro a cero frente a su rival el Deportivo Sardina, se considera por los cronistas como una hecatombe sin saber el origen de esta palabra, que deriva del griego *elaton* y *bous*, que significan

respectivamente cien y bueyes y que alude al sacrificio que de esta cantidad de animales se hacía, sea para aplacar la ira de los dioses, sea para agradecerles un gran beneficio.

A Júpiter se le ofrecían toros y carneros; a la diosa Atenea, vacas que no hubiesen sufrido el yugo; a Poseidón, toros y caballos negros, pero a todos sin excepción se les ofrecía una hecatombe en los grandes momentos. Así, por ejemplo, Pitágoras ofreció a los dioses una hecatombe, o sea, el sacrificio de cien bueyes cuando descubrió su célebre teorema.

La hecatombe se celebraba con gran solemnidad en presencia de todo el pueblo reunido. Las partes nobles del animal, como el corazón, el hígado, o en el caso del toro los testículos, se quemaban en honor de la divinidad y el resto de la carne se repartía entre los asistentes a la ceremonia.

¡A ver quién sería el forofó de un equipo de fútbol o de baloncesto que hoy sacrificaría cien bueyes para celebrar el triunfo de su equipo en la Liga!

58. HERMÉTICO

Se llama hermético aquello que es oculto, impenetrable o incomprensible, también a lo que cierra una abertura de modo que no puede pasar ningún fluido, y en sentido figurado aquello que es impenetrable y cerrado, aun tratándose de cosas inmateriales como, por ejemplo, la poesía hermética, en la que la palabra es considerada como entidad independiente por sí, siendo sus principales cultivadores los italianos Quasimodo, Montale y Ungaretti y que deriva de la poesía francesa de Mallarmé, Rimbaud y Valéry.

Hermes fue un mensajero del Olimpo, dios del hurto y de la elocuencia. En latín se le llamó Mercurio y era protector del comercio y de los tratados públicos, guardián de los caminos e inventor de la lira, pero no es de este dios de quien deriva el nombre, sino de otro personaje, también fabuloso, llamado Hermes Trimegisto.

Con su nombre fueron publicados en la baja edad helenística una serie de escritos surgidos en el ambiente egipcio helenizado que florecía en Alejandría. No se sabe quién fue el autor o los autores de estos escritos, pues en aquella época más que la originalidad se buscaba el apoyo de la autoridad, por lo que muchos escritores en vez de figurar como autores de los libros que escribían preferían atribuirlos a

personajes importantes o célebres para con ello dar mayor autoridad a las ideas que proclamaban.

Platón había hablado en el *Fedro* y en el *Filebo* de un egipcio llamado Theuth, inventor, entre otras cosas, del alfabeto y de la escritura. A este dios correspondía el egipcio Thoth, al cual se le atribuyeron un gran número de escritos sagrados custodiados rigurosamente por los sacerdotes y a él fueron atribuidos los escritos llamados herméticos porque el dios egipcio Thoth fue identificado por Heródoto con el dios griego Hermes. Thoth llevaba en la liturgia egipcia el título de dos veces grande y al nuevo Hermes se le adjudicó el apelativo de Trimegisto, que quiere decir tres veces grandísimo.

Los originales libros herméticos presentan una abstrusa mezcla de filosofía platónica, pitagórica y plotiniana. A pesar de su tardía redacción, no se encuentra en ellos rastros de cristianismo. Tres partes diferentes constituyen el meollo de la obra. La primera es un tratado sobre la naturaleza del hombre y su destino divino, fijándose su fecha de composición alrededor del año 200 de nuestra era. La segunda parte, cuya composición se fija entre el año 150 y 270, trata de la naturaleza de la materia y del diablo. La tercera es una teología y cosmología que trata del hombre y de su destino, calculándose que fue escrita entre los años 268 y 273.

Pero la gran popularidad del hermetismo no se debe a estas obras, sino a la gran cantidad de libros y libritos que con el nombre de Hermes Trimegisto se escribieron en la Edad Media e incluso en la Moderna. Aún hoy en día hay editoriales que publican bajo el nombre de Hermes bazofias incomprensibles para pasto de ilustres ignorantes. Basta, para darse cuenta de ello, dar una mirada a las estanterías de las librerías especializadas en el tema. Bien es verdad que la mayor parte de estas obras van a parar a saldo cuando no han sido escritas directamente para él.

Se atribuyen a Hermes Trimegisto las bases para multitud de sociedades secretas que pulularon en especial en el siglo XVIII y que basaron sus estatutos, cuando los tenían, en las obras medievales algunas de ellas procedentes de la Cábala. La mayor parte de los libros que hoy se venden bajo el nombre de Hermes Trimegisto son refritos de refritos sin valor ninguno.

59. HÍGADO

La palabra «hígado» viene del latín. ¡Hombre!, dirá usted, amigo lector, que recuerda el latín de sus años de bachillerato, en esta lengua hígado se llama *iecur* y no veo la similitud. No, en realidad no tiene nada que ver con *iecur*, sino con *ficus*, que significa higo.

Al llegar aquí mi interlocutor se habrá hecho un lío. Veamos la historia lo que nos dice.

Los griegos gustaban mucho de las ocas y se dieron cuenta de que alimentándolas con higos su hígado aumentaba considerablemente de volumen y era más sabroso. Aunque ellos no lo sabían habían descubierto el *foie-gras*. Como en griego «hígado» se llamaba *hepar*, de donde viene el vocablo médico *hepático*, con el que se alude a todo lo relativo al hígado, como cólico hepático, por ejemplo, y *ricos* era el higo, al resultado del cebado de las ocas con esta fruta se le llamaba *hepar sicoton*.

Desviándonos de nuestro asunto, digamos que cuando se dijo que la palabra *psicología* podía escribirse *sicología*, no faltó quien dijese que esta última significaba ciencia de los higos y no de la mente, llamada *psique* en griego.

Los romanos adoptaron los términos griegos traduciéndolos al latín, y así al *iecur*, que significa, como hemos dicho, hígado, le añadieron el adjetivo *ficatum*.

Las amas de casa o los esclavos encargados de la compra pronto abandonaron el nombre *iecur* y se quedaron con el *ficatum*. Supongo que en el mercado debían pedir:

—Dame un *ficatum*. —Y así quedó convertido en nombre lo que era un adjetivo.

Es curioso saber que el cebado de las ocas lo inventaron ellas mismas cuando vivían en estado salvaje. Los egipcios se dieron cuenta de que estos animales cuando llegaba la época de la emigración comían grandes cantidades para almacenar reservas de energía en el hígado en forma de grasa. Tuvieron entonces la idea de cebar las ocas domésticas para conseguir el sabroso manjar. Lo hacían con un embudo por el que metían en el cuello de la oca bolas de comida masajeando el cuello para que llegase pronto al estómago y poder meter otra bola a continuación.

En un principio se cebaba a las ocas con harina en forma de bolitas y se las condenaba a no beber casi nada para fomentar así la hipertrofia del hígado. Los higos que los griegos y los romanos empleaban para cebar, por ser secos y muy

azucarados, enfermaban más a las ocas, pues no se ha de olvidar que el *foie-gras* no es sino un hígado de diabético gravemente enfermo.

Recomiendo a mis lectores el libro de Maguelonne Toussaint-Samat titulado *Histoire naturelle et morale de la nourriture*, del que hay una excelente traducción al castellano editada en varios pequeños volúmenes por Alianza Editorial. En él se lee: « ¿Cómo saboreaban los romanos el *foie gras* de oca? Se servía caliente, según Juvenal: “Ante el amo humea un enorme hígado de oca y un ave tan grande como una oca”. ¿Nos atreveremos a decir que el más demente de los emperadores romanos, el joven Siriaco Heliogábalo, aprovechó los cuatro años de su inconsciente reinado (del 218 al 222) para alimentar a sus perros con *foie gras*? En justa compensación, murió asesinado en las letrinas, con la garganta atravesada, según Montaigne, por “la esponja con que los romanos se limpiaban el trasero”».

Actualmente la cebadura de las ocas no se hace a mano, sino industrialmente. Según el libro ya citado, que vuelvo a recomendar a mis lectores, por medio de la electricidad se ha conseguido que las ocas se vuelvan locas de hambre. «La oca es anestesiada y se la somete a una trepanación para insertar un electrodo en la base del cerebro. Un breve electrochoque de algunos miliamperios destruye la zona deseada del hipotálamo. Durante una semana con luz artificial, la oca no dejará de comer, alucinada. Poco a poco, su frenesí se calma, las células se reconstruyen. Si no se ha quedado satisfecho, se puede recomenzar el “tratamiento”. De este modo, el animal alcanza en unos días un peso equivalente al de un mes de cebadura manual. Asimismo se puede reemplazar el electrochoque por una inyección de sustancias químicas en el pobre cerebro del ave. El resultado es todavía más espectacular, pues sobrepasa con mucho el engorde normal».

Como dice muy acertadamente la autora de este libro: «El *foie gran* que se obtiene es tan normal como el otro, si se puede llamar normal dada su adiposidad, pero si aceptamos un hígado en resumidas cuentas diabético, ¿qué pensar de un hígado esquizofrénico?»

Y volviendo a los inicios de este capitulito, el lector ya habrá adivinado que del *ficatum* latino se derivó el castellano antiguo *figado*, de donde el actual nombre de tal víscera.

60. HUMOR

¿Nos damos cuenta que cuando decimos que estamos de buen humor o mal humor empleamos términos de la medicina antigua? Pues es así, veamos cómo.

Hace más de dos mil trescientos años nació en Cos, una isla del mar Egeo, un hombre llamado Hipócrates, considerado el padre de la medicina. Él fue el primero en examinar al enfermo buscando en él signos y síntomas de las enfermedades. Fue el inventor del diagnóstico. Haggard en su libro: *The Doctor in History*, libro del que hay una traducción castellana, publicada en Argentina, dice: «Hipócrates creía, como creían todos hasta el siglo XVII, que, fueran los síntomas los que fuesen, todas las enfermedades eran causadas por un desorden común del organismo. Sin embargo, el mismo Hipócrates reconoció que cuando los síntomas se combinaban de cierta manera, la enfermedad parecía seguir un curso determinado, mientras que seguía otro diferente cuando los síntomas se presentaban de forma distinta. Hipócrates describía los síntomas y el curso que seguía la enfermedad en todos los enfermos que estudiaba, y estas descripciones, de la apariencia física y de la conducta del paciente, se llaman historias clínicas. Cuando había reunido varias de estas historias, sacaba de ellas conclusiones de orden general, y así podía decir, de acuerdo con la aparición de ciertos síntomas, el curso que seguiría la enfermedad». Las conclusiones que sacaba de su experiencia médica las escribía en forma de proverbios, o aforismos, tales como los siguientes:

«Cuando el sueño pone fin al delirio, ello es buena señal».

«En la mayoría de los casos, la consunción se presenta entre los 18 y los 35 años».

«La apoplejía es más común entre los 40 y los 60 años».

«Las personas de edad pueden soportar el ayuno más fácilmente; después, los adultos, y lo soportan menos la gente joven; y menos que nadie los niños, y de éstos menos aún los que poseen una gran vitalidad».

«Lasitud y cansancio sin causa es indicio de enfermedad».

Hipócrates nunca pudo diagnosticar, como lo hace el médico moderno, pero sí podía formular el pronóstico, uno de los aspectos de la Medicina que más interesaba a los griegos.

En aquellos tiempos se creía que los elementos del universo eran cuatro: tierra, aire, fuego y agua, y que los estados de todas las cosas eran sequedad, frío, calor y humedad. Según la concepción hipocrática, se creía que también eran cuatro los elementos fundamentales del organismo humano: la sangre, que viene del corazón; la flema, derivada del cerebro, que se difunde por todo el cuerpo; la bilis amarilla secretada por el hígado y la bilis negra o atrabilis que se secretaba por el bazo, va al estómago y corresponde a la humedad. Según Hipócrates, la justa proporción de estos cuatro humores proporcionaban la salud y el defecto o el exceso de los mismos producía la enfermedad. A los cuatro humores correspondían otros cuatro temperamentos, y así la preponderancia de la sangre producía el carácter sanguíneo, el exceso de flema el flemático, a la bilis correspondía el bilioso, como es natural, y a la atrabilis el atrabiliario. Esta doctrina fue llamada humorismo y dominó durante muchos siglos la patología.

Así, tener buen humor o mal humor significaba el justo equilibrio de los humores o el exceso de uno de ellos.

En varios de mis libros he hablado o mejor dicho he escrito sobre remedios usados en antiguos tiempos. En un libro muy curioso titulado *Therapeia, la medicina popular en el mundo clásico*, escrito por Luis Gil y editado por Guadarrama y que es un tesoro inagotable de curiosidades y de saber científicos, se encuentran descritos varios de los remedios que se usaron en tiempos antiguos; así, por ejemplo, se lee que las cenizas resultantes de quemar los genitales de un asno se recomendaban para la calvicie; atarse el pene de un zorro a la cabeza era ideal para la cefalalgia, y ungirse con aceite donde se hubiera frito una rana se recomendaba para la curación de las fiebres cuartanas; para curar la hidrofobia de un individuo mordido por un perro rabioso bastaba con poner debajo de su vaso un trozo de vestido manchado de sangre menstrual, porque se creía que si un perro devoraba algo contaminado por el flujo femenino se ponía rabioso y su mordedura era funesta. Los testículos de hipopótamo mezclados con agua valen de antídoto para las picaduras de serpiente y el semen humano se consideraba ideal para curar las picaduras de escorpión.

Entre los remedios orgánicos gozan de una predilección especial los relacionados con los órganos de la reproducción y sus secreciones... El más famoso entre los específicos de esta índole es el *castoreum*, producto fétido de dos bolsas que tiene

el castor entre el ano y los genitales externos; las cuales, al ser confundidas con los testículos de dicho animal, dieron origen a la leyenda de su autocastración cuando se le persigue y base para atribuirles las más diversas propiedades terapéuticas. El empleo del *castoreum* es universal, tanto en uso interno como externo o en fumigaciones: actúa a las veces de estimulante o soporífero, suprime el vértigo y los espasmos, cura la parálisis y la epilepsia, calma los dolores de ciática y de estómago, etc. Un animal importante por los remedios que deparaba su anatomía sexual era la hiena: una fumigación hecha con sus *genitalia* curaba los espasmos; el útero en poción arreglaba los disturbios de la matriz. Plinio dedica todo un capítulo a tratar de las propiedades curativas de la leche humana: la más eficaz es la de la madre de un niño, tan sólo superada en excelencia por la de la madre de gemelos varones. La de mujer que tuvo niña sólo valía para las enfermedades del rostro.

61. IDIOTA

En su origen, esta palabra no tenía un significado insultante. Idiota era para los griegos el hombre privado, en contraposición al hombre público. Se usaba también para significar al individuo excéntrico y huraño que vivía apartado de la sociedad. Poco a poco la palabra adquirió un sentido peyorativo al pasar al latín, lengua en la que se significó ignorante, apartado del conocimiento común.

En la Edad Media se llamó idiota al clérigo que no sabía latín y de aquí a llamar idiotismo a la locución contraria a las reglas de la gramática propia y peculiar de una lengua.

SECCIÓN 4**J - K - L - M****62. JOVIAL**

En latín, *jovialis* se refería a lo que pertenecía a Júpiter, cuyo genitivo irregular es *Jovis*.

Júpiter era el dios de los dioses, dios de la luz, del cielo sereno y del rayo, el dios que mantiene el orden y la justicia del mundo, pero es también un dios que, usando una palabra recientemente aprobada por la Real Academia Española, podríamos calificar de cachondo. Tuvo relaciones sexuales con ocho diosas y quince humanas, lo cual es una cantidad respetable. He aquí la lista de sus conquistas con los hijos correspondientes:

Uniones divinas

Metis: Atenea.

Temis: Horas, Moiras.

Dione: Afrodita.

Eurinome: Cárites.

Mnemósine: Musas.

Leto: Apolo, Artemis.

Deméter: Perséfone.

Hera: Ares, Hebe, Ilitia (Hefestos).

Uniones humanas

Alcmena: Heracles.

Antíope: Anfión, Zeto.

Calisto: Arcade.

Dánae: Perseo.

Egina: Eaco.

Electra: Dárdano, Yasión, Harmonía.

Europa: Minos, Sarpedón, Radamantis.

Ío: Épafo.

Laodamia: Sarpedón.

Leda: Helena, Dióscuros.

Maya: Hermes.

Niobe: Argo, Pelasgo.

Pluto: Tántalo.

Sémele: Dionisio.

Táigete: Lacedemón.

Para sus conquistas humanas, Júpiter usaba disfraces distintos y pintorescos; así, por ejemplo, cautivó a Europa metamorfoseado en Toro, a Leda convertido en Cisne, a Atanae en lluvia de oro, etc. Ya en tiempos de los griegos se daba a estas metamorfosis una interpelación alegórica, y así la lluvia de oro de Danae representaba el poder del dinero, cosa que bien supo representar Tiziano en su erótico cuadro, que se conserva en el Museo del Prado, en el que Danae recibe en pleno orgasmo una lluvia de monedas de oro que una mujeruca, con pinta de celestina, se apresura a recoger en su delantal.

De todo ello se deduce que Júpiter no debía de ser aburrido y huraño, sino todo lo contrario, alegre, divertido, de buen humor, es decir, jovial.

63. JUEVES

Del latín *Iovis dies*, día de Júpiter.

Júpiter, en la mitología romana, es el dios asimilado a Zeus. Es el gran dios del Panteón romano. Recuérdese que *Panteón* significa en griego todos los dioses.

Es el dios del cielo, de la luz del día, del tiempo atmosférico, del rayo y el trueno. Se le veneraba en el Capitolio y Virgilio cuenta que este lugar en tiempos remotos estaba poblado de robles, árboles consagrados a Júpiter y que en este pequeño bosque se percibía la presencia del dios.

Se veneraba a Júpiter bajo varios nombres, el más célebre de los cuajes era el de *Jupiter Óptimo Máximo*, cuyas iniciales, JOM, fueron sustituidas por los cristianos por las de DOM, que quieren decir *Dios Óptimo Máximo*, que como tantas otras cosas paganas fueron cristianizadas en su tiempo.

Rómulo, uno de los fundadores de Roma, erigió un santuario a Júpiter, en esta ocasión llamado *Feretrío*, en donde se consagraban las armas de los jefes enemigos muertos en combate por un jefe romano.

«También se atribuye a Rómulo la fundación de otro santuario de Júpiter en el que el dios era invocado con el epíteto de *Stator*. Se explicaba este nombre por una leyenda de forma histórica. En la batalla que enfrentó a los romanos de Rómulo con los sabinos, cuyas mujeres acababan de ser raptadas, los últimos llevaban la ventaja y rechazaban a los romanos a través del Foro. Entonces Rómulo, levantando al cielo sus armas, prometió a Júpiter erigirle un templo en el mismo lugar donde se encontraba si detenía al enemigo. Este empezó en seguida a retroceder y fue finalmente expulsado. Rómulo cumplió su promesa». (Grimal).

Dice la leyenda que los sabinos tiempo después volvieron a la carga, pero que las sabinas impidieron la lucha enseñando a sus compatriotas los hijos que les habían nacido de sus raptos romanos, lo cual indica que los sabinos tardaron por lo menos diez meses en atreverse a luchar contra los raptos de sus mujeres.

Del refranero:

Jueves, buen día para las mujeres (por ser día de mercado en muchos pueblos).

Tres jueves hay en el año que relucen más que el sol: Jueves Santo, Corpus Christi y el día de la Ascensión. (Estas fiestas se han suprimido por lo menos en España).

64. JULIO

Cuando el año 45 a. C. Julio César modificó el calendario (véase esta palabra), el mes siguiente al de junio se llamaba *quintilis*, porque correspondía en un principio al quinto mes del año, aunque ya era el sexto en tiempos de Julio César. Con la modificación juliana este mes pasó a ser el séptimo y el cónsul Marco Antonio lo hizo bautizar con el nombre de Julius en honor de Julio César.

Honor del que César pudo disfrutar solamente un año, ya que en los idus de marzo del año siguiente moría asesinado.

En un curioso libro de Miguel Palau titulado *La pintoresca historia del calendario* se explica la modificación juliana paso a paso.

He aquí lo que de este mes dice el refranero:

En julio beber y sudar y el fresco en balde buscar.

Por mucho que quiera ser julio poco ha de llover.

65. JUNIO

Del latín *Junius*.

Este mes estaba dedicado a la diosa Juno, que junto con Júpiter y Minerva eran los tres dioses principales de Roma. Su santuario principal estaba situado en el Capitolio bajo la advocación de Juno Moneta, que era muy venerado porque se recordaba que el año 390 a. C., cuando los galos invadieron Roma y estaban a punto de asaltar el Capitolio, los gansos consagrados a la diosa dieron la voz de alerta y permitieron que Manlio salvase la colina y rechazase al enemigo. Por este hecho Manlio fue conocido como el Capitolino.

Con el nombre de *Juno Lucina* era diosa protectora de los partos. Como cosa curiosa se ha de citar que en las ceremonias que se hacían en honor de esta advocación las mujeres no debían llevar ningún lazo, cinturón o nudo encima porque ello podía impedir el feliz alumbramiento de la mujer por la cual se ofrecía el sacrificio. Por ello las mujeres que a tal ceremonia asistían se examinaban mutuamente con gran detención para asegurarse de que los vestidos estaban desceñidos y sueltos.

Era protectora también de las mujeres casadas y en su honor se celebraban unas fiestas especiales llamadas *Matronalia*, y es curioso hacer notar que dichas fiestas no se celebraban en junio, sino el primero de marzo, ya que en ellas se conmemoraba el hecho de las mujeres sabinas raptadas por los romanos que se interpusieron entre sus padres y hermanos y los raptadores, de lo que resultó la paz y concordia entre los dos pueblos.

Toda mujer tenía además su Juno particular, una especie de ángel de la guarda que protegía su feminidad. He aquí lo que dice el refranero de este mes:

Junio es todo día, los viejos y achacosos tienen más vida.

Hasta el cuarenta de mayo no te quites el sayo y por más seguro hasta el cuarenta de junio.

Hasta el cuarenta de mayo no te quites el sayo y si vuelve a llover vuélvete a poner.

66. LABERINTO

Pasifae, esposa de Minos, rey de Creta, se había enamorado de un toro y de estos amores nació un monstruo, mitad toro y mitad hombre, llamado Minotauro. Pero vayamos por partes.

Minos reclamó a los dioses el trono de Creta que le pertenecía, reclamando un signo que diese fe de sus fundados deseos. Poseidón, dios del mar, hizo salir de entre las olas a un toro que Minos prometió que lo sacrificaría en su honor, pero luego no quiso cumplir su promesa. Poseidón, furioso, inspiró a Pasifae un amor irresistible por el animal y pidió consejo a Dédalo para que buscara el sistema de satisfacer sus monstruosos deseos. Dédalo fabricó una ternera tan semejante a un verdadero animal que el toro se acercó para cubrirla, pero dentro de la ternera estaba Pasifae, que así pudo cumplir con la cópula de sus monstruosos amores.

Al nacimiento del Minotauro, Minos, irritado como no podía ser de otra manera, mandó a Dédalo que construyese un palacio de complicados corredores llamado Laberinto, palabra que significa «palacio de la doble hacha», en griego *labris*, y en el cual encerró al Minotauro y en su compañía a Dédalo y al hijo de éste, Ícaro. El ingenioso Dédalo construyó unas alas artificiales que pegó con cera a sus espaldas y, volando padre e hijo, pudieron escapar del laberinto. Dédalo pudo llegar sano y salvo a Cumas, pero Ícaro se acercó demasiado al sol, cuyos rayos derritieron la cera precipitándole en el mar. El monstruo Minotauro devoraba cada año siete muchachos y siete muchachas, tributo que debían pagar los atenienses cuando fueron vencidos por el rey Minos. Un ateniense, llamado Teseo, se ofreció para ir a Creta y matar al Minotauro. Teseo era hijo de Egeo y de su esposa Etra, y su padre le pidió que si volvía a Atenas, vencedor del Minotauro, izase en su barco una bandera blanca. En Creta, la hija de Minos, Ariadna, se enamoró de Teseo y para que pudiese salir con vida del laberinto, pues no dudaba que saldría vencedor del Minotauro, le entregó un ovillo, uno de cuyos extremos ató en la puerta de entrada, gracias a ello una vez muerto el Minotauro Teseo no tuvo más que seguir el hilo que había desovillado y ganar así la puerta por donde había entrado sin perderse de los casi imposibles vericuetos por los que había andado.

Minos quiso castigar a Ariadna, pero ésta se escapó con Teseo, quien la abandonó en la isla de Naxos, mientras estaba durmiendo en la orilla. Digamos que la pobre joven se consoló pronto del abandono casándose con el dios Dionisio.

Dédalo, por su parte, se refugió en Sicilia, en la ciudad que entonces se llamaba Camico y que ahora es la actual Agrigento. Minos salió en su busca, pero el rey de Camico, llamado Cócalo, lo ocultó. Minos, para encontrarle, se valió de una astucia y mostraba una concha de caracol y un hilo prometiendo una recompensa al que lograra pasar el hilo por todas las espirales de la concha. Intrigado, Cócalo consultó con Dédalo el problema para ver si éste conseguía resolverlo, y éste indicó al rey que el sistema era atar el hilo a una hormiga y meter el animalillo en la concha que él sólo se encargaría de resolver el problema. Minos comprendió que sólo Dédalo podría haber encontrado esta solución y exigió a Cócalo la entrega de Dédalo, pero éste, no queriendo conculcar las leyes de la hospitalidad, encargó a sus hijas que, cuando Minos estuviese en la bañera, vertiesen sobre él agua hirviendo hasta matarlo. Dédalo, en agradecimiento, se puso al servicio de Cócalo y construyó para él numerosos palacios.

Digamos para terminar que Teseo, al regresar a Atenas, olvidó izar la bandera blanca tal como había prometido a su padre y éste, desesperado, se arrojó al mar ahogándose.

Según la tradición, el laberinto contaba con miles de habitaciones cuadradas comunicadas entre sí por infinidad de corredores. Escaleras, enormes, algunas de cien peldaños, comunicaban patios y habitaciones de tal modo que era imposible salir del recinto perdiéndose quien lo intentaba, extraviado sin poder volver a ver la luz exterior. Se comprende fácilmente que a lo enmarañado e intrincado, a una cosa enredada o confusa, a un embrollo o desorden se lo llame laberinto.

67. LACÓNICO

La Laconia es una antigua comarca del Peloponeso cuya capital, Esparta, alcanzó gran predominio en esta península y aun en la Grecia entera. Sus habitantes se llamaban laconios y lo que pertenece o se refiere a ello se denomina lacónico.

El pueblo laconio o espartano, del nombre de su capital, era esencialmente guerrero regido por unas leyes y costumbres instituidas por el legislador Licurgo. Para empezar digamos que los niños que nacían débiles o endeble eran sacrificados en los peñascos del Taigeto; por el contrario, los que nacían robustos eran bañados en vino y colocados sobre el escudo paterno por creer que así se les infundía espíritu

guerrero. A los siete años pasaban a ser propiedad del Estado y pasaban a vivir en una especie de cuartel con dormitorios comunes en los que dormían sobre camas hechas por ellos mismos con juncos entretreídos. No se conocían los abrigos ni las pieles, por lo que en invierno y verano vestían con una ligera túnica y debían bañarse cada día en las aguas del río Eurotas hiciese el tiempo que hiciese. La comida era escasa y sencilla y de vez en cuando debían procurársela ellos mismos, robando lo que necesitaban, procurando no dejarse sorprender, pues de hacerlo eran castigados severamente. Cada año en la fiesta de Diana eran azotados, debiendo sufrir los azotes sin quejarse, dándose el caso de que algunos morían sin pronunciar un solo quejido.

Esta disciplina la tenían que aguantar hasta los veintitrés años y no podían formar una familia hasta los treinta. Toda esta rígida educación se vio reflejada en su modo de hablar, pues, al contrario de los atenienses, despreciaban la oratoria y las artes del buen decir, hablando con frases cortas y breves, a lo que se llamó lenguaje lacónico.

Ello hizo que las letras y las artes fuesen muy descuidadas en Esparta, la mayoría de cuyos habitantes no sabían leer ni escribir.

Cuando los habitantes de Melos pidieron auxilio a los espartanos, el enviado pronunció un discurso que fue respondido con las palabras:

—Hemos olvidado el principio, no hemos comprendido el medio y nos desagrada el fin.

El embajador entonces les mostró un saco de harina vacío, lo que fue comprendido por los espartanos que acordaron enviar víveres a Melos.

«Una vez que Filipo, padre de Alejandro Magno, hubo vencido a los espartanos, les envió un mensaje en el que, con muy comedidas palabras, les proponía lo recibieran de buen modo en la ciudad. Ellos respondieron secamente: “No”. Incomodado, el rey de Macedonia, por esta desabrida respuesta, los amenazó severamente, y ellos, a vuelta de correo, le respondieron con estas precisas palabras: “Dionisio se halla en Corinto”. Quería decir la lacónica frase que recordase la situación en que se encontraba en la actualidad Dionisio, el cual, sin embargo, de haber sido un soberano, se hallaba entonces despojado del poder supremo y reducido en Corinto a

la condición de maestro de escuela para poder subsistir, en castigo todo de haber querido ser el tirano de Siracusa». (Gaitán).

68. LAVABO

Aquellos de mis lectores que hayan ido a misa antes de las últimas reformas litúrgicas —es decir, cuando la misa se celebraba en latín— recordarán sin duda aquella oración con la que, después del ofertorio, el sacerdote purificaba los dedos de sus manos bajo un chorrito de agua mientras pronunciaba «*Lavabo inter innocentes manus meas*», lo que quiere decir: Lavaré mis manos entre los inocentes.

La palabra lavabo significó durante un tiempo la toallita con la que el sacerdote se secaba las manos después de la oración.

En épocas en que la higiene estaba poco o nada desarrollada y el hecho de lavarse las manos era algo excepcional, hace comprensible que se identificase la palabra «lavabo» con tal operación higiénica.

De la operación se pasó a significar el sitio en que se realizaba, significado que ha durado hasta nuestros días.

De todos modos, hoy se tiende a designar con este nombre sólo el aparato sanitario, mientras que la habitación que lo contiene pasa generalmente a llamarse baño o simplemente se utiliza el plural los servicios, cuando no la palabra francesa *toilette*.

He aquí una de tantas palabras de origen eclesiástico que han pasado al vocabulario profano.

69. LICEO

Había en la antigua Atenas un templo dedicado al dios Apolo, al que se encomendaban los jóvenes para obtener agilidad y fuerza en los combates y en las palestras deportivas. Este templo estaba bajo la advocación de Apolo *Liceano*, nombre que significa vencedor de lobos, ya que *likos* significa lobo y es el vocablo del que deriva *likeios*.

Junto a este templo y en el bosquecillo que lo rodeaba, daba sus lecciones el famoso filósofo Aristóteles. Por ello a su escuela se le llamó Liceo y, como las

lecciones se daban paseando, se le llamó también Escuela Peripatética, o sea escuela paseante.

Aristóteles había nacido hacia el año 400 antes de nuestra era en Estagira, pequeña ciudad de la Tracia Calcídica, por lo que también se le llama el Estagirita. Su padre era médico y, cuando murió, dejó una buena herencia a Aristóteles, el cual determinó salir de su ciudad natal para trasladarse a Atenas y allí estudiar filosofía en la escuela de Platón, quien vio pronto que su discípulo tenía grandes cualidades y le protegió abiertamente. Cuatro años estuvo Aristóteles estudiando con su maestro hasta que, al final, decidió independizarse y crear su propia escuela aprovechando que Filippo, rey de Macedonia, atraído por la fama del nuevo filósofo, le ofreciese el encargo de educar a su hijo Alejandro, después conocido con el sobrenombre de Magno.

Filipo envió a Aristóteles valiosos obsequios, junto con una carta en la que, entre otras cosas, le decía: «Sabe que me ha nacido un hijo, pero doy gracias a los dioses, no sólo porque me han dado un heredero a mi trono, sino porque lo han hecho nacer en tu tiempo, pues espero que, educado e instruido por ti, será un día mi digno sucesor».

Casi diez años permaneció Aristóteles en la corte del rey de Macedonia hasta que, al dirigirse Alejandro Magno hacia Asia para conquistar el gran imperio con el que soñaba, Aristóteles regresó a Atenas, en donde fundó su propia escuela, ésta que se denominó Liceo, organizada al estilo de la de Platón. Estaba sometida a una rígida disciplina regida por un arconte o jefe elegido por sufragio popular entre los alumnos. La mañana estaba dedicada a los más aventajados y la tarde a los recién llegados.

Trece años duró el Liceo de Aristóteles, pero, acusados Aristóteles y sus discípulos de estar al servicio de Macedonia, el gran filósofo tuvo que huir y refugiarse en la ciudad de Calcis, en Eubea, donde murió a los pocos meses de su llegada.

Las obras filosóficas de Aristóteles alcanzaron gran popularidad y más especialmente cuando en la Edad Media santo Tomás de Aquino basó su teología en ellas. Santo Tomás cristianizó a Aristóteles, como siglos antes san Agustín lo había hecho con Platón.

Las doctrinas aristotélicas se citaban como autoridad indiscutible, pues bastaba que en una discusión filosófica o científica se dijese *Magister dixit* —es decir, «lo ha dicho el Maestro»—, para que la discusión se diese por terminada. Por cierto que en la primera serie de mis *Historias de la Historia*, publicada por esta misma editorial y en la misma colección, di como cierta y auténtica una anécdota inventada por Galileo. Leyendo la obra *Dialogo dei Massimi Sistemi*, en su jornada segunda, Galileo narra que su protagonista Sagredo, encontrándose en Venecia, asiste a una lección de anatomía en presencia de médicos galenistas y peripatéticos, sosteniendo los primeros que el origen de los nervios estaba en el cerebro y los segundos afirmando que partían del corazón. Un importante anatomista seccionando el cadáver mostraba cómo, partiendo del cerebro, los nervios llegaban a la médula espinal y se derramaban por todo el cuerpo y que sólo un hilo finísimo llegaba al corazón. Dirigiéndose a un gentilhombre, que sabía que era filósofo peripatético y que por su presencia en el acto con extraordinaria paciencia le había explicado todo lo que hacía, le preguntó si quedaba convencido de que el origen de los nervios venía del cerebro y no del corazón. El filósofo, después de haber meditado un rato, respondió: «Me habéis hecho ver esta cosa talmente clara y sensata que si no fuese el texto de Aristóteles que dice lo contrario y afirma abiertamente que los nervios nacen del corazón confesaría forzosamente que vuestra teoría es verdadera».

No se olvide que en su *Diálogo* Galileo ridiculiza con el nombre de Simplicio a los contrarios a la nueva ciencia aferrados a sus prejuicios tradicionales.

El caso no era raro, pues Giordano Bruno explica que, cuando huyendo de Francia llegó a Inglaterra, leyó la siguiente advertencia en la Universidad de Oxford: «Los maestros y estudiantes que no sigan fielmente a Aristóteles serán castigados con una multa de cinco chelines por cada punto de divergencia y cada error cometido contra la lógica del *Organon*».

Recuérdese que *Organon* es el nombre dado por los comentaristas griegos a la Lógica de Aristóteles, que llevó la ciencia y raciocinio casi hasta la perfección y que fue considerado casi como un dogma en la Edad Media.

70. LINCHAR

Charles Lynch, hijo de un emigrado irlandés instalado en Virginia, en Estados Unidos, había nacido en 1736 y fue un respetable y próspero plantador. En 1766, cuando cumplía exactamente treinta años, fue elegido juez de paz del condado de Bedford.

Partidario de la independencia de Estados Unidos, movilizó todos los medios económicos y humanos de que disponía para luchar contra Inglaterra, pero no fue esto lo que le dio la fama, triste fama por cierto. El caso es que en el momento de la independencia de Estados Unidos, encontrándose con escasas leyes escritas y en medio de turbulentos sucesos y multitud de delitos que iban a quedar sin castigo, se dedicó a instaurar un tribunal que juzgaba sumariamente y sin sujetarse a ningún procedimiento a aquellos delincuentes o presuntos delincuentes que caían en sus manos, siendo mayoría los condenados a muerte. Así, por ejemplo, en 1780 condenó a muerte a dos individuos sospechosos de ser partidarios de los ingleses y que fueron ahorcados de inmediato.

La ley de Lynch, como se la llamó, se extendió por todo el país y el verbo linchar se hizo tristemente célebre, siendo empleado el procedimiento muchas veces por asociaciones racistas como el Ku Klux Klan, que persiguió salvajemente a los negros en los estados del sur.

71. LUNES

Del latín *lunae dies*, día de la luna.

En la mitología griega, la Luna se llama Selene, de donde el nombre de selenitas dado a los hipotéticos habitantes de la Luna. Se la representa como una mujer joven y hermosa que recorre el cielo montada en un carro de plata tirado por dos caballos.

Son célebres sus amores con Endimión, joven pastor de gran hermosura que le inspiró una violenta pasión. Selene pidió a Zeus que concediese a Endimión la realización de un deseo. El joven solicitó dormirse en un sueño eterno y así quedó dormido permaneciendo eternamente joven.

De todos modos, este sueño no debía ser tan profundo como dice la leyenda porque durante él la Luna se le unió dándole nada menos que cincuenta hijas a su amante.

Durante mucho tiempo se contó por meses lunares el curso del año y se atribuyó a la Luna influencia decisiva sobre los seres humanos, no sólo en lo que se refiere a los ciclos de la regla de la mujeres, sino también en la conducta de los hombres, influencia que en algunos era tan notable que dio origen al nombre de lunáticos. La novelística y el cine han popularizado las historias de hombres y mujeres que bajo la influencia de la luna llena se ven impulsados a cometer crímenes, creencia ésta muy popular en tiempos antiguos y aún en nuestros días.

Del refranero:

No hay lunes sin su tarea (que es la más difícil o más pesada de realizar por ser un día después de un día de fiesta).

Lunes hacendoso.

Ni en lunes ni en martes vayas sin dinero a ninguna parte (lo mismo puede decirse de cualquier día de la semana).

72. MALTUSIANISMO

El 14 de febrero de 1766 nació en Rookery, Inglaterra, Thomas Robert Malthus. Su padre, Daniel, era un hombre de gran cultura que influyó mucho en la educación de su hijo y apasionado por las doctrinas filosóficas del siglo XVIII, especialmente las de Hume y Rousseau. Thomas abrazó el estado eclesiástico, siendo pastor de la Iglesia anglicana y se interesó desde joven en los estudios referentes a la problemática de la población mundial. Para documentarse mejor viajó por casi toda Europa, especialmente a Holanda, Noruega, Suecia, Finlandia, Rusia, Francia y Suiza, muriendo en 1834.

En 1798 publicó un libro titulado *Ensayo sobre el principio de la población*, que no tuvo gran éxito hasta 1803, en que una segunda edición, corregida y aumentada, llamó la atención del público. Hasta 1823 se sucedieron las ediciones hasta seis, causando gran impresión, ya que la obra fue muy combatida por la dureza e inmoralidad que se atribuyó a su doctrina, que, según se dijo, era contraria a los derechos de las clases pobres. Sostenía la teoría de que la población crece en progresión geométrica en tanto que los medios de subsistencia aumentan en progresión aritmética, siéndole por tanto, imputables la pobreza y las calamidades públicas.

Para evitar en lo posible los resultados de este problema, Malthus preconizaba diversos medios para limitar este desarrollo natural. Unos serían voluntarios incitando al individuo a no fundar una familia hasta que hubiese creado las condiciones económicas que le permitirían sostenerla. Otros serían destructivos e involuntarios siguiendo las leyes de la naturaleza o acontecimientos imprevisibles como serían las hambrunas, las epidemias, las guerras. No se olvide que Malthus vivió los siglos XVIII y XIX y por ello dividiese la humanidad entre los pueblos salvajes de África, América, Asia y Australia y los países por él llamados civilizados. En los primeros, la solución del problema se hacía por sí sola, mientras que en los países civilizados era necesario imponer una disciplina individual obligando por todos los medios a limitar el número de nacimientos. Una frase de su libro que causó gran escándalo fue la siguiente: «Un hombre que nace en un mundo ya ocupado, si su familia no puede alimentarlo o si la sociedad no tiene necesidad de su trabajo, este hombre no tiene el menor derecho a reclamar una porción cualquiera de alimentos y está de más en la tierra. En el gran banquete de la naturaleza no hay cubierto para él». Los amantes de la ciencia han demostrado la falsedad de sus teorías y hoy en día el neomaltusianismo se basa más en premisas hedonistas que en realidades científicas. De todos modos, el escándalo procedente de los excedentes de alimentos que existen en los países productores y ricos que podrían proporcionar alimentación a los países pobres del Tercer Mundo parece que dan la razón a la brutal y egoísta doctrina de Malthus. Es un escándalo que se incineren o pudran productos que sobran en las naciones productoras y otro escándalo es que las ayudas que se crean para aliviar la miseria de los países pobres pasen, faltos de control internacional, a beneficiar los bolsillos de dictadores o reyezuelos que miran por sí en vez de mirar por sus súbditos. Desgraciadamente de ello tenemos diariamente múltiples ejemplos. Egoísmo y codicia se dan la mano.

73. MARQUÉS

Del germánico *mark*, marca, frontera.

En un principio significaba señor de una tierra que estaba en la comarca fronteriza de un reino. Así, por ejemplo, en la ley de las Siete Partidas se lee: «Marqués tanto quiere decir como señor de alguna tierra que está en comarca del reino», y como

marca se decía de las tierras fronterizas con las de los musulmanes durante la Reconquista; el marqués era como el adelantado, quien no sólo tenía el dominio sobre las tierras, sino el encargado de defenderlas y en su caso, partiendo de ellas, atacar al enemigo.

Es un título intermedio entre el de duque y el de conde y, en un principio, era rigurosamente personal y no hereditario. Sólo a partir del siglo XIV se transmitió por herencia. El llamado infante don Juan Manuel, que no fue infante jamás (consúltese el estupendo libro *Mentiras históricas comúnmente creídas* de José Luis Vila-San-Juan), en su *Libro de los estados* dice que el primer marquesado fue el de Tortosa, otorgado en 1332 por Alfonso IV al infante don Fernando.

74. MARTES

En latín *Martis dies*, día de Marte.

De las varias advocaciones de este dios escogeremos ahora la referente a la guerra. Los romanos llamaron Marte al dios de la guerra, llamado Ares por los griegos. «Es el espíritu de la Batalla, que se goza en la matanza y la sangre. Ante Troya, combate casi siempre al lado de los troyanos, aunque poco le importa la justicia de la causa que defiende; por eso puede ayudar perfectamente a los aqueos. Se le representa con coraza y casco, y armado de escudo, lanza y espada. Su talla es sobrehumana y profiere gritos terribles. Generalmente combate a pie, pero también se ve sobre un carro tirado por cuatro corceles. Lo acompañan demonios, que le sirven de escuderos, particularmente Deimos y Fobos —el Temor y el Terror—, que son hijos suyos». (Grimal).

Aparte sus heroicos hechos guerreros, Ares tuvo amores nada menos que con Afrodita, que le amaba a pesar de que estaba casada con Hefesto. Al amanecer después de cierta noche que los amantes habían pasado juntos, el Sol los descubrió durmiendo estrechamente abrazados y fue a contarlo al marido de ella, Hefesto, y éste preparó una red mágica que lanzó sobre los amantes, encerrándolos en ella. Llamó luego a todos los dioses del Olimpo, quienes se burlaron de Ares y Afrodita. Cuando Hefesto consintió en retirar la red, la diosa, avergonzada, escapó mientras Ares se dirigía a Tracia.

Los amores de Afrodita y Ares debieron de durar mucho tiempo, pues de ellos nacieron seis hijos entre ellos Eros, Deimos, Fabo y Harmonía.

Como se puede ver por estas y otras narraciones mitológicas, algunas de las cuales se pueden encontrar en este libro, los dioses de las mitologías griega y romana eran unos pintas de cuidado. La lista de sus amores, traiciones, asesinatos y aventuras de toda clase llenan las páginas de multitud de libros. Añádase a ello que sus leyendas se entremezclan unas con otras de tal forma que unas veces aparecen esposos, esposas, hijos e hijas atribuidos a varios de ellos a la vez.

¡Menudos debían ser los dioses del Olimpo!

De Marte derivan también palabras como «marcial» (el paso marcial de los soldados), artes marciales, todas ellas relacionadas con el arte de la guerra.

Del refranero:

Buenos martes y malos martes los hay en todas partes.

En martes ni te cases ni te embarques.

Sobre este refrán debe recordarse la frase de Bernard Shaw, a quien le preguntaron si casarse en martes traía mala suerte y respondió:

— ¡Claro que sí! ¿Por qué el martes tiene que ser un día distinto a los demás?

75. MARZO

Del latín *Martiis*.

El dios Marte, además de ser el dios de la guerra, tal como se indica en el artículo dedicado al día martes, era venerado en la primitiva Roma como una divinidad de la vegetación, y por ello, según algunos mitógrafos, le fue consagrado este mes.

Pero ¿no sería posible que tal consagración fuese debida a que era en primavera cuando se iniciaban las grandes expediciones guerreras?

Entre los primitivos sabinos existía la costumbre de consagrar a Marte una parte escogida de la juventud que marchaba al iniciarse la primavera en busca de fortuna. Se decía que a ellos los guiaba un lobo, animal de Marte. Grimal afirma que posiblemente por ello se atribuyó a Marte la paternidad de los dos gemelos Rómulo y Remo, fundadores de Roma. Recuérdese que, según la leyenda, los dos gemelos habían sido amamantados por una loba, animal sagrado enviado por su padre, y que después fueron recogidos por unos pastores.

Por ello los romanos se llamaban a sí mismos hijos de la loba.

Esta tradición ha sido combatida por historiadores modernos, arguyendo que la tal loba no sería otra cosa que una prostituta de baja estofa, ya que las tales eran llamadas *lupae*, o sea lobas en el lenguaje corriente.

De ser esto cierto, llamarse hijos de la loba no sería precisamente un apelativo cariñoso.

En Roma se conserva una estatua romana antigua representando el momento de amamantar a dos niños.

La estatua es efectivamente antigua, pero los niños son obra de Antonio de Jacopo Benci, llamado *il Pollaiuolo*, escultor del siglo XV, llamado así por ser hijo de un vendedor de pollos.

El refranero dice:

En marzo la veleta ni dos horas está quieta.

Marzo engañador, un día malo y otro peor.

No hay marzo sin cuaresma.

Marzo ventoso y abril lluvioso hacen el mayo hermoso.

Cuando marzo abrilea abril marcea.

76. MAUSOLEO

En el siglo IV antes de Cristo reinaba en la región de Caria, en el sur del Asia Menor, un rey llamado Mausolo que, según costumbre de la época y del país, se había casado con su hermana Artemisa. Profundamente enamorada ésta de su hermano y marido durante los veinticinco años de reinado, se portó como esposa fiel y abnegada. La capital del reino de Mausolo era Halicarnaso, ciudad en la que murió el rey.

Éste había convertido la ciudad en un verdadero emporio cuya belleza no tenía rival en su época, pues multitud de grandes edificios, avenidas espaciosas, jardines llenos de estatuas, convertían Halicarnaso en una ciudad envidiada por todos, y Artemisa colaboró activamente en el embellecimiento de la urbe.

Mausolo no sólo fue un gran urbanista, sino también un gran guerrero que se había apoderado de la Lidia, la Jonia e islas vecinas. Su muerte fue muy sentida por sus súbditos y sobre todo por Artemisa, que no supo consolarse de su desaparición y,

encerrada en sus habitaciones, no hacía más que llorar, resistiéndose a salir de ellas. Imaginó por fin recoger las cenizas de su amado esposo y hermano y, mezclándolas con la bebida que tomaba, hizo de su cuerpo sepulcro de su marido.

No contenta con ello, ideó construir en lo alto de Halicarnaso un monumento dedicado a honrar la memoria de Mausolo, encargando a cinco artistas griegos el cuidado de su elección. Eran Scopas, Bryaxis, Timoteo, Leochares y Pythis. El resultado fue un gigantesco edificio de cuarenta y dos metros de altura. Según parece, el propio Mausolo había tenido la idea de erigir su propio monumento funerario, pero Artemisa lo engrandeció hasta convertirlo en una de las siete maravillas del mundo.

El edificio constaba de tres cuerpos. En su base estaba la cámara funeraria, que no contenía los restos del difunto, puesto que habían sido bebidos por su esposa. Sobre la cripta, un maravilloso templo de forma rectangular rodeado de treinta y seis columnas jónicas con otras tantas estatuas y adornado con pinturas al óleo y magníficos frisos esculpidos.

Sobre todo ello se erigía una pirámide truncada rematada con una gigantesca escultura representando al rey Mausolo y a la reina Artemisa guiando un carro tirado por cuatro caballos, todo ello en mármol.

Este edificio, que servía de orientación para los barcos que se dirigían al puerto, y que era visible desde muchos kilómetros a la redonda, se conservó intacto durante mil cuatrocientos años y, sea por un terremoto ocurrido en el siglo XII de nuestra era, sea que antes, en el siglo X, fue empezado a destruirse por los turcos, el caso es que desapareció. Muchas de sus piedras fueron aprovechadas para construir una fortaleza. En 1846 un inglés llamado Charles Newton recogió algunos vestigios del edificio, entre ellos las estatuas de Mausolo y Artemisa, que pueden contemplarse hoy en el British Museum, junto a otros restos de la antigüedad que la rapacidad inglesa ha recogido por todo el mundo.

El nombre de Mausoleo fue adoptado por los romanos para designar las suntuosas sepulturas de los pocos emperadores que no fueron asesinados y cuyos cadáveres no fueron entregados a las iras del populacho.

El nombre ha sido adoptado por todas las lenguas con el significado de monumento sepulcral de grandes dimensiones edificado sobre el suelo y que en su interior tiene

una habitación donde se depositan las urnas o ataúdes. Esta definición es menos acertada que la que dice que el monumento en cuestión no contiene precisamente restos humanos de ninguna clase, lo que corresponde al edificio hecho construir por la reina Artemisa en honor del rey Mausolo, cuyas cenizas no reposaban en el templo, puesto que se las había bebido.

77. MAYO

Del latín *Maius*, de origen incierto. Según algunos historiadores, deriva de que estaba consagrado a los ancianos *maiorum* y, según otros, porque en Roma el mes estaba dedicado a la diosa Maia o *Bona Dea*.

Era ésta una divinidad romana cuya leyenda es doble. En la primera versión, *Bona Dea* era hija de Fauno, quien quiso hacer el amor con ella y como se negase a acceder a sus deseos su padre la embriagó sin tampoco conseguir nada con ello. La azotó con varas de mirto sin tampoco conseguir nada, hasta que, transformada en serpiente, consiguió unirse a ella. Ya me dirán cómo naturalmente, porque yo no lo llego a imaginar. Según otra versión, *Bona Dea* no era la hija de Fauno, sino su esposa. Era mujer hacendosa y tan pudorosa que no salía nunca de su casa trabajando siempre en ella y no conociendo a ningún hombre fuera de su marido. Un día en que encontró sobre una mesa un jarro de vino se lo bebió y se emborrachó. Al llegar el marido a su casa la castigó azotándola con ramas de mirto, dándole tal paliza que la mató. Arrepentido de su hecho, la divinizó y, a causa de una u otra paliza, según las versiones, el mirto estaba prohibido en sus templos, en los que cada año por este mes se celebraban cultos místéricos en los que estaban excluidos los hombres.

El día 3 del mes terminaban las fiestas *Floralia*, que habían empezado el mes anterior. Del 9 al 13 se celebraban las *lemurias* y el 23 se conmemoraba la invención de la trompeta por Vulcano, terminando el mes con las fiestas en honor del mérito.

En julio de 1889 el Congreso Internacional de Trabajadores acordó celebrar la Fiesta del Trabajo el primero de mayo. Tras divisiones en los partidos políticos y en el seno de las organizaciones sindicales, en 1890 se celebró por primera vez esta fiesta con varias huelgas parciales en vez de la huelga general que se había proyectado. Al

año siguiente se celebró ya en Bélgica, Italia y Francia, siempre en medio de graves desórdenes, pero a partir de aquel año la fiesta fue afianzándose y desde entonces transcurre con normalidad.

Algunos refranes de este mes:

Quien tiene dinero en mayo tiene dinero todo el año.

Guarda el sayo para mayo por si en vez de derecho viene de soslayo.

Mayo arreglado ni frío ni acalorado, ni muy seco ni muy mojado.

78. MECENAS

Se llama mecenas a toda persona poderosa o rica que protege a los hombres de letras o a los artistas, y mecenazgo a tal protección. Hoy en día se usan más las palabras *sponsor* y sus derivados porque mucha gente cree que hace más moderno. Cayo Cilnio Mecenas fue uno de los personajes más importantes de la época del emperador Augusto, de quien fue amigo y consejero. Había nacido en el año 69 a. C. en Aretium, hoy en día Arezzo, en Toscana. Ayudó a Augusto, cuando éste se llamaba solamente Octavio, a conquistar el poder. De familia noble había adquirido en Grecia una gran instrucción, era un valiente soldado y acompañó a Octavio en las numerosas guerras que éste tuvo que emprender hasta llegar a ser emperador. Mecenas aconsejaba a Augusto a dirigir con mano firme el imperio, a modificar la composición del Senado nombrando senadores a personas prudentes y experimentadas, le hizo suprimir las asambleas populares, origen de muchos disgustos, crear escuelas públicas y organizar grandes espectáculos que contentaban al pueblo.

Pero esto no hubiese contribuido a la fama del Mecenas, sino su decidida protección a los intelectuales de su tiempo como Virgilio, Propertio, Lucio Vario, Cayo Meliso, el gran trágico, y el epigramático Domicio Marso. Sabedor de que el gran poeta Horacio sufría dificultades económicas, le regaló una casa de campo en Tibur, en los montes Sabinos, de cuya renta pudo vivir el poeta sin las dificultades económicas que antes le atosigaban.

Es sabido que antiguamente los escritores, y en general todos los intelectuales, no recibían ninguna remuneración por sus escritos, viviendo sólo de la ayuda de algunos poderosos, a los que, con frecuencia, adulaban ya que sus obras

manuscritas circulaban poco. El autor entregaba su obra al llamado *editor*, quien la hacía leer a un grupo de amanuenses que, al dictado, escribían las copias que iban a ser vendidas. Se comprende así que el escaso número de ejemplares de un libro fuese buscado y pagado a peso de oro. De la Antigüedad nos han quedado, en general, aquellas obras cumbres que, por su interés especial, fueron copiadas varias veces y aun se ha de tener en cuenta que muchas de ellas en la Edad Media fueron borradas para escribir sobre el pergamino así recuperado. Muchas veces las obras escritas en los tiempos medievales son de poco interés y, cuando se sospecha que bajo ellas se encuentran textos más importantes, se intenta proceder su descubrimiento por métodos cada vez más sofisticados. Estos libros se llaman *palimpsestos*.

El poeta francés Clement Marot, en 1526, empleó, al parecer por primera vez, el nombre de mecenas con el sentido que se le da ahora. Su iniciativa tuvo el éxito que se sabe.

79. MICROBIO

Deriva de dos palabras griegas: *mikros*, que significa pequeño, y *bios*, que significa vida.

Esta palabra fue inventada, precisamente el año 1878, en el curso de una conferencia que el cirujano francés Charles Sedillot pronunció sobre la *Influencia de los descubrimientos de Pasteur en los procesos de la cirugía*: «Existen numerosísimas denominaciones para estos organismos y deberían ser más precisas, y además es necesario que sea correcta, ya que el término *microbio* tiene la ventaja de ser el más breve y posee además un significado más vasto, y ya que mi ilustre amigo Liaré lo ha aprobado nosotros lo adoptamos».

¿A qué se refería Sedillot cuando hablaba de las numerosísimas denominaciones? Cuando Pasteur descubrió estas minúsculas criaturas, no supo darles una denominación exacta, tampoco sus colaboradores y seguidores; se habló de microzoarios, microgérmenes, vibriones, animúculos, etc., pero la palabra «microbio» tuvo éxito y el propio Pasteur, que los llamaba animúculos, infusorios, aceptó la que él denominó «la nueva y feliz palabra propuesta por el señor Sedillot», gracias a lo cual la palabra «microbio» fue aceptada universalmente.

80. MIÉRCOLES

Del latín *Mercuri dies*, día de Mercurio.

Mercurio era el dios del comercio y también del robo; se ve que entre los griegos y los romanos se identifican ambas profesiones. También era el dios de los viajeros y sus templos se edificaban, en general, a la entrada de las poblaciones, fuera de las puertas por las que entraban los comerciantes y, en Roma, no lejos de su puerto, que era por donde entraban las mercancías.

Los atributos de Mercurio son el caduceo, el sombrero de alas anchas, que llevaban los viajeros para protegerse del sol y la lluvia, las sandalias aladas y una bolsa, símbolo de las ganancias que proporciona el comercio. Su imagen aparecía por los caminos en forma de un busto puesto sobre un pilar o columna en el que se grababan órganos viriles de singular tamaño.

En la versión griega de Mercurio, llamado Hermes, se le atribuyen robos cometidos cuando acababa de nacer. El mismo día de su nacimiento robó los rebaños que guardaba Apolo, nada menos que doce vacas, cien terneras y un toro. Hecho esto volvió a su cuna como si nada hubiese pasado, pero fue descubierto por Apolo, que había averiguado toda la historia gracias a su arte adivinatoria observando el vuelo de las aves.

Construyó la primera lira aprovechando la concha de la tortuga y también la flauta o siringa, llamada también flauta de Pan.

Un refrán judío-español dice: *Ni miércoles sin sol, ni viuda sin dolor, ni muchacha sin amor.*

81. MONEDA

¿Fueron los fenicios los inventores de la moneda? Parece ser que sí, pues eran buenos mercaderes que navegaban por todo el Mediterráneo y les hubiera sido difícil almacenar en sus barcos los objetos que pudieran haber sido susceptibles de trueque, pues éste era el sistema empleado antiguamente para las transacciones comerciales; así, por ejemplo, Homero dice de una armadura que valía nueve bueyes y a otra la valora en cien bueyes.

En las tribus y civilizaciones primitivas se usaba como moneda artículos de adorno, como conchas u objetos necesarios como son telas, sal, aceite de coco, cuchillos, etc.

Como se puede comprender, ello era un engorro para las transacciones pequeñas. Si en Roma servía como moneda el ganado, llamado *pecus*, de donde se deriva la palabra «pecunia» y sus derivados; más adelante se empleó el bronce en forma de lingotes. Bronce en latín es *aes*, de donde viene el verbo *aestimare*, en castellano estimar y estimación.

La acuñación de la moneda tenía lugar en un templo dedicado a Juno Moneta, de donde deriva el nombre de moneda.

Pierre Grimal, en su inestimable *Diccionario de mitología griega y romana*, dice: «Moneta la Avisadora es el sobrenombre de Juno, que se honraba en la cumbre septentrional del Capitolio, en Roma. Se la había llamado así porque, cuando la invasión de los galos (390 a. C.), las ocas sagradas que se criaban junto al santuario de la diosa dieron la alarma con sus gritos cuando el enemigo trataba de ocupar por sorpresa la colina en un ataque nocturno. El templo de Juno Moneta se levantaba en el lugar de la morada de Mantio Capitolino, el defensor del Capitolio, que había sido derrocada al ser condenado a muerte su propietario por infundir sospechas de que aspiraba a la monarquía».

En este templo se acuñaba la moneda. Se contaba que, cuando la guerra contra Pirro, los romanos, temiendo que les faltase dinero, habían pedido consejo a Juno. Esta les respondió que nunca carecerían de él si regulaban sus guerras de conformidad con la justicia. En agradecimiento por este consejo, se había decidido que la acuñación de la moneda se haría bajo los auspicios de la diosa. La acuñación estaba vigilada por tres magistrados nombrados por el Senado. Las monedas eran de bronce, oro o plata, y en estos dos últimos casos el pago que se hacía no se aceptaba hasta que las monedas hubiesen sido pesadas para evitar fraudes, la mayoría de los cuales se efectuaban recortando las monedas. Por ello, y ya en tiempos modernos, se usó el sistema de poner estrías en los bordes para evitar tal fraude.

Durante la Edad Media eran muchas las ciudades que tenían ceca en la que se fabricaba moneda. Añádase a esto que en España circulaban no sólo las monedas

emitidas en territorio cristiano, sino también las acuñadas por los musulmanes, cada una de las cuales tenía un valor distinto. Los cambistas de aquella época sabían perfectamente el valor de cada moneda e incluso la de los países extranjeros, pues, por ejemplo, en el camino de Santiago circulaban monedas de los países más diversos.

Los reyes no tenían el menor escrúpulo en alterar el valor de las monedas en curso, lo que provocaba desastres económicos fáciles de imaginar. Los falsificadores de moneda eran condenados a muerte, pero los reyes eran en general los que daban mal ejemplo amparados por su poder.

Los Reyes Católicos suprimieron la mayor parte de las cecas existentes en España, autorizándose sólo las de Madrid, Sevilla, Segovia, Zaragoza y Barcelona. En esta ciudad existe todavía la calle de la Ceca, que comunica con la plazuela de Montcada por un estrecho callejón llamado de las Moscas, que es el más angosto de la ciudad y por el que pasaban más riquezas, ya que los sacos de monedas tenían que ser trasladados a hombros hasta la citada plazuela para ser cargados en los carros que tenían que trasladar las monedas a su lugar de destino.

La calderilla catalana circuló hasta 1852, año en que se mandó recoger porque su valor real era superior al fijado en la moneda.

Caso curioso es el de las monedas marroquíes, que fueron entregadas a España por el gobierno del país norteafricano como indemnización al perder una de tantas guerras que enfrentaron Marruecos con nuestro país. Recuerdo que, en mi infancia, conseguí ver alguna de aquellas monedas: eran negras y casi cuadradas, bastante informes, y desconozco si servían para algo. Sólo sé que se las llamaba *xavos*.

SECCIÓN 5

N - O - P

82. NEFASTO

Los romanos llamaban *Dies fasti* aquellos que eran considerados sacramentalmente legítimos y de buen augurio. En su calendario figuraban con una F aquellos días en que se podían tratar asuntos civiles, judiciales o de trascendencia pública sin peligro de ofender a los dioses. Estos días fastos eran aprovechados para las grandes ceremonias religiosas o políticas, pues durante ellos se consideraba imposible que reinase la mala suerte.

Los días que no eran considerados fastos se llamaban, naturalmente, *nefastos* y durante ellos no se efectuaban otros actos que los absolutamente imprescindibles.

La palabra «nefasto», que se aplicaba en un principio a sus correspondientes días, pasó poco a poco a aplicarse a toda clase de sucesos o acontecimientos desgraciados; en este sentido es como se emplea en nuestros días.

Pero ¿por qué la palabra «fasto» ha pasado a significar lujo o fausto en el sentido de grande ornato, pompa exterior o feliz, afortunado y venturoso? En el primer sentido se deriva del latín *fastus*, orgullo, y en el segundo del latín *fasti*, citado anteriormente.

No obstante hay que considerar que, como en los días fastos los romanos celebraban las grandes ceremonias oficiales, poco a poco se identificó el fasto con el fausto. Así, por ejemplo, los *fasti* consulares eran grandes ceremonias durante las cuales se inscribía en la lista de los magistrados a quienes habían sido elegidos para ello. En realidad, los *fasti* consulares no eran más que las listas de los cónsules o magistrados, pero con el tiempo se identificaron las listas con las fiestas que se celebraban.

83. NEGOCIO

Esta palabra tiene un curioso origen. Entre los antiguos romanos, el cultivo de las artes, pintura, poesía, música y literatura, por ejemplo, era propio de gente acomodada y dedicada al ocio, y esta palabra tomó el significado de toda actividad

que no era trabajo manual, aunque en el caso de los pintores y escultores podría discutirse.

Los que no se dedicaban a estas actividades no gozaban del ocio, lo que en latín se expresaba con dos palabras: *nec*, que significa no, y *otium*, que significa ocio, de manera que toda actividad no artística, por decirlo así, era un *necotium*, es decir, un negocio.

Bastante ha cambiado el significado de esta palabra con el tiempo. Negocio significa mucho trabajo, no sólo manual sino también mental, y en el día de hoy el negociante puede encontrarse lo mismo en un fabricante de calcetines que en un pintor o escritor que aspira a vivir de sus obras.

Por mi parte debo confesar que en las tertulias de escritores o artistas de varias clases rara vez se deja de hablar de negocios; al fin y al cabo todos vivimos de nuestras actividades, y por ellas esperamos recibir una compensación económica, pero al final todos estamos de acuerdo que quien hace el negocio del siglo no somos nosotros, sino el Estado, que nos estruja con sus exigencias hasta el punto que sea él, u otros organismos oficiales, nos obligan a pagar una contribución por nuestra actividad sin tener en cuenta que hay años que no se produce nada y se está gestando lo que en algunos casos, pocos es verdad, puede ser una obra maestra.

84. NOVIEMBRE

Del latín *november*, derivado de *nove*, nueve, por ser éste el noveno mes del año en el primitivo calendario romano.

Pocas cosas dice el refranero de este mes:

Por Todos los Santos frío en los campos.

Dichoso el mes que entra con todos los Santos y sale con san Andrés.

85. OCTUBRE

Del latín *october*, derivado de *octo*, ocho, por ser, en el primitivo calendario romano, el octavo mes del año. Refranero del mes:

En octubre no molesta la lumbre.

En octubre de la sombra huye.

86. OGRO

Debo confesar que desde pequeño, cuando leía los cuentos infantiles, me han sido simpáticos los ogros y los diablos. Los pobres ogros eran engañados miserablemente por los Pulgarcitos de turno, quienes les tomaban el pelo haciendo que los pobres monstruos se comiesen a sus hijas, tal como se narra en el célebre cuento. Por lo que se refiere al diablo, era un infeliz al que se le hacía construir un puente en una noche, o una catedral, o talar un bosque, o hacer otros mil trabajos para luego verse burlado con una añagaza infantil, teniendo que volver al infierno con el rabo entre piernas. Siempre he sentido compasión por los desgraciados.

Orco era el dios de los infiernos y de él deriva la palabra «ogro». Su verdadero nombre era Hades, aunque su nombre a veces se identifica con el propio infierno. Si Júpiter era el dios de los cielos y Neptuno el dios del elemento líquido, a Orco no le quedaba más que el reino del Erebo, es decir, del infierno, en el que reinaba ayudado de sus hijas y de un dragón de varias cabezas.

Era inmensamente rico, pues poseía todas las riquezas de la tierra, podía transformar a los seres humanos en animales o vegetales y poseía un casco que le hacía invisible. Era un gigante barbudo e hirsuto, tal como viene representado en primitivas tumbas etruscas.

Fíjese el amigo lector en la similitud de este ogro mitológico con el de los cuentos infantiles. Es la supervivencia de las antiguas leyendas en la cultura cristiana.

87. ORANGUTÁN

Dice el diccionario que el orangután es un mono antropomorfo braquicéfalo, de 1,35 m de alto, cabeza de forma cónica, nariz chata, orejas pequeñas, hocico saliente, abazones grandes, piernas cortas, brazos y manos muy largos, y cuerpo cubierto de pelaje pardorrojizo y gris en la cara. Habita en las selvas de Sumatra y Borneo, y se alimenta de frutas, tallos y brotes de vegetales jugosos.

Confieso que tuve que buscar en el diccionario lo que era un abazón, que resulta ser una bolsa que tienen algunos mamíferos en los carrillos, y en la cual guardan los alimentos que no pueden tragar apresuradamente, para masticarlos despacio cuando lo desean. Según parece, la palabra deriva de *abaz*, con el significado de

aparador, mueble donde se guarda lo necesario para el servicio de la casa. Es voz anticuada.

Los orangutanes no tienen cola, tampoco callosidades disformes, tienen una alta habilidad manual y parece ser que poseen la más alta inteligencia de todos los antropoides.

En lenguaje malasio, *orangután* significa *hombre del bosque*, y así designaban los habitantes de la Malasia a sus vecinos salvajes, no se sabe si como error en la apreciación o con sentido del humor.

Parece ser que fue el naturalista holandés Bontius quien en 1635 empleó por primera vez esta palabra y describió al citado animal.

88. ORFEÓN

A finales del siglo XIX un compositor alemán llamado Gustavo Wilhelm decidió en París crear un nutrido grupo de cantantes. No sabía qué nombre dar al conjunto; llamarle coro le parecía vulgar y decidió que el nombre de orfeón era el más apropiado, pues recordaba a Orfeo, el personaje de la mitología griega dueño y señor de la música.

Era Orfeo hijo de Eagro, rey de Tracia y, según tradiciones, de Calíope, musa de la poesía lírica. Orfeo por herencia era poeta y por vocación músico, pues no se olvide que en la antigua Grecia las poesías se recitaban acompañadas de un instrumento musical. Se dice que Orfeo no sólo dominaba el arte de tocar la lira, sino que añadió dos cuerdas a la cítara, que hasta entonces tenía siete, elevándolas a nueve por razón del número de las musas.

El canto de Orfeo era tan dulce que amansaba las fieras, que le seguían dócilmente, los árboles se inclinaban a su paso y los hombres más rudos transformaban su rudeza en amabilidad.

Participó en la expedición de los Argonautas, pero, como era de constitución débil, su papel se limitó a dar ritmo a los remeros. Calmó las tempestades y cantó ante las sirenas, vencéndolas con su voz.

Casado con Eurídice, hija de Apolo, al morir su esposa, mordida por una serpiente cuando huía de Aristeo, que intentaba violarla, Orfeo, inconsolable, descendió a los infiernos, donde estaban las almas de los difuntos, para rescatarla y volverla a la

vida. En su camino hacia el Erebo, o sea las tinieblas infernales, tocando la citara encantó a todos aquellos que encontraba a su paso.

Hades, el dios de los muertos y cuyo nombre significa «el invisible», y que se procuraba no mencionar nunca, ya que, de hacerlo, se temía excitar su cólera, accedió a restituir Eurídice a su marido a condición de que Orfeo volviese al mundo seguido de su esposa sin volverse a mirarla antes de haber salido del reino infernal. Orfeo aceptó la condición y emprendió el camino desde las tinieblas hacia la luz seguido de su esposa. Cuando casi ya ha llegado al mundo dudando si Hades le había engañado, volvió la cabeza para asegurarse de que Eurídice le seguía y, al hacerlo, ésta se desvaneció y murió por segunda vez. Trató de recuperarla, pero Caronte le impidió el paso.

Caronte era el genio del mundo infernal encargado de pasar las almas a través de los pantanos del Aqueronte de la orilla terrena hasta la del reino de los muertos; éstos, en pago, debían darle un óbolo que, según antigua costumbre, se introducía en la boca del cadáver en el momento de enterrarlo.

Orfeo fue muerto por las mujeres tracias, envidiosas de su fidelidad a la memoria de Eurídice, tan grande ella que acusaron al pobre viudo de haber inventado la pederastia. Según se afirmaba, fue Afrodita quien, para vengarse de un desaire que había recibido de Orfeo, inspiró a las mujeres tracias un amor tan profundo hacia él que, no queriendo ninguna cederlo a otra, terminaron por destrozarlo.

A la muerte de Orfeo su lira fue transportada al cielo convertida en la constelación, que aún hoy se llama así. Su alma se elevó hasta los Campos Elíseos, donde cantaba a los bienaventurados vestido con un largo ropaje blanco.

89. OSCAR

Cada año millones de personas de todo el mundo están pendientes de los premios que la Academia de Ciencias y Artes Cinematográficas de Hollywood concederá a las películas, directores, actores, músicos y técnicos que considere merecedores del galardón por su labor durante el año precedente a la concesión del premio.

Éste se hace tangible, aparte de los beneficios económicos que el premio comporta, por la publicidad que se hace por una estatuilla de oro y bronce que figurará después en los carteles y propaganda esparcidos por el mundo entero.

Los premios se empezaron a otorgar en 1927 y la escultura fue encargada al artista Georges Stanley, de los Ángeles. No tenía nombre alguno y no lo tuvo hasta 1931, año en que Margaret Herrick, que luego fue miembro del jurado que otorgaba el premio, al ver la estatuilla por primera vez exclamó:

— ¡Caramba, se parece a tío Oscar!

Y así fue bautizado el galardón.

Precisemos que el Oscar en cuestión se llamaba Oscar Pierce, no era tío de Margaret sino primo, aunque entre los negociantes mayoristas de cereales y frutas entre los que figuraba, pues tal era su oficio, era conocido familiarmente con el nombre de tío Oscar.

90. PANFLETO

La palabra nos ha venido de Inglaterra a través de Francia; en puro castellano debiera decirse libelo o folleto.

En el siglo mi se publicó en Inglaterra una obra en verso titulada *Pamphilas seu de amore*; es decir, *Pamphilas o del amor*. La obra tiene un gran éxito en toda Europa durante toda la Edad Media. Por cierto que en ella aparece una alcahueta parecida a nuestra Celestina.

El título se hizo popular, transformándose progresivamente en *Pamphilet* y más tarde en *Pan flet*, y, como la comedia era satírica, se dio el mismo nombre a cualquier otra obra del mismo estilo, especialmente si era de corta extensión.

El arte panfletario ha tenido grandes cultivadores en todas partes y pueden llamarse panfletos muchas obras clásicas, entre ellas buena parte de las de Quevedo, que, naturalmente, no las llamaba así porque el nombre se ha introducido en castellano a partir del siglo XIX.

91. PÁNICO

Pan era el dios de los pastores y de los rebaños, mitad hombre y mitad animal, barbudo, astuto, lleno de arrugas, barba saliente y cuernos en la frente. Esto en lo que se refiere al rostro, pues el cuerpo es velludo, tiene patas de macho cabrío, pies con pezuñas hendidas, posee una gran agilidad, es rápido en sus desplazamientos, salta de roca en roca y se oculta entre los arbustos para espiar a las ninfas mientras se bañan. Es lo que hoy llamaríamos un *voyeur*.

No era un tipo recomendable, siempre en busca de su satisfacción sexual, importándole poco que sus compañeros en el abrazo fuesen bellas muchachas o delicados jovencitos, y por si fuera poco era un masturbador incansable.

No es de extrañar por todo ello que su presencia causase terror, un terror pánico.

Según unas versiones, Pan era hijo de Hermes y de una hija de Dríope y, al nacer, su aspecto era tan monstruoso que su madre se asustó, por lo que Hermes envolvió al niño en una piel de liebre y lo llevó al Olimpo, instalándolo cerca de Zeus, que era su abuelo, pues Hermes era hijo de Zeus y Maya. Todos los dioses del Olimpo rieron alegremente cuando vieron al pequeño Pan, nombre que se le dio por alegrar los ánimos de todos, ya que *Pan* significa *todo* en griego. Recuérdese las palabras «panamericano», «panacea», «pancromático», etcétera.

Formó parte del cortejo de Dionisio o Baco junto con los sátiros.

Muchas veces se confunde a Pan con el dios Fauno o el dios de los bosques Silvano, y es célebre la leyenda que narra Plutarco de que un día se oyeron en el mar unos misteriosos gritos que proclamaban la muerte del gran Pan. Como esto sucedió en tiempos de Tiberio, coincidiendo con el nacimiento de Cristo, los comentaristas cristianos interpretaron estas voces como un anuncio de la muerte del paganismo.

92. PANTALÓN

Los romanos descubrieron el pantalón cuando los ejércitos de César invadieron las Galias. Hasta entonces eran considerados los bárbaros que lo usaban como gente despreciable y vil. El frío que sintieron los soldados en las tierras actualmente francesas les hicieron comprender que el indumento del que se burlaban era útil y cómodo. Los galos llamaban a esta prenda *braca* y los romanos adoptaron el nombre como habían adoptado el indumento.

El emperador Augusto, que era muy friolero, llegaba a vestirse con seis túnicas una encima de otra y se cubría las piernas con unas bandeletas de lana que le cubrían desde los pies hasta los muslos y las *bracae* fueron usadas únicamente por gente baja, pero su uso se popularizó tanto que se creó una clase de sastres llamados *bracasi* que se dedicaron a confeccionarlas.

La lucha entre la comodidad y la etiqueta duró hasta entrado nuestro siglo, hasta el punto de que en el año 460 los emperadores Honorio y Arcadio decretaron que quedaba prohibido el uso de bragas en la ciudad de Roma.

La invasión de los bárbaros en toda Europa popularizó el uso de las bragas, que poco a poco fueron reduciéndose de tamaño hasta el punto de que en los siglos XII y XIII consistían en una especie de calzones que cubrían hasta la rodilla y sólo los pueblerinos y los siervos los usaban por comodidad hasta el tobillo.

Siglos después surgió en Venecia un personaje teatral ridículo que llevaba bragas y, como era vecino del barrio de San Pantaleón, se le llamó con este nombre en veneciano *Pantalón*.

Este personaje cómico representaba a un mercader avariento y lascivo, sucio y ridículo que se cree conquistador y es burlado siempre. Vestía calzas largas o bragas de color rojo que le caracterizaron hasta el punto de que el nombre de su propietario se identificase con el de su atuendo.

Sus frases, actitudes y bufonadas se llamaron pantalonadas, pero sus bragas, ya llamadas pantalones, no se extendieron por Europa hasta la Revolución francesa, cuando el pueblo revolucionado que llevaba pantalones se burló y atacó a los nobles que llevaban calzón corto, llamado *culotte*; por ello eran llamados *sans-culottes* los partidarios de la revolución.

El pantalón se hizo popular y los calzones cortos quedaron pronto relegados a ceremonias cortesanas. Aún hoy en día se usan en ciertas ceremonias oficiales en la corte de Inglaterra.

Precisamente en este país se combatió durante mucho tiempo el uso del pantalón en determinadas ceremonias. En 1812 en la Universidad de Cambridge no se permitía que los alumnos llevaran pantalón en ocasiones solemnes.

El pliegue del pantalón fue, al parecer, instaurado por el príncipe de Gales un día que se puso un pantalón que llevaba mucho tiempo doblado; como la vuelta que llevan los pantalones en su extremo cuando son confeccionados al estilo inglés se debe al mismo príncipe que, un día de lluvia, se dobló el extremo de las perneras para no mojarse demasiado. Hoy en día, en general, excepto en Inglaterra, se usan los pantalones sin vueltas, al estilo italiano.

93. PAPIRO

Antecesor del papel y el pergamino, el papiro fue la primera materia que sirvió para escribir, dejando aparte claro está los ladrillos asirio-babilónicos y su escritura cuneiforme o las inscripciones realizadas en piedras o paredes.

El papiro es una planta cuyo nombre científico es *Cyperus papyrus*, vive en Siria, Palestina y especialmente en el Alto Nilo, en donde crece en forma tan salvaje que incluso impide la navegación de las barcas que circulan por el río.

Plinio, en su *Historia natural*, explica que para fabricar lo que podríamos llamar el papel de papiro se cortaba el tronco de la planta en tiras de algo más de un metro y una anchura de pocos centímetros y se colocaban sobre un plano horizontal, una junto a otra, en forma de obtener una lámina continua; luego se colocan otras tiras en dirección perpendicular a las primeras. El papel así obtenido se mojaba con agua del Nilo y se hacía secar al sol, consiguiendo así el soporte deseado para la escritura, aunque, al parecer, se tenía que aplanar con un martillo para que la hoja fuese más lisa y plegable. En caso necesario se pintaba con cola para que aumentase su perfección.

Se servía en rollos, cada uno de los cuales era llamado *volumen*, y se unían unos rollos con otros hasta formar el definitivo. En los papiros de mejor calidad se podía escribir por las dos caras.

Como puede comprenderse, el precio del papiro era muy alto y los egipcios mantenían un monopolio casi total sobre su venta. A partir del siglo III se empezaron a encuadernar los rollos de papiro formando *códices*, constituidos por varios cuadernos unidos entre sí y reforzados con pergamino en el lomo.

La conservación de estos papiros era difícil, guardándose algunos papiros medievales, aunque los recientes descubrimientos de Qumrán han puesto de manifiesto que en un sitio seco y resguardado de los accidentes atmosféricos han hecho posible la conservación de documentos escritos en papiro que han resultado ser de extraordinaria importancia para los estudios bíblicos.

La sequedad del aire y la protección de la arena han hecho posible la conservación de muchos papiros que en otros lugares hubiesen quedado destruidos. En el Egipto helenizado la costumbre de colocar en las tumbas los objetos y enseres del difunto hizo que se encontrasen copias griegas de obras célebres; así, por ejemplo, el

cadáver de una muchacha griega tenía a su lado un ejemplar de la *Ilíada* de Homero, que debía de ser su lectura preferida. Es curioso el caso de que algunas momias egipcias venían envueltas en trozos de papiro procedentes de oficinas públicas que debían vender los legajos inservibles o caducos, y ello ha permitido que, con suma paciencia, se vayan arrancando uno a uno estos papiros que envuelven la momia y, gracias a ello, se ha podido conocer detalles sobre la vida administrativa y comercial de los antiguos egipcios.

Hoy en día la papirología, que así se llama el estudio de los papiros, tiene grandes cultivadores, entre los que cabe citar el nombre del jesuita O'Callaghan, que, a pesar de su nombre irlandés, es español.

94. PASTEURIZACIÓN

Cuando compramos un litro de leche pasteurizada o un vino pasteurizado queremos recordar el nombre del inventor del sistema. La pasteurización es el procedimiento que se emplea para conservar los vinos y otros líquidos por medio de su calentamiento, que lleva el nombre de su inventor, el químico francés Pasteur.

Luis Pasteur había nacido en Dole el 27 de diciembre de 1822 y murió en Garches el 28 de setiembre de 1895. De humilde familia, sus padres, a costa de grandes sacrificios, le hicieron estudiar, graduándose de bachiller en letras, aunque su verdadera vocación fue el estudio de las matemáticas y de la química. Lentamente, pero con seguridad, fue progresando en su carrera, llegando al doctorado en ciencias y a desempeñar una cátedra en el instituto de Dijon, siendo nombrado después profesor de química en Estrasburgo, trasladándose a París en 1857. Su vida está jalonada por una serie de descubrimientos científicos, entre los que descuella el del microbio de la rabia que le valió el reconocimiento de todo el mundo y a causa del cual el zar de Rusia quiso felicitarle personalmente.

Su vida se movió entre el ambiente familiar y sus estudios científicos. Cuando era todavía joven, y casi desconocido, aunque hubiese hecho ya algún descubrimiento importante, se casó con la señorita Laurent, hija de un profesor de Estrasburgo, en donde él enseñaba por aquel entonces. Fue un matrimonio feliz. Uno de los principales discípulos de Pasteur decía:

—La señora Pasteur ha amado tanto a su marido que hasta ha llegado a comprender lo que hacía.

Y a fe que era necesario un gran amor para comprender a este hombre sabio que sólo vivía, según parecía, para sus estudios y descubrimientos. Su esposa contaba que en la época de sus relaciones un día Pasteur hablando con su prometida, dejó escapar la siguiente exclamación:

— ¡Dios mío, estoy perdiendo el tiempo cuando tantas cosas tengo que hacer en el laboratorio!

Muchos años más tarde la señora Pasteur escribía a sus hijos: «Vuestro padre me habla poco, duerme poco, se levanta al amanecer; en una palabra, continúa la vida que comencé con él hace treinta y cinco años».

Lo de levantarse temprano era costumbre de Pasteur desde sus primeros años. Cuando era profesor en Besançon, el vigilante de noche tenía el encargo de despertarle cada día a las cuatro de la mañana diciéndole:

— ¡Vamos, señor Pasteur, es necesario no dejarse vencer por el diablo de la pereza! Pasteur había descubierto la ley de polarización del paratartrato, importante por sus consecuencias científicas y que el ilustre cristalógrafo berlinés Mistcherlich había negado como imposible; pero él, lleno de entusiasmo por su descubrimiento, exclamó radiante ante un amigo suyo:

— ¡Cómo me gustaría que estuviese aquí Mistcherlich, cómo se alegraría!

El amigo expresó sus dudas sobre la posible felicidad del científico berlinés.

— ¿Y por qué no debería estar contento? —preguntó el ingenuo Pasteur.

—No creerá usted que un ilustre e insigne científico como Mistcherlich podría estar contento de verse obligado a dar la razón a un...

— ¡A un aprendiz como yo! Ya le he comprendido. Pero ¿qué importan estas tonterías personales mientras la ciencia avanza? Por mí estoy dispuesto a cederle mi descubrimiento si ello le ha de hacer feliz.

Un día se presentó en casa de la viuda Boucicaut, propietaria de los grandes almacenes Au Bon Marché. La sirvienta anuncia a la señora que hay un señor anciano que desea ser recibido.

—Dice que se llama Pasteur.

— ¿Qué Pasteur? ¿El de la rabia?

La sirvienta va a informarse.

—Sí, es el de la rabia.

—Que pase.

Pasteur empieza a hablar. Ha pensado crear un instituto contra la rabia. Entusiasmado con su proyecto, explica sus ideas. No sólo de la rabia, sino también se ocuparía de otros problemas científicos. El hombre, callado y de pocas palabras, se exalta y deviene elocuente:

—Por eso he venido a verle y me he permitido aburrirle tal vez con mis palabras. Una pequeña cantidad bastará. Lo poco que usted, señora, estime conveniente.

— ¿Cómo no? —responde la señora.

La señora Boucicaut se sienta ante una mesita, abre un cajoncito, saca un librito de cheques y escribe. Entrega el cheque a Pasteur. Éste le da las gracias, mira el cheque y estalla en sollozos. También llora la señora. Los dos se abrazan. El cheque era de un millón de francos. Francos oro, naturalmente. Éste fue el inicio del Instituto Pasteur, de fama mundial y que existe aún hoy en día.

95. PERGAMINO

La ciudad de Pérgamo estaba situada en la región de Misia, en el Asia Menor, y fue capital de un pequeño reino fundado el año 283 a. C. por el eunuco Filetero y que luego formó la provincia romana de Asia. El nombre de pergamino dada a la piel de la res limpia, raída, adobada y estirada que se usa para escribir en ella o para encuadernaciones y usos decorativos toma su nombre de esta ciudad de Pérgamo, en donde, si no se inventó, fue célebre por el arte de prepararlo.

El pergamino sustituyó con ventaja al papiro y a las tablillas de cera usadas por los romanos.

De todos modos, la costumbre de escribir sobre pieles de animales era de uso antiguo, aunque no frecuente.

El pergamino tenía sobre el papiro, aparte de su mayor conservación, el hecho de que podía cortarse en formas regulares para constituir un libro y además la ventaja de que podía escribirse fácilmente sobre las dos caras. Representó una verdadera revolución en la técnica del libro.

Quien haya visitado museos o catedrales habrá admirado los monumentales antifonarios, que con sus grandes letras permitían que los canónigos o miembros de una comunidad religiosa pudiesen ver desde sus asientos en el coro el texto de los cantos rituales.

Por desgracia, muchos de estos antifonarios fueron destruidos arrancando sus hojas para servir de elemento decorativo en pantallas u otros objetos en casas de gente que no se da cuenta de la barbaridad del hecho. Menos mal que para dar pasto a la demanda muchas de estas hojas de antifonarios son copias modernas más o menos bien hechas.

En la Edad Media todo se escribía sobre pergamino, lo que produjo una escasez de ellos, por lo que se recurrió en muchos casos a borrar la escritura anterior para escribir de nuevo sobre el pergamino así recuperado. Estos manuscritos se llaman palimpsestos. En muchos de ellos se borraron textos de la Antigüedad clásica para escribir obras eclesiásticas, hoy sin ningún interés, o contabilidad de conventos y señoríos. Se necesita una técnica especial para descubrir los textos primitivos bajo las inscripciones posteriores, pero gracias a ello se han recuperado obras maestras de autores griegos y latinos.

96. PETRÓLEO

Desde la más remota Antigüedad ha sido conocida la existencia del petróleo, pues ya es mencionado muchas veces en la Biblia. Los egipcios lo empleaban como elemento necesario para la conservación y momificación de los cadáveres y también como fines medicinales, ya que se consideraba que si el petróleo conservaba la carne muerta también podría servir para la conservación y cura de la carne viva.

En Nínive y en Babilonia se empleó el asfalto en lugar de cemento en la construcción de sus monumentales edificios, y los árabes lo empleaban también en sus recetas médicas.

Como combustible se usaba en la misma Babilonia en lugar de aceite, aunque sólo por las clases bajas debido al mal olor que proporcionaba y el riesgo de incendio que comportaba. Tal vez por ello, y ante la influencia oriental, en el Talmud judaico se recomienda no usarlo en el día sabático, que comprende desde el anochecer del viernes hasta el anochecer del sábado.

El petróleo es mencionado con distintos nombres por los autores de la Antigüedad como Herodoto y Estrabón.

En Persia los sacerdotes adoradores del fuego sagrado recogían el petróleo en botellas y lo enviaban a las más lejanas provincias del imperio; como el fuego duraba muchos días, el pueblo veía en ello un signo sagrado. Más prosaicamente servía también como vermífugo, en especial contra la tenia.

Parece ser que la primera mención de la palabra «petróleo» se produce en Francia en el siglo XIII. En un documento se habla de un aceite que surge entre las piedras: *«Por ce la claime l'en pétrole que c'est une huile que l'en fait de pierre»*. La palabra está compuesta por dos voces latinas: *petra*, que significa piedra, y *oleum*, que significa aceite. La voz ha tenido tanto éxito que hoy es usada internacionalmente con las pequeñas variantes que se pueden producir según el genio de cada lengua: petróleo en castellano, *petrolio* en italiano, *petrole* en francés, etc.

En la época moderna, en Estados Unidos, se usaba el petróleo como medicamento. Había quien envolvía sus pacientes reumáticos o artríticos con vendas y trapos mojados en petróleo y se consideraba que era un buen remedio contra la caída del cabello. No sé si todavía se vende en Francia el petróleo Hahn o en España el petróleo Gal, que gozaron de tanto predicamento hace algunos años.

En Estados Unidos se dio el caso curioso de que propietarios de terrenos, que perforaban el suelo en busca de agua para su ganado, al encontrar petróleo vendían sus propiedades por cuatro cuartos por considerar que su propiedad no valía nada. Hoy sus herederos deben tirarse de los pelos.

Cuando investigadores americanos, alemanes y rusos fueron descubriendo sistemas de refinado, el petróleo se convirtió en el maná más deseado por la humanidad. Propietarios americanos que hacían servir el petróleo para unto de carros se vieron convertidos de la noche a la mañana en poderosos millonarios. La fortuna de los Rockefeller se basó en la explotación de pozos petrolíferos y fue el fundador de la dinastía quien tuvo la genial idea de fabricar lámparas que regalaba a todo el mundo que las pedía, y claro está para alimentarlas necesitaban comprar petróleo a quien parecía ser generoso donante. Así Rockefeller introdujo el uso de las lámparas de petróleo en todos los rincones del país, y, animado por el éxito, regaló a los chinos millares de lámparas, con lo que los convirtió en habituales clientes.

De combustible para la iluminación, el petróleo refinado se convirtió en indispensable para los motores de explosión, cuyas consecuencias vivimos ahora. La gasolina derivada del petróleo se ha convertido en el motor de mil transacciones de todo tipo y hoy en día se ha acuñado una nueva palabra, «petrodólares», para designar las ingentes sumas de dinero que el petróleo genera.

Gracias a los petrodólares, países que hace cincuenta años eran pobres y miserables son ahora potentes y poderosos, saben que el abrir o cerrar una espita puede producir una euforia o un caos mundial. Esto y el integrismo islámico son amenazas latentes que pesan sobre la civilización occidental y por ello sobre la paz mundial.

97. PIANO

La palabra *italiana piano* tiene, entre otros, dos significados a subrayar. *Parlare piano* puede significar lo mismo hablar despacio o hablar suavemente en voz baja. Esta última acepción es la que motiva que se llame así al instrumento musical por todos conocido.

Existía desde tiempo antiguo el clavicémbalo, instrumento que se puntea, y el clavicordio, instrumento de pulsación. Este último parece que deriva del *Ganon* árabe, que fue conocido por los europeos en tiempo de los cruzados.

En 1711 Bartolomeo Cristofori, italiano de Padua, pero que puede ser considerado florentino por haber vivido casi toda su vida en Florencia, en donde murió, presentó un instrumento que él llamó *clavicémbalo col piano e forte*, que al parecer había inventado años antes, probablemente hacia el 1702. Otros inventores, como el francés Mallos o el alemán Schroeter, pretendieron ser los inventores de tal instrumento, pero el primero data su invención en 1716, en que la presentó a la Academia de Francia, y el segundo en 1721 en la corte de Sajonia.

Este *piano forte* o *forte piano*, como se le llamó también y que se ha abreviado con el nombre de piano, no tuvo éxito en el primer momento. Se decía que su sonido era demasiado fuerte comparado con el del delicado clavecín. Cristofori, amargado por el fracaso, renunció a construir más pianos, pero algunos alumnos suyos continuaron construyéndolos, y algunos cantantes, como el célebre castrado Carlo Broschi, llamado Farinelli, lo prefirió al clavecín para acompañar sus cantos, que

cautivaron a los reyes Felipe V y Fernando VI de España y que tuvo que retirarse de la corte española cuando Carlos III declaró que los capones sólo le gustaban en la mesa.

Todos estos pianos eran de cola; sólo en 1739 se construyó el primer piano vertical. A finales del siglo XVIII un alemán, llamado Sebastian Erhardt, que al trasladarse a París se llamó Erard, empezó a construir pianos casi en serie, es decir en la serie que permitían las industrias de la época y, según se dice, y afirmó siempre Erard, inventó los pedales en 1780.

Pronto la fabricación de pianos se hizo popular en todo el mundo; en Francia, Pleyel y Gaveau se hicieron célebres; en Alemania, Grotian-Steinweg, y en América, la casa Steinway, fundada por Heinrich Steinweg y sus hijos, que americanizaron su apellido alemán, se hicieron célebres en el mundo entero.

Hoy las casas japonesas, como la Yamaha, han popularizado los pianos con su industria a gran escala. Según me han dicho algunos concertistas, los pianos japoneses son muy buenos, pero de vida corta.

Por las fechas de la invención del piano y de su fabricación en cantidades suficientes para hacerles populares entre los compositores, se comprende que Haydn, Mozart o Clementi, por ejemplo, no usaran el piano hasta sus últimos años. Así Beethoven ya lo usó en sus composiciones.

98. PIJAMA

La palabra india *jama* quiere decir vestido y *pae* significa piernas; las dos corresponden a los pantalones holgados, generalmente blancos, que acostumbramos a ver en las fotografías de los naturales de la India. Como este detalle indumentario pareció cómodo a los colonizadores ingleses, fue adaptado por ellos como vestimenta para andar por casa o para ir a la cama.

La cosa no se hizo sin dificultades, pues los partidarios de la camisa de dormir criticaban la nueva moda indicando que una camisa era mucho más cómoda que no el nuevo pijama, pues permitía más facilidad de movimientos y las piernas quedaban más libres. Incluso afirmaban que el pijama era indecente, pues para hacer el amor se necesitaba sacarse los pantalones, indicando con ello la voluntad

de fornicar, mientras que el natural arremangarse de la camisa parecía más honesto y menos lascivo.

La palabra llegó a Inglaterra a comienzos del siglo XIX y a mediados del mismo siglo recalaba en Francia, pero la vestimenta no se impuso hasta mucho más tarde, pues, todavía a principios de este siglo, la batalla entre partidarios del pijama y de la camisa no había terminado. Hoy en día, aunque quedan algunos partidarios de la camisa, el pijama ha ganado la partida. Existen pijamas para la noche y otros para el día; éstos, especialmente femeninos, tuvieron su mayor auge en los años veinte y treinta.

Una bonita anécdota es la que protagonizó el general español Valeriano Weyler, que era muy tacaño. Un día uno de sus hijos le dijo:

—Papá, necesito tres duros para comprarme un pijama.

— ¿Y eso qué es?

—Es para dormir.

—Para dormir no se necesita más que sueño.

Y no soltó ni una peseta.

99. PORCELANA

¿Cuál es el origen de esta palabra? Algunos autores dicen que viene en línea directa del italiano *porcella*, la hembra del cerdo, por una comparación entre la concha univalva de algunos moluscos y la vulva del citado animal. En realidad, la llamada *Concha Venerea* se llamaba ya porcelana antes de que apareciesen en Europa las primeras muestras de porcelana china.

Los chinos inventaron la porcelana, según parece en la época de la dinastía Han, que duró desde el 206 a. C. y el 220 d. C., aunque tal atribución parece un poco exagerada. Lo cierto es que durante el período Tang, hacia el año 700 de nuestra era, ya se encuentran muestras de tal producto. Algunas de ellas llegaron a Europa a través del imperio bizantino y fueron, en especial, los venecianos los primeros que comerciaron en porcelana. En el siglo XIII Marco Polo, que estuvo al servicio de Kublai Kan, habla ya en su obra *El millón* de porcelanas que había visto en la ciudad de Tiun Chu y dice que allí los habitantes se sirven de platos grandes y pequeños de porcelana. Por cierto que una frase del texto habla de la «porcelana blanca que se

encuentra en el mar», lo cual hizo creer que se fabricaba a partir del nácar de las conchas marinas.

Los vasos y jarrones de porcelana eran tan raros y tan apreciados que se citaba como cosa importante que el florentino Lorenzo el Magnífico había sido obsequiado por el sultán de Egipto con un jarrón de porcelana y Rabelais cita entre las cosas raras botellas de porcelana.

Los navegantes portugueses descubrieron la ruta de la India en 1498, visitaron la China en los primeros decenios del siglo XVI y entre las rarezas que introdujeron en su país y en Europa se encontraban utensilios de porcelana. Más tarde los holandeses llevaron a Europa cargamentos enteros de porcelana, situándose en Delft el centro de contratación más importante, hasta el punto de que muchos años después, imitando a los chinos, empezaron a fabricarla.

Fue en 1709 cuando en Europa se descubrió el secreto de la fabricación de la porcelana. Hasta entonces se había conseguido fabricar la llamada porcelana tierna, que no daba el resultado de la auténtica, pues era muy frágil. Fue un alquimista alemán llamado Juan Federico Boettger que, buscando la piedra filosofal en el castillo de Augusto, rey de Polonia, encontró el método para obtener un gres durísimo con el que luego, añadiéndole el caolín de Colditz, consiguió una verdadera porcelana. En Meissen se levantó la primera manufactura de porcelanas de Europa que durante el siglo XVIII invadió las mansiones señoriales del continente. Se quiso mantener secreto el método de fabricación, pero algunos técnicos de Meissen se trasladaron a Viena, otros a Venecia y a Nápoles. De este último reino era monarca el que luego fue rey de España Carlos III, que, a imitación de la porcelana de Capodimonte, fundó, cerca de Madrid, la fábrica de porcelanas del Buen Retiro.

En Francia, concretamente en Sévres, que fabricaba porcelana tierna y que en 1760 pasó a ser llamada Manufactura Real, se inició la fabricación de porcelana en 1768.

Desde entonces la producción de porcelana se extendió por toda Europa y luego a todo el mundo, aunque las antiguas fábricas conservan el prestigio inicial, y así se habla de porcelana de Sajonia, de Sévres, Limoges o de Staffordshire, cuyos productos hacen las delicias de los aficionados.

SECCIÓN 6**P - Q - R - S - T - U - V - W - X - Y - Z****100. QUIMERA**

El diccionario dice que quimera es aquello que uno se imagina como posible y verdadero, no siéndolo.

En la mitología griega la Quimera era un animal fabuloso de formas muy diferentes según las diversas versiones que de ella se daban. Según una, tenía cabeza de león, cuerpo de cabra, en la parte trasera era una serpiente. De casta le venía al galgo, pues Quimera era hija de Tifón y de una víbora llamada Equidna, y el tal Tifón dice Pierre Grimal, en su impagable *Diccionario de mitología griega y romana*, que era «un ser intermedio entre un hombre y una fiera. Por la talla y la fuerza superaba a todos los restantes hijos de la Tierra; era mayor que todas las montañas, y a menudo su cabeza tocaba el cielo. Cuando extendía los brazos, una de las manos llegaba a Oriente, y la otra, a Occidente, y en vez de dedos tenía cien cabezas de dragón. De cintura para abajo estaba rodeado de víboras. Tenía el cuerpo alado, y sus ojos desprendían llamas». Se comprende que con un padre así la Quimera saliese como salió.

La Quimera aterrorizaba la tierra de Licia, cuyo rey Yobates no sabía qué hacer para librar a su pueblo de tal monstruo, cuando en el momento oportuno apareció Belerofonte, hijo de Poseidón, cuya vida era no ya una novela sino un culebrón, quien en una cacería había matado a un hermano suyo, según unas versiones, o a un tirano de Corinto según otras. Sea como fuere, Belerofonte llegó a Tirinto, ciudad en la que reinaba el rey Preto, cuya esposa Estenebea se enamoró de Belerofonte y le requirió de amores. Aunque tentado por la belleza de la reina, el joven se negó a mancillar el tálamo del rey. Rabiosa, Estenebea acusó a Belerofonte ante el rey de que el joven le había hecho proposiciones deshonestas, que ella indignada había rechazado. Preto entonces no quiso violar las leyes de la hospitalidad matando a quien él creía culpable de un intento de seducción. Por ello, no queriendo matarle personalmente, le envió a su suegro Yobates, rey de Licia, para que éste le diese muerte.

Yobates recibió a Belerofonte con grandes muestras de alegría y más cuando su hija se enamoró del joven visitante. No queriendo tampoco él matar a su huésped, creyó cumplir el mandato exponiendo al joven a los mayores peligros esperando que sucumbiría.

La primera proeza la cumplió Belerofonte venciendo a los Solines, pueblo belicoso enemigo de los licios, saliendo vencedor de la prueba. Luego tuvo que luchar contra las amazonas, a las que también venció y, por fin, se le encomendó matar a la Quimera.

«La noche antes de emprender el viaje vio en sueños a la diosa Minerva, que le presentaba una brida de plata con la que domaría el caballo Pegaso, gran aliado e insustituible compañero en la empresa que pensaba acometer. A la mañana siguiente vio a Pegaso bebiendo agua en la fuente Pirene, le echó la brida y, saltando sobre él, se remontó por los aires hacia la mansión de la Quimera, a la que disparó desde su alado caballo una granizada de flechas tan cerrada y certera que el animal se debatía entre la vida y la muerte. Belerofonte descendió a tierra con su jabalina de punta de plomo, la embistió con gran pujanza. La Quimera, sacando fuerzas de flaqueza, se empeñó en abrasar al héroe en las llamas que arrojaba por la boca sin cesar, pero fue para su perdición, pues el plomo, al contacto del fuego, se derritió, penetró por las fauces de la fiera y le quemó las entrañas.

»Grande sobremanera fue la sorpresa de Yobates e inmensa la alegría que experimentó su bella hija al tener de nuevo en su palacio al valeroso cazador. El rey, agradecido por el imponderable beneficio de haber librado al país de tan espantoso monstruo, y persuadido de que solamente un ser de raza divina habría salido ileso de las pruebas a que le sometió, le dio gustoso la mano de su hija, y le prometió que a su muerte sería el heredero del trono».

La aventura tuvo un final feliz, pues Belerofonte se casó con la hija del rey, de la que tuvo dos hijos y una hija que tuvo una aventura con Zeus.

Para terminar digamos que Belerofonte volvió a Licia para vengarse de Estenebea, que le había calumniado, pero ésta huyó a lomos del caballo alado Pegaso, pero en su huida fue desmontada, cayó al mar y se mató. El caballo volvió hacia su amo que, lleno de orgullo, quiso, montado en él, elevarse hasta el Olimpo, pero Zeus le precipitó a la tierra y lo mató.

101. QUÍMICA

Naturalmente, la palabra «química» deriva de la palabra «alquimia» que figura en otro apartado. Pero ¿cuándo se efectuó este cambio? Es difícil contestar a esta pregunta, puesto que el paso de la alquimia a la química no se produce en un momento preciso, sino lentamente y durante mucho tiempo anduvieron mezcladas una y otra.

Puede decirse que fue el inglés Roberto Boyle quien, en su estudio sobre la composición de los cuerpos, fue el primero en definir a la química como ciencia independiente y por su teoría sobre la química de los gases, que él llamó química neumática, dio el primer paso importante para el desarrollo.

G. E. Stahl desarrolló la primera teoría científica de importancia, la del flogisto, según la cual las sustancias combustibles y los metales que al calentarse se transforman en cales (hoy se diría que se oxigenan) contenían una sustancia común, el flogisto, que perdían en la combustión. Partiendo de la hipótesis, errónea, su estudio de algunos fenómenos químicos tuvo una importancia decisiva.

Con todo, fue Lavoisier quien inició efectivamente la química moderna. Sus experimentos fueron decisivos para demostrar el error de la teoría del flogisto. Desgraciadamente, durante el Terror, Lavoisier fue guillotinado. Es célebre la frase por la que se le envió al cadalso. El acusador dijo sencillamente:

—La República no necesita sabios.

¡Pobre Lavoisier! Después de haberlo guillotinado, se dieron cuenta de que era inocente del crimen de que le habían acusado de haber oprimido al pueblo en su cargo de recaudador de impuestos. Se le había acusado, junto con otros, de haber robado 130 millones al Estado, de haber sido espía del extranjero, de haber mojado el tabaco para aumentar su peso, para que así pagasen más en la aduana y al infeliz Lavoisier no se le perdonó la idea que había tenido para evitar el contrabando que se hacía en París. Había ideado y hecho construir un verdadero muro antifraude que costó treinta millones y, aunque fue embellecido con agradables construcciones en los puntos clave, los parisinos indignados no se lo perdonaron. El duque de Nivernais, mariscal de Francia, decía que el autor de aquel proyecto tenía que ser ahorcado, mientras que se cantaba en París una canción que decía:

*Pour augmenter son numéraire
Et raccourcir notre horizon
La ferme a jugé nécessaire
De nous mettre tous en prison.*

La *ferme* era el conjunto de impuestos que debían pagar los ciudadanos a los llamados *Fermiers généraux*, que pagaban una cantidad fija al Estado, quedándose con la diferencia, lo que creaba grandes injusticias.

Buena parte de la responsabilidad de la ejecución de Lavoisier la tuvo Juan Pablo Marat. Era éste hombre orgulloso, envidioso y colérico. Médico de profesión y aficionado a la física, no perdonaba a Lavoisier que en 1780 hubiese emitido un juicio negativo sobre algunos pretendidos descubrimientos físicos de Marat, y así, doce años después, en su periódico *L'ami du Peuple* escribía: «Os denuncio al corifeo y charlatán señor Lavoisier, aprendiz de químico, ladrón, director de la pólvora y del salitre, que encerró a París en una cárcel e interrumpió la circulación del aire con una muralla. ¡Ojalá le hubiesen ahorcado en un farol el 6 de agosto!»

Hablando un día el sabio Lagrange con su colega Delambre, pronunció sobre Lavoisier una frase definitiva:

—Bastó un solo instante para hacer caer aquella cabeza y quizá necesitaremos un siglo para tener otra igual.

102. SÁBADO

Del hebreo *shabbath*, descanso.

Es el nombre del séptimo día de la semana hebraica, el nombre de los días de la cual se referían a ésta así; por ejemplo, lo que nosotros llamamos domingo se denominaba primer día después del sábado; el lunes, segundo del sábado y así sucesivamente. En el judaísmo, la observación del reposo sabatino era, y es todavía para los judíos ortodoxos, algo sagrado. El sábado, como los demás días de la semana, empieza al anochecer del día precedente y termina al anochecer del propio sábado. En todo este tiempo es obligatorio el reposo absoluto, no se puede condimentar comida, encender fuego, comprar o vender e incluso andar más de mil

quinientos pasos. También estaba prohibido atacar al enemigo en tiempos de guerra, aunque era lícito defenderse en caso de ser atacado. De ello se valieron los romanos para preparar en sábado sus máquinas de guerra, ya que durante el día de reposo, al no atacar a los judíos, éstos no pensaban en defenderse.

Recuérdese que en el Evangelio de san Mateo se habla de los fariseos, que no admitían que una persona hambrienta cogiese espigas para comer su grano. La prohibición llegó a tal extremo que entre los esenios no sólo estaba prohibido mover cualquier objeto, sino incluso satisfacer las necesidades naturales. No sé cómo debían arreglarse los enfermos de próstata.

Para los hebreos, el origen de la festividad se basa en el Génesis, en donde se dice que Dios, después de haber creado el cielo y la tierra y cuanto en ellos se contiene, al séptimo día descansó.

La palabra *shabbath* significa también *aquelarre* o asamblea que celebran diablos, brujos y fantasmas. «En la Edad Media se tuvo la convicción de que los hechiceros y las brujas se reunían las noches de los sábados en lugares apartados, conseguían allí por sus artes que se les juntara el propio Lucifer, y presididos por éste celebraban orgías desenfrenadas, que se prolongaban hasta que los gallos con sus cantos anunciaban el nuevo día. Pretendíase que en estas juntas se pronunciaban conjuros para provocar toda suerte de calamidades contra las personas y sus bienes y se generalizaron tanto semejantes conciliábulos, que llegaron a convertirse en verdaderas plagas sociales. En realidad, no se redujo todo a una farsa ni a un embuste fraguado en la imaginación de las multitudes, sino que en muchos casos tuvieron, en efecto, lugar las expresadas reuniones, desprovistas, como puede suponerse, de todo lo sobrenatural que se le asignaba, y reducidas a orgías obscenas de gente amoral, fanática y malintencionada. En los restantes casos, se trataba de pobres histéricos o embrutecidos por los narcóticos, cuya acción, por absorción cutánea generalmente, les determinaba accesos en los que se sugerían escenas que su calenturienta imaginación tomaba como una realidad al despertar».

Para llegar al lugar en que se celebraba el aquelarre se decía que las brujas se frotaban el cuerpo con un ungüento especial que contenía, imaginariamente claro está, grasa del caldo de niños hervidos, preferiblemente sin bautizar, al que se añadía jugo de apio silvestre, acónito, belladona y hollín. Existían otros medios

como, por ejemplo, comer los sesos de un gato o emborracharse. Creo que en este último sistema debe encontrarse la explicación de muchas visiones, pues estando borracho se pueden imaginar muchas cosas.

Una vez llegados al aquelarre, hombres y mujeres rendían adoración al diablo y, según se dice en un tratado de hechicería de 1626, citado por Robbins: «Una vez reunidos, estos seguidores del diablo suelen encender una hoguera espantosa, fétida. El diablo preside la asamblea desde un trono, adoptando una forma terrible, de cabra o perro, y los asistentes se aproximan a él para adorarlo, pero no siempre de la misma manera. Pues unas veces doblan la rodilla, como suplicantes, y otras se quedan de pie, dando la espalda, mientras que en otras ocasiones agitan las piernas en el aire a tal altura que se les dobla la cabeza hacia atrás y apuntan con la barbilla hacia el cielo. Se vuelven de espaldas y, caminando hacia atrás como los cangrejos, tienden las manos para tocarlo y suplicarle. Cuando hablan vuelven la cara hacia el suelo; y todo lo hacen de una forma ajena a la costumbre de los demás hombres. Después le ofrecen velas negras como la pez, o cordones umbilicales de niños pequeños; y le besan las posaderas en señal de homenaje (*ad signum homagii eum in podicem osculantur*). Tras estas y otras abominaciones semejantes, cometen aún más infamias execrables».

Después de la adoración al diablo se celebraba un banquete. Según el autor citado, que a su vez copia varias declaraciones de mujeres procesadas por brujas, «se preparan una mesas y los asistentes se sientan y comen los manjares que les ha dado el diablo o que han llevado ellos. Pero todos cuantos se han sentado a estas mesas confiesan que la comida tiene un aspecto o un olor repulsivo y que provoca náuseas aun al más hambriento... Dicen que se sirve de todo en abundancia, salvo el pan y la sal. La bebida que toman sirve para excitar y preparar la carne para los excesos de la lujuria... La carne que normalmente comen es de niños pequeños, que guisan y preparan en la sinagoga. A veces los llevan vivos, tras robarlos en las casas a las que pueden entrar. No utilizan cuchillos en la mesa por temor a que se entrecrucen..., tampoco tienen sal, que representa la sabiduría y el entendimiento; no conocen las olivas ni el aceite, que simbolizan la misericordia».

Tras el banquete se celebraba una fiesta, y a continuación se unían sexualmente los concurrentes en forma indiscriminada. «Una vez concluido el baile, las brujas se

entregaban a la cópula, el hijo con su madre, el hermano con la hermana, el padre con la hija, el incesto lo dominaba todo». Pero no se crea que la orgía era agradable. He aquí el testimonio de una muchacha de dieciséis años presentado por De Lancre: «Declaró que a la hora de aparearse, vio que todos cometían incesto y violaban las leyes de la naturaleza. Admitió que la había desflorado Satanás y que la habían conocido carnalmente infinidad de veces un familiar suyo y otros hombres que consintieron en penetrarla. Añadió que temía copular con el diablo, porque su miembro era escamoso y le causaba un dolor extraordinario; además su semen era sumamente frío, tanto que nunca la había dejado preñada, ni tampoco los hombres normales que habían copulado con ella en el aquelarre».

De modo que, según ellos o ellas, la cópula era desagradable y dolorosa, pero, a pesar de ello, la practicaban. Aunque todo era imaginación, no lo entiendo.

Del refranero:

Sábados a llover, viejas a beber, putas a putecer.

Sábado sabadete camisa limpia y polvete.

No hay sábado sin sol ni doncella sin amor ni callejuela sin revuelta ni vieja que no sea alcahueta.

No hay sábado sin sol ni doncella sin amor ni casada sin dolor ni viuda sin pretensión.

103. SÁNDWICH

John Montagu, cuarto conde de Sandwich, fue un hombre político inglés, nacido en Hinchinbroke el 3 de noviembre de 1718 y muerto en Londres el 30 de abril de 1792. Gran administrador, siguió la carrera militar y fue lord del Almirantazgo, vicetesorero de Irlanda, embajador en Madrid y secretario de Estado.

Hombre violento, de carácter colérico y atrabiliario, dado a la gula y al buen vino, debe su fama a su vicio de jugador empedernido. Pasaba horas enteras ante la mesa de juego y para no perder tiempo a la hora de la comida se hacía traer rebanadas de pan entre las cuales ordenaba poner tajadas de carne, manjar que iba comiendo mientras sus compañeros echaban las cartas o tiraban los dados.

El sistema fue prontamente popular y todo aquel que necesitaba comer rápidamente, en un viaje por ejemplo, se hacía preparar una comida al estilo del

conde de Sandwich. A veces la carne era sustituida por el jamón o embutidos que pronto pasaron a llamarse sándwiches.

Este nombre común pasó a todas las lenguas, aunque se han hecho esfuerzos para sustituirlo por otras voces autóctonas. En España, por ejemplo, se emplea mucho la palabra «bocadillo» o «emparedado», pero el turista que nos visita continúa pidiendo sándwiches.

Mientras Sandwich era lord del Almirantazgo, el capitán James Cook descubrió unas islas a las que dio el nombre de Sandwich, pero que siempre han sido más conocidas por el nombre de Hawai.

104. SETIEMBRE

O septiembre, que de ambos modos puede escribirse, aunque esta última forma es más fiel a la palabra latina *september*, derivada de *septem*, siete, por ser este mes el séptimo del primitivo calendario romano.

De este mes el refranero dice:

Setiembre o lleva los puentes o seca las fuentes. (Hace alusión a las tempestades bruscas que suelen darse en este mes).

Setiembre, el que no tenga ropa que tiemble.

Del mes que entra con abad y acaba con fraile, Dios nos guarde. (Alude a que el primer día del mes es la festividad de san Gil y el último la de san Jerónimo).

Setiembre es bueno si del primero al treinta pasa sereno.

Setiembre benigno, octubre florido.

105. SÍFILIS

Sobre este tema escribí un artículo que puede leerse en la segunda serie de mis *Historias de la Historia*. Copio algunos de los párrafos, suprimo o modifico otros y añado algunos más.

En 1530 se publicó en Verona un libro titulado *Syphilis sive morbus gallicus*, es decir, «Sífilis, o sea, del mal francés»; su autor era Jerónimo Fracastoro, médico y poeta en sus ratos libres. El libro narra la historia del pastor Sífilis, quien, por haber insultado a Apolo, es castigado por éste con la gran enfermedad de las bubas. Por cierto que en la traducción francesa el libro lleva el título de *Syphilis ou le mal*

venerien, sin hacer alusión alguna al origen francés de la enfermedad que en realidad es falso.

De todas las enfermedades venéreas la que más tinta ha hecho correr, desde el punto de vista histórico, ha sido la sífilis, sobre todo en lo referente a su pretendido origen americano. Hoy esta opinión se ve científicamente abandonada, pero es popular aún. Si fuese verdad, sería de admirar la resistencia física de los compañeros de Colón que, descubriendo América en octubre de 1492, habían sido capaces de infectar a toda Europa a mediados de 1493. En poco más de medio año la tripulación de las carabelas colombinas derrotaba a don Juan Tenorio en forma aplastante.

Ahora bien, los sabios han descubierto lesiones características de la sífilis en huesos de la época prehistórica (Le Baron, *Lésions oseuses de l'homme préhistorique en France et Algérie*, París, 1881, p. 18), y los griegos y romanos conocían de sobra las enfermedades producidas por la disipación. «Los antiguos querían injuriar a los dioses, que habían otorgado a los hombres el beneficio del amor, acusándolos de mezclar un veneno eterno a tal ambrosía; no querían que Esculapio, inventor y dios de la Medicina, lidiase a brazo partido con Venus, intentando curar las venganzas y castigos de la diosa. En una palabra, las enfermedades de los órganos sexuales, poco conocidas y poco estudiadas, tanto en Grecia como en Roma, se escondían, se disimulaban como si marcasen con signo de infamia a los atacados por ellas, que se curaban a escondidas gracias a hechiceros y vendedores de filtros mágicos». (P. L. Jacob, *Recherches historiques sur les maladies de Venus...*)

No es cuestión ahora de seguir paso a paso la historia clínica de la sífilis a través de sus historiadores medievales. En el siglo mil Guillermo de Salicet habla «*De corruptionibus quae fiunt in virga circa praepuHum, propter coitum cum meretrice vel faedo*», y su descripción no deja ninguna duda sobre la existencia de accidentes secundarios sífilíticos. Podría citar, pues, una serie de textos anteriores a 1492 que demuestran la existencia de tal enfermedad antes del descubrimiento de América.

Sólo anotaré una curiosa carta de Pedro Mártir de Anglería, el simpático milanés que de tan gran favor gozó en la corte española de los Reyes Católicos y que tanto hizo por el renacimiento en España de las letras griegas y latinas. Está dirigida al

portugués doctor Arias, profesor de griego en la Universidad de Salamanca, y uno de los párrafos dice así:

«Me escribes con libertad tú que has caído en la enfermedad propia de nuestro infortunio, la cual se llama según el nombre español de bubas, los italianos *morbo gallico*, algunos médicos elefantiasis, y otros de distinta manera; lamentas tu lúgubre desgracia y tus aflicciones, la torpeza de las articulaciones, el embotamiento de las articulaciones, dices que son agudos los dolores de todas las articulaciones, expones con elocuencia digna de lástima el excesivo hedor de úlceras y boca, te quejas, te lamentas, deploras. Te compadezco, amicísimo Arias, y desearía que tú estuvieras bien, pero de ninguna manera es lícito al demasiado sabio la asfixia en las adversidades o levantarse en las prósperas; más aún, se dice que los golpes de la fortuna se han de llevar uniformemente y con espíritu incansable».

La fecha es precisa: cuatro años antes del descubrimiento de América se nos describen los síntomas del mal con precisión que no deja lugar a dudas: dolor intenso de las articulaciones, atroces sufrimientos, incapacidad de moverse, debilidad, pesantez e hinchazón de los miembros, úlceras bucales, fetidez de aliento, *et sic de coeteris*. No cabe duda del mal que aquejaba al pobre doctor Arias. Ahora bien, existen dos ediciones de las obras epistolares de Pedro Mártir de Anglería, una de 1530 y la otra de 1670. La epístola citada es la 68 del libro primero. La he transcrito tal como viene traducida —la original está en latín— del libro de Eduardo Isla Carande *La leyenda negra y el mal francés*, obra de gran interés y que recomiendo a mis lectores. Pero en la versión latina que da Comenge en su libro *Clínica egregia* se lee sólo «*qui appellatione hispana Bubarum dicitur, incidisse praecipitem*», y, según dice, la copia de la edición de 1670 publicada en Amsterdam. Primer problema: si la carta copiada por Isla procede de la edición de 1530 cabe preguntarse si las palabras *morbo gallico* aparecen o no en el original y fueron suprimidas en la edición de 1670, ya que la denominación del mal francés ha de ser posterior a la campaña que el rey Carlos VIII de Francia llevó a cabo contra Nápoles en marzo de 1495. Por otro lado, si en la edición primera de 1530 figuraban las palabras antes citadas, ¿se borraron en la edición siguiente debido a un patriotismo chovinista?

En un libro muy interesante titulado *Amour et sexualité en Occident*, escrito por varios autores, figura un trabajo de Anne-Marie Moulin y Robert Delort titulado *Syphilis: le mal américain?*, en el cual se da una teoría muy plausible sobre el problema indicado; es decir: si la sífilis viene de América, ¿cómo se encuentran testimonios anteriores al descubrimiento?; y si su origen no es americano, ¿cómo se explica su propagación en Europa a partir de 1492?

Según estos autores, existen tres clases de enfermedades producidas por virus semejantes: una llamada *pinta* sería de origen americano, otra llamada *pian*, de origen africano o americano, y la sífilis propiamente dicha, que se encontraría tanto en el Antiguo como en el Nuevo Mundo. Las variedades que podríamos llamar autóctonas habrían semi inmunizado a las respectivas poblaciones que, en cambio, se verían seriamente afectadas por las otras variedades. Ello explicaría el recrudecimiento brutal de una enfermedad que estaba más o menos latente en Europa y de la que existen numerosos testimonios.

Sea como fuere, éste es un tema para ser tratado rigurosamente por médicos especialistas y no por un profano como quien esto escribe.

106. TABACO

La primera mención que del tabaco se hace, aunque no de su nombre, se halla en el diario de Colón con fecha 6 de noviembre de 1492 y dice así: «Hallaron los dos cristianos por el camino mucha gente que atravesaba a sus pueblos mujeres y hombres con un tizón en la mano yerbas para tomar sus sahumeros que acostumbraban», pero el hábito de fumar no nos viene de América, pues ya en Asia y en algunos lugares de la Europa oriental se hace referencia al *hachís*, tal como se narra en la voz «asesino» de este vocabulario.

En el imprescindible *Diccionario* de Corominas se dice: «El P. Las Casas en su *Historia* (h. 1552), al reproducir estas palabras, agrega "que son unas yerbas secas metidas en una cierta hoja seca también, a manera de mosquete hecho de papel de los que hacen los muchachos la pascua del Espíritu Santo; y encendido por una parte de él, por la otra chupan o sorben o reciben con el resuello para adentro aquel humo; con el cual se adormecen las carnes y cuasi emborracha, y así diz que no sienten el cansancio: estos mosquetes, o como los llamáremos, llaman ellos

tabacos”, y agrega que ya por entonces había en Haití españoles que no sabían dejar este vicio».

El padre Efraín Gaitán Orjuela, en su por otra parte interesante libro *Biografía de las palabras*, da de la palabra «tabaco» una etimología al parecer errónea, pues afirma: «Colón y su tripulación, al desembarcar en la isla de Cuba, vieron cómo algunos de los indígenas, de una planta de poco más de un metro, cogían sus hojas grandes y las arrollaban, encendían un extremo y chupaban el humo por el otro. Para algunos etimologistas aquel lugar donde por primera vez los españoles vieron fumar se denominaba Tabasco, de donde se originó el nombre de la planta: tabaco».

Pero volvamos a Corominas, que es más fiable y que en el artículo «Tabaco» de su *Diccionario* da una cantidad de datos que procuro resumir, pero remitiendo siempre al curioso artículo en cuestión.

«También Fernández de Oviedo (1535 ss.) dice que es palabra aborígen, mas pretende que no era el nombre de la hierba ni del cigarrillo, sino del instrumento o especie de pipa con que la fumaban los indios: “a aquel instrumento con que tomaban el humo... llaman los indios tabaco; e no a la hierba o sueño que les toma”, “en lengua de esta isla de Haití o Española se dice tabaco”; pero él mismo se contradice hablando en otra parte de “una hierba que llaman tabaco”».

El vicio de fumar estaba extendido en casi toda la América precolombina desde el sur de Estados Unidos hasta Chile y sólo era desconocido en las regiones del Río de la Plata, Uruguay y Paraguay. Al parecer, fumar tenía un sentido religioso mágico, pues en los templos mayas del Yucatán se han encontrado rudimentarias pipas y unos utensilios en forma de Y que servían para fumar aspirando el humo por las dos partes superiores que se introducían en la nariz hasta llegar a un grado de desvanecimiento o borrachera. También se mascaban las hojas o se fumaban las hojas de tabaco envueltas en una hoja de la panocha del maíz a lo que se le llamaba *sicar*, de donde procede la palabra «cigarro». El aparato en forma de Y servía también para aspirar el polvo del tabaco conocido actualmente con el nombre de rapé.

En las islas Antillanas se conocía el tabaco con el nombre de *cohiba* o *cojiba*. Actualmente en Cuba se elaboran unos preciados y caros puros con este nombre, con los que el dictador Fidel Castro acostumbra a obsequiar a sus amigos.

Francisco Hernández Boncalo de Toledo, encargado por Felipe II de escribir un estudio sobre las plantas americanas, trajo a España las primeras semillas de tabaco el año 1559, y es curioso notar que las plantas de tabaco fueron cultivadas en un principio por sus hermosas flores rojas.

Hacia 1570 se empezó a fumar en España y en Inglaterra unos dieciséis años después.

En un principio el tabaco fue considerado como una hierba medicinal. El embajador francés en Portugal, Jean Nicot, introduce el uso del tabaco en Francia, explicando que había sido testigo de una curiosa escena: un cocinero de la embajada se había cortado con un cuchillo y, habiéndole hecho un emplasto con hojas de tabaco, se había curado rápidamente, pero eso no era todo, pues el tabaco era una medicina casi milagrosa contra los dolores de cabeza, las enfermedades de los ojos, el vértigo, la sordera, las aftas, las úlceras de las encías, los dolores de muelas, el asma, la tisis, los cálculos renales, las úlceras, las escrófulas, los callos de los pies y la gangrena. Los médicos afirman que el humo «tomado por la boca con un tubo apropiado es bueno para el cerebro, la vista, el oído y los dientes».

Durante algún tiempo el tabaco lo vendían los boticarios, pero pronto su popularización hizo que se creasen expendedurías especiales. Como ahora los enemigos del tabaco, o sea lo que hoy llamamos fumadores pasivos, pusieron el grito en el cielo contra este vicio que les parecía repelente. Hacia 1650 en París se crearon unos locales especiales para fumadores que fueron llamados *tabagies*, que por la gente bien pensante fueron considerados como antros de perdición, y estaba prohibido fumar en el exterior. Es curioso notar que en dichos locales se encontraban multitud de pipas que estaban al servicio de los fumadores pasando de boca en boca sin que nadie se quejara de ello.

A pesar de atribuir al tabaco toda clase de virtudes, no falta quien le impute ya en siglos pasados un gran número de defectos. Así, por ejemplo, al llegar el tabaco a Inglaterra se considera su uso como un vicio nefando, se azota a los fumadores y se confiscan sus pipas. El papa Urbano VIII amenaza con la excomunión a los sacerdotes que fuman o toman rapé durante los servicios religiosos; en Turquía se corta la nariz a los fumadores; en Rusia se azota o se decapita a los esclavos del tabaco y, en 1661, el consejo del cantón de Berna prohíbe el tabaco porque se

afirma que causa impotencia en los hombres. Ni que decir tiene que las mujeres en aquel tiempo no han tenido todavía la ocurrencia de fumar, y hasta tal punto ello es considerado un vicio masculino que cuando, en el siglo pasado, el padre Coloma publicó su novela *Pequeñeces*, tan injustamente olvidada hoy, se le reprochó, entre otras cosas, que presentase a Currita Albornoz, su protagonista, fumando puros en compañía de sus amigas.

Hoy en día la industria del tabaco está sujeta al monopolio del Estado en muchos países, lo cual es un contrasentido cuando se tiene en cuenta el hecho de que estos mismos estados inscriben en las cajetillas de cigarrillos una advertencia indicando que el uso del tabaco es nocivo para la salud. ¿En qué quedamos? Si el uso del tabaco es perjudicial, ¿cómo el Estado, que tiene que preocuparse por la salud de los ciudadanos, hace de ello un lucrativo negocio? Fue Carlos I de Inglaterra el primero que transformó el uso del tabaco en un monopolio del Estado.

Sobre el origen de la palabra «tabaco» es interesante el artículo que sobre este vocablo se lee en el indispensable *Diccionario* de Corominas, que sugiere el origen europeo de la palabra.

107. TÉ

Hacia el año 2700 a. C. un emperador chino llamado Chen Nong, un día de mucho calor descansaba en su jardín teniendo a su lado un hornillo en el que hervía un poco de agua. La tarde era calurosa y el emperador sabía que el agua caliente estaba recomendada para combatir el calor. De un arbusto cercano cayeron unas hojas en el recipiente en el que el agua hervía, tiñéndola ligeramente e, impulsado por la curiosidad, el emperador gustó de la improvisada infusión y la encontró agradable. Había nacido el té.

Otra leyenda, japonesa ésta, cuenta que Buda había decidido estar siete años sin dormir dedicado a la meditación y al final del quinto año, viendo que el sueño le iba a vencer, se arrancó las pestañas y al tirarlas al suelo observó que se transformaban en unos arbustos cuyas hojas, al tomarlas en infusión, alejaban el sueño.

En la lengua china vulgar, al té se le llama *tu*, palabra de la que derivan la mayor parte de los vocablos que en diversas lenguas sirven para denominar esta planta,

que, en chino mandarín, se llama *cha*, forma que se ha conservado en portugués, debido al gran comercio que los lusitanos han tenido con China, especialmente a través de su colonia Macao. En árabe se le llama *chai*.

Hacia el año 800 de nuestra era un escritor chino llamado Lu Yu escribió un libro llamado *Cha King*, o libro del té, que durante generaciones ha sido la Biblia oriental de los aficionados a esta infusión. El japonés Okakuro Kakuzo, a caballo entre los siglos XIX y XX, escribió con el mismo título una obra que, traducida a todos los idiomas, ha servido de breviario a todos los aficionados.

A Europa llegó el té a comienzos del siglo XVII. Portugueses y holandeses que, en sus viajes por Oriente habían conocido la bebida, introdujeron poco a poco el té en Occidente. Empezó por ser considerado una medicina de la que se apreciaban, según decían, sus propiedades laxantes. Si los portugueses lo introdujeron en su país, los holandeses, más comerciantes, lo llevaron a España, Francia e Italia. En nuestro país no tuvo muy buena acogida debido al culto que se tenía por el chocolate. A Inglaterra, que hoy parece ser el mayor consumidor de té de Europa, no llegó hasta 1662, cuando la infanta portuguesa Catalina de Braganza, en cuyo país natal se había aficionado a la bebida, la popularizó en Inglaterra cuando se casó con el rey Carlos II.

Los holandeses aprovecharon tal contingencia para colocar en el mercado inglés cajas y más cajas de té que se puso de moda en los círculos aristocráticos. Fue en ellos donde se introdujo la moda de añadir leche a la infusión.

Se dice que se comprende que los ingleses beban té cuando se ha degustado el infame brebaje que ellos denominan café. Se servía el té en las llamadas *Coffee Houses*, en las que sólo tenían entrada los hombres, pero, como quienes servían el té eran muchachas, adquirieron mala reputación, hasta el punto de que varias veces se pensó en cerrar estos locales. Un cafetero emprendedor llamado Thomas Twining comprendió que las mujeres, especialmente las damas de la alta sociedad, necesitaban un local para poder degustar a su placer la bebida de moda y abrió un café, o lo que hoy llamaríamos un salón de té, especialmente reservado para las damas de la aristocracia. Paradójicamente los sirvientes en este caso eran todos masculinos. El nombre Twining se ha conservado hasta nuestros días y en muchas

capitales europeas y norteamericanas dedicadas exclusivamente al té campea este nombre como anuncio de su local. Ignoro si son filiales de la casa inglesa o no.

Los ingleses llevaron el té a Norteamérica, en donde los puritanos lo adoptaron para contrarrestar las bebidas alcohólicas por ellos condenadas. En 1767, como protesta por un nuevo impuesto que los ingleses habían ordenado sobre el té, hubo en Boston un levantamiento que empezó asaltando durante la noche un barco británico anclado en el puerto y arrojando al mar las cajas y fardos conteniendo té. Así empezó la guerra de la Independencia en Estados Unidos. Desde entonces el café sustituyó al té como bebida nacional, pero, teniendo en cuenta que en muchos se hace el café en grandes cantidades por la mañana para servirlo durante todo el día, se comprende que un buen bebedor de café se dedique al güisqui.

En España, como se ha dicho, el té tuvo una mala acogida, pues la bebida nacional era el chocolate; sólo cuando la reina Victoria Eugenia de Wattenberg casó con el rey Alfonso XIII se introdujo la moda del *five o'clock tea*, que, debido a los horarios españoles, se tomaba a las siete de la tarde en vez de a las cinco, como su nombre inglés indica.

Hoy en día en nuestro país se toma para favorecer los regímenes de adelgazamiento o, cosa extraña, para evitar el uso del café, y digo extraña porque si el café contiene cafeína, el té contiene un alcaloide llamado teína que produce los mismos efectos.

108. TORTUGA

Es el nombre que vulgarmente se da a los reptiles del orden de los quelonios y también el nombre de una isladel Atlántico adyacente a la costa septentrional de Haití, conocida por todos los amantes de las novelas y películas de aventuras por haber sido refugio de los filibusteros y piratas que saqueaban los galeones españoles que de América volvían a España.

Su nombre viene del latín *Bestia Tartaruca*, es decir bestia del Tártaro, o sea del Infierno.

El Tártaro era la región más profunda del mundo y, según los antiguos, estaba situada debajo de los propios infiernos con los que generalmente se le confunde. Según leyendas helénicas, en el Tártaro los dioses encerraban a sus enemigos,

entre ellos a los cíclopes liberados por Cronos que, después, se apresuró a volver a encerrarlos y que no fueron libertados definitivamente hasta que Zeus se alió con ellos en su lucha contra los gigantes y los titanes.

Como se ha dicho, el nombre de Tártaro fue confundiéndose con el infierno propiamente dicho como nombre subterráneo en el que eran atormentados los grandes criminales.

A causa de la fealdad y aspecto extraño de la tortuga, se consideró que sólo podía provenir de un lugar remoto y terrible, y el pobre animal tan inofensivo fue proclamado procedente del Tártaro, del que desciende su nombre.

109. TRABAJO

En la Biblia, en el libro del Génesis, capítulo 3, versículo 19, se lee que Dios condenó el pecado de Adán con las siguientes palabras: «Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste formado; pues polvo eres y al polvo volverás».

Como se ve, ya desde el principio el trabajo es considerado como un castigo, un suplicio, un tormento, y la etimología latina de la palabra nos lo demuestra claramente.

En latín, «trabajo» se denomina *labor*, de donde vienen palabras tan corrientes como laboratorio o la frase, ya en vías de desaparición, que indicaba que determinada mujer se dedicaba a sus labores. Pero trabajo no viene de esta palabra latina, sino de otra, *tripalium*, que no era otra cosa que un instrumento de tortura al que se condenaba a los criminales. Su nombre deriva de los tres palos de que estaba formado.

Quedamos, pues, en que trabajo no es sólo sinónimo de castigo, sino también de suplicio y, así, en castellano, se dice que Fulano ha pasado muchos trabajos para conseguir tal empleo, y en los clásicos, como Cervantes en su novela *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, narra las desventuras de la pareja protagonista. En catalán es corriente decir de una persona que ha sufrido un desvanecimiento, desmayo o ataque *que ha sofert un treball*, que ha sufrido un trabajo, lo cual viene a confirmar lo dicho.

Contra este suplicio del trabajo no hay otro antídoto que la pereza, que está considerada como uno de los siete pecados capitales, pero que no debe ser tan grande ni tan capital cuando por pereza se dejan de cometer los otros pecados.

A mi entender, hay dos clases de pereza, una negativa y otra positiva. La primera es la de aquel que no tiene ganas de hacer nada y, efectivamente, no hace nada; la segunda, la de aquel que tiene ganas de no hacer nada, pero a pesar de ello algo hace. Confieso que soy un perezoso de la segunda clase. Creo que tengo auténtica vocación para la vagancia, pero, desgraciadamente, tengo que trabajar para vivir y muy a mi pesar lo hago.

Mi ideal de vida sería no hacer más que leer y escuchar música, música clásica se entiende, y ver pasar los días plácidamente y sin dañar a nadie.

Un amigo mío, vago de profesión, de aquellos que se levantan temprano para tener más tiempo para no hacer nada, me decía un día:

—Si todos los que no trabajamos trabajásemos, los que trabajáis no tendrías trabajo.

Y me convenció.

Mucho se ha escrito a favor del trabajo y en contra de la pereza, creo que ya es hora de que alguien la defienda; yo mismo sería capaz de escribir un gran libro en favor de la pereza si no fuese que tengo pereza de hacerlo. Como decía Tristan Bernard: «Paso mi tiempo en combatir valientemente mi pereza, pero cuando la he vencido estoy tan fatigado, tan fatigado, que ya no tengo ánimos de trabajar».

«La pereza es la costumbre de descansar antes de fatigarse». (Jules Renard).

«Gracias a la pereza, todo ha nacido entre los hombres. Desde el año en que uno de nuestros antepasados ha podido pasar el invierno a la vera de su hogar datan las artes, las ciencias, los juegos, el amor, todas las alegrías. El ocio, he aquí la más grande alegría y la más hermosa conquista del hombre». (Remy de Gourmont).

«Hemos llegado a un grado tal de imbecilidad que nos hace ver el trabajo no sólo como honorable, sino también como sagrado, cuando no es más que una triste necesidad». (Remy de Gourmont).

Como se ve, estoy en buena compañía. De todos modos hay que confesar, hablando en serio, que el trabajo no sólo es necesario sino que ennoblece al hombre. En la Castilla del Siglo de Oro el trabajo estaba considerado como un deshonor y la

literatura de aquel tiempo está llena de hidalgos famélicos que hubiesen considerado denigrante trabajar con sus manos. Incluso para obtener algunos cargos o distinciones era menester demostrar que ni el que lo solicitaba ni sus antepasados habían trabajado nunca.

En la España periférica las cosas se veían muy de otro modo; así, por ejemplo, la palabra «ganapán», que tiene un tono despreciativo en castellano, no lo tiene en Cataluña o en Valencia, en donde para alabar a un muchacho se dice que *es guanya el pa* (se gana el pan).

Afortunadamente, este concepto ha desaparecido, e incluso hay miembros de la *jet set* que trabajan encarnizadamente, aunque, por lo que cuentan las revistas del corazón, deben de ser pocos.

110. TRAGEDIA

La palabra «tragedia» deriva de la voz griega *tragos*, que significa macho cabrío, mientras que en la misma lengua, «drama» deriva de una palabra que significa canto. Según algunas preceptivas literarias, la diferencia entre una y otra palabra deriva de que en la tragedia intervienen los dioses o el destino o hado, mientras que en el drama los acontecimientos tienen su origen en el comportamiento humano. Pero esto es muy discutible.

¿Qué tiene que ver el macho cabrío con la tragedia? Según los alejandrinos, la palabra significaría canto por el macho cabrío o cabrón, ya sea porque se entregaba uno de ellos al vencedor de un concurso, ya porque se entendiese como canto por el sacrificio de un cabrón, y que nadie tome a mal esta última palabra. Según otra teoría, tragedia significaría canto de los machos cabríos, es decir de actores disfrazados como tales, pues generalmente los coros estaban compuestos por sátiros, a los que se los llamaba cabrones.

Según Aristóteles, tanto la tragedia como la comedia no existían como textos escritos, sino que se improvisaban por los actores. La tragedia se originó por aquellos que entonaban el ditirambo, composición poética en loor de Baco, y la comedia por los que entonaban cantos fálicos. La cosa está muy discutida.

Según una antigua tradición, la tragedia, tal como la concebimos nosotros, fue inventada por Tespis, poeta griego del siglo VI a. C., que al parecer deambulaba por

Grecia llevando consigo unos pocos actores; por ello se denomina al arte dramático con el nombre de Carro de Tespis. La primera representación dramática se habría dado, según algunos autores, en los Juegos Olímpicos celebrados hacia el año 535 a. C.

La verdadera historia de la tragedia comienza con Esquilo, nacido en el año 525 a. C. y muerto el año 456. De él se narran varias anécdotas. En su tragedia *Euménides* había contratado cincuenta coristas y los había disfrazado de Furias, de manera tan espantosa que se dice que muchas mujeres abortaron en el teatro y algunos niños murieron de miedo. Por ello los magistrados de Atenas establecieron que el coro no podía sobrepasar los quince coristas. Por supuesto, creo esta anécdota tan falsa como tantas y tantas que se atribuyen en las antologías a los griegos.

Otro gran trágico fue Sófocles, más joven que Esquilo y que le venció en un concurso, lo que le produjo tan gran disgusto que la siguiente obra la dedicó «Al Tiempo», considerando que sólo la posteridad le podía hacer justicia.

Un oráculo había predicho a Esquilo que moriría por la caída de una casa, y así el hombre buscaba evitar en lo posible los centros habitados y se dedicaba a pasear por el campo. Un día que estaba sentado al sol un águila dejó caer una tortuga sobre su cabeza y el poeta cayó muerto a causa del terrible golpe. Como la tortuga lleva su casa encima, se cumplió el oráculo.

Otro gran trágico griego fue Eurípides, nacido en 480 y muerto en 405 a. C. Una de sus obras, *Orestes*, fue un fracaso en su primera representación debido a un error de pronunciación de su protagonista, que era Egueloco, el más célebre de los actores de entonces. En un cierto momento de la tragedia debía decir: «Después de la tempestad veo la calma», las últimas palabras en griego se pronuncian *galena oro*. El actor dijo en cambio *galen oro*, que significa «después de la tempestad veo la gata». El público rió y no fue hasta la segunda representación que se salvó la tragedia.

La *Andrómaca* de Eurípides causó tanta impresión a los ciudadanos de Abdera que, como locos, deambulaban por las calles de la ciudad declamando los versos y ello durante varios días. Se dice que recitando aquellos en los que se celebraban los beneficios del amor, llegaron a convertirse en amables y gentiles los que antes eran rudos y bruscos.

Eurípides trabajaba lentamente y se encerraba en su casa para escribir sus tragedias. Un día se lamentaba de ello con el poeta Alcestes y le decía:

—Piensa que en tres días de trabajo sólo he podido escribir cuatro versos.

—En este tiempo yo habría escrito una tragedia. —Sí, pero tus versos durarán cuatro días y los míos vivirán durante siglos.

En ocasión de la representación de una de sus tragedias, los atenienses pretendieron que eliminase algunos trozos que no les habían gustado, a lo que Eurípides, desde la escena, les dijo:

—No he escrito mis tragedias para aprender nada de vosotros, sino para enseñaros algo a vosotros.

Aristófanes, el célebre comediógrafo satírico griego, persiguió con sus sarcasmos a Eurípides, que se exilió a la corte de Arquelao, rey de Macedonia. Un día en un banquete los comensales alabaron una copa de oro y los más audaces pedían al rey que se la regalase. Únicamente Eurípides no decía nada, pues era absolutamente desinteresado. Arquelao dijo entonces a uno de los sirvientes:

—Toma este vaso y llévalo a casa de Eurípides, que es el único que no lo ha deseado y, por tanto, el único digno de poseerlo.

El mismo Arquelao le pidió un día que le hiciese protagonista de una de sus obras, a lo que Eurípides respondió:

—No quiera el cielo que nunca seas protagonista de una tragedia.

No menos célebre que Esquilo y Eurípides es Sófocles, nacido el año 496 y muerto el 405 a. C. Un día un ateniense le preguntó por qué Eurípides representaba en sus tragedias a las mujeres siempre perversas y en cambio él siempre buenas.

— ¿Cómo es que tienes una opinión tan buena de las mujeres?

—Eso no es del todo exacto. El caso es que Eurípides representa las mujeres tal como son en la realidad y yo tal como deberían ser. La diferencia entre él y yo es sólo ésa.

Cuando Sófocles envejeció, sus ingratos hijos pidieron a un tribunal que le inhabilitase por considerar que no gozaba de sus facultades mentales. Sófocles, por toda respuesta, leyó a los jueces la tragedia *Edipo en Colonna*, que estaba entonces componiendo. Naturalmente, los jueces le dieron la razón y condenaron a los hijos.

111. VESTÍBULO

Vesta era una diosa romana, probablemente de origen etrusco, que presidía el hogar doméstico. Así lo dice el sesudo *Diccionario de mitología griega y romana* de Pierre Grimal, del que hago mucho caso, aunque otros autores afirman que Vesta era hija de Saturno y Rea y que, perseguida por Apolo, Poseidón y otros dicen que Príapo, fue a refugiarse junto a Júpiter, jurando que permanecería siempre virgen, por lo que los hombres le consagraron el fuego, que, siendo puro, purifica todas las cosas.

Según la leyenda romana, Eneas salvó el fuego sagrado que ardía en su templo de Troya y lo llevó a Italia, y el rey Numa erigió un templo en honor de Vesta, en el que perennemente ardía el sagrado fuego. Estaba al cuidado de seis sacerdotisas llamadas las vestales, que debían conservarse vírgenes. Si dejaban apagar el fuego o perdían su virginidad eran condenadas a ser enterradas vivas, para lo que se excavaba un pequeño habitáculo en el que era enterrada la vestal o las vestales culpables, junto con un jarro de agua y un pan.

En todos los hogares romanos figuraban pequeños altares dedicados a Vesta y como, generalmente, el sitio más amplio y digno de la casa era el atrio o portal, en el que el dueño de la casa colgaba sus trofeos e insignias honoríficas y recibía a sus clientes o visitantes, el lugar en cuestión se denominó vestíbulo. No se olvide que entre los romanos, cliente era la persona que estaba bajo la protección o tutela de un gran señor.

Si se extinguía el fuego dedicado a Vesta se consideraba como signo de mal augurio, y en el caso de apagarse el del templo era considerado como signo de calamidad pública y se suspendían toda clase de actos públicos, fuesen políticos o religiosos.

El hecho de que el animal consagrado a Vesta fuese el asno, animal mediterráneo, y no el caballo, de origen indoeuropeo, confirma el origen romano y no griego de esta divinidad.

112. VIERNES

Del latín *veneris dies*, días de Venus.

Antes de la fundación de Roma, Venus era venerada en Italia como diosa protectora de los huertos; pero desde el siglo II a. C. fue asimilada a la Afrodita griega, cuya personalidad y leyenda tomó.

Según la tradición más antigua, era hija de Urano, cuyos órganos sexuales, cortados por Cronos, cayeron al mar y engendraron a la diosa. En la Galería de los Uffizi, en Florencia, se encuentra el maravilloso cuadro de Botticelli representando el suceso.

A partir de Platón se habla de dos Afroditas distintas: la primera nacida de Urano y, por ello, llamada Afrodita Urania, era la diosa del amor puro; y otra, llamada Afrodita Pandemo, es decir la Afrodita popular o de todos, diosa del amor vulgar.

«Un día la Discordia lanzó una manzana destinada a la más hermosa de las tres diosas, Hera, Atenea y Afrodita. Zeus ordenó a Hermes que las condujese a las tres al monte Ida, de Tróade, para que fuesen juzgadas por Alejandro, que más tarde debía ser conocido con el nombre de Paris. Las tres divinidades iniciaron ante él un debate, vanagloriándose cada una de su belleza y prometiéndole regalos. Hera le ofreció el reino del universo; Atenea hacerlo invencible en la guerra, y Afrodita, la mano de Helena. Fue elegida Afrodita, y de aquí que esté ligada a los orígenes de la guerra de Troya. Durante toda la campaña concedió su protección a los troyanos y, en particular, a Paris». (Grimal).

Venus es la diosa del amor y la voluptuosidad, de la hermosura y la gracia y sobre todo del placer. De su nombre latino *Venere* deriva la palabra venéreo, que se usa al hablar de los placeres del amor y, por desgracia, también de las enfermedades venéreas producidas por el uso desgraciado del placer sexual.

Por ser la diosa del amor ha sido cantada por los poetas y plasmada por los artistas en pinturas y esculturas, y no olvidemos la música, que como en el *Venusberg* de Wagner alcanza su máxima expresión. En las artes plásticas se la representa desnuda o semidesnuda, cubierta apenas con aquellas telas que por su sutileza eran llamadas tela de araña por los griegos y viento tejido por los romanos.

La desnudez en los tiempos antiguos era considerada natural, tanto el desnudo femenino como el masculino. Fue el cristianismo el que consideró la desnudez y su contemplación como un pecado. Desde el Renacimiento el desnudo volvió a

aparecer en el arte, si dejamos de considerar las obras artísticas medievales que representaban a los condenados del infierno.

En la Capilla Sixtina del Vaticano, Miguel Ángel pintó desnudas a todas las figuras de su monumental y maravilloso *Juicio final*, y a quien le reprochaba tal profusión de desnudos contestó sabiamente:

— ¿Es que creéis que el día del Juicio final resucitarán los vestidos?

Pocos años después un Papa más pudibundo encargó al pintor Daniel de Volterra que cubriese con velos las para él provocativas desnudeces. Así lo hizo Volterra, ganándose para la historia el sobrenombre de *il Braghetone*, o sea el pantalonero.

En Corinto, Venus era venerada en un ambiente sensual extraordinario. Se dice que mil jóvenes bellas, esclavas o no, velaban por su culto. Desde todo el mundo entonces conocido llegaban joyas, oro y plata en cantidad ingente para ornar a la diosa del amor, lo que convirtió la ciudad en la más lujosa y también más cara de las ciudades mediterráneas, hasta el punto que fue popular el dicho: «No a todo el mundo le es dado ir a Corinto».

Modelos para las estatuas de Venus de la época griega lo fueron las más célebres hetairas de Grecia, pero de ello no debe deducirse que lo hacían por ser prostitutas, sino porque eran bellas. En la sesuda, grave y pacata *Enciclopedia Espasa* se lee lo siguiente: «En cuanto a las ideas religiosas y morales, y especialmente en cuanto al modo de ver el desnudo, no deben confundirse los griegos propiamente dichos con los griegos asiáticos y los romanos. Contra esta distinción respecto al modo de entender el desnudo en la Grecia propia y en la Grecia asiática, se puede aducir el hecho de que un día fue visto por las calles de Atenas a Temístocles paseando en una carroza tirada por meretrices desnudas. El espectáculo no podía ser más indecente, es cierto; pero si esta extraña osadía del futuro vencedor de Salamina se transmitió a la posteridad fue precisamente por su singularidad. En cambio, otro hecho, que se contrapone al anterior, demuestra al valor artístico religioso del desnudo por el cual participaba en las costumbres y en las instituciones. Pocos años después de la escena referida de Temístocles, un jovencillo, futuro príncipe de la escena trágica y también de ilustre prosapia, desnudo y ungido como un atleta, guiaba el coro de muchachos y muchachas atenienses que cantaban en la peana sagrada por la victoria de Salamina... y bailaba desnudo en torno del trofeo enemigo

entre los aplausos y la admiración del público. Aquel jovencito era Sófocles, y el lugar donde se desarrollaba esta escena, de carácter verdaderamente clásico, era Atenas. No desnudas, pero sí semidesnudas iban las vírgenes espartanas a ejercitarse en los gimnasios, vestidas de la túnica o peplo dórico, compuesto de dos telas rectangulares, no cosidas, a lo largo por los lados y unidas sobre el hombro con dos broches o botones y sujeta en la cintura de modo que al andar pudiese admirarse la curva de la pierna desnuda, desde el tobillo hasta las nalgas. Aquella túnica era reglamentaria y estaba ordenada a propósito. En aquella república espartana, donde Licurgo quería abolir todos los privilegios y nivelar todas las aristocracias, no se perdonó las prerrogativas tiránicas y absolutas del rostro sobre los encantos ocultos que en tantas mujeres pueden compensar la ausencia de una cara hermosa. Tal fue la razón social de la semidesnudez de las vírgenes espartanas. Además, Licurgo, con sus disposiciones, pretendía procurar marido al mayor número de mujeres y tener así mayor número de soldados para el Estado, y mortificar el alcance de ciertas pasiones con el espectáculo habitual de aquello que debe al misterio y a la prohibición unos de sus más grandes atractivos. Tal fue el pensamiento de Licurgo. Quería sobriedad y moralidad, y confiaba, en su buena fe, en vencer las sugerencias de la carne con la vista habitual de ella. Y para que las jóvenes se acostumbrasen a considerar la desnudez como estado normal y honroso, dispuso el legislador que, como prueba de cortesía, se presentasen desnudas ante los forasteros conspicuos y ante los huéspedes de la familia».

En pro y en contra de la desnudez se ha escrito profusamente, lo difícil es saber en qué consiste. Se me dirá que un hombre o una mujer desnudos no dan lugar a discusión si lo están o no. Pero vayamos por partes. En la zarzuela *El rey que rabió* figuran unos versos que se han hecho célebres:

*La falda corta permite ver
hasta el tobillo de la mujer...,*

de lo que se desprende que para nuestros abuelos o bisabuelos el tobillo ya era un inicio de desnudez, aunque estuviese cubierto por una botina.

Pocos años más tarde se cantaba un cuplé que decía:

*Tobillera, tobillera,
por el paso en que vas
acabarás siendo muslera
muslera y algo más...*

y efectivamente así ha sido sin escándalo para nadie. ¡Y pensar que nuestros abuelos en cuanto veían el tobillo de una mujer al subir al tranvía tenían siete semanas de sueños eróticos!

BIBLIOGRAFÍA

- BRANDY, Daniel, *Motamorphoses*.
- CASTELOT, André, *L'histoire a table*.
- COROMINAS, Joan y PASCUAL, José A., *Diccionario crítico-etimológico castellano e hispánico*.
- DANSEL, Michel, *Dictionnaire des inconnus aux noms communs*.
- GAITAN ORJUELA, Efraín, *Biografía de las palabras*.
- GRIMAL, Pierre, *Diccionario de mitología griega y latina*.
- GUILLEN, José, *Urbs Roma*.
- HENRY, Grilles, *Dictionnaire des mots qui ont une histoire*.
- MARTÍNEZ KLEISER, Luis, *Refranero general ideológico español*.
- MIGLIORINI, Bruno, *Parole d'autore. Onomaturgia*.
- PALAU, Miguel, *La pintoresca historia del calendari*.
- PALAZZI, Fernando, *Enciclopedia degli aneddoti*.
- ROBBINS, Rossell Hope, *Enciclopedia de la brujería y demonología*.
- SAGREDO, *Aneddotica delle scienze*.
- VARIOS, *Amour et sexualité en Occident*.

Y naturalmente *el Diccionario de la Real Academia Española* y las enciclopedias *Británica, Catalana, Italiana, Universalis*, etc.